Máscaras



YASMINA SOTO

Máscaras

Yasmina Soto

Copyright © 2025 Yasmina Soto
Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe Creative: 2508182808516

Twitter: @sotoyasmi

Instagram: yasmina.soto.escritora

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo

Capítulo 1

Elena

Me despierto antes de que suene la alarma, últimamente siempre es así. Unos minutos antes mi cuerpo se activa. Compruebo la hora en el teléfono, son las seis y diez de la mañana, y lo vuelvo a dejar en la mesilla, para estirarme en la cama.

Entro a trabajar a las ocho, pero siempre me levanto con tiempo suficiente para que no se me haga tarde, jamás ha pasado, pero es un ritual que me sirve para mantener mi estrés a raya. Pongo los pies en la alfombra que tengo junto a la cama y mi teléfono vibra, entrecierro los ojos intentando averiguar quién me escribe tan temprano, al cogerlo veo que es Daniel.

Dani: Mamá, ¿cenamos este viernes? Tengo algo que contarte.

Sonrío al leer el mensaje de mi hijo.

Yo: Por supuesto, ¿en casa o salimos?

Dani: ¿Podemos ir a tu casa? He estado comiendo demasiada comida basura toda la semana.

Yo: Claro, Dani. Te prepararé ese risotto que tanto te gusta.

Dani: Eres la mejor. Te quiero.

Yo: Y yo a ti. ¿Todo bien en la universidad?

Dani: Sí, aunque con el proyecto final apenas duermo. Ya te contaré el viernes.

Me despido de Daniel y me dirijo a la cocina para prepararme el café, camino por el pasillo, está todo en completo silencio y sonrío, valió la pena el dinero gastado para poder tener esta tranquilidad al insonorizar todo el apartamento.

Mi móvil vuelve a vibrar y es una llamada entrante, al mirarlo veo que es Mónica. Dejo lo que estoy haciendo y descuelgo.

—¿Sigues negándote a salir el viernes? Es el cumpleaños de Lucía y quiere que estemos todas —suelta antes de que pueda decir nada.

Suspiro antes de contestar.

—Tengo cena en casa con Daniel el viernes. ¿Podemos hacerlo el sábado?

—Daniel puede venir también. Además, creo que prefiere salir con los amigos a cenar con su madre.

—Mónica, sabes que no es así. Fue él quien me pidió cenar en casa —admito con cansancio.

—Elena, por favor. Hace meses que no sales, una noche no te matará.

—Ya sabes que odio los locales con demasiado ruido y gente.

—Es un sitio nuevo, muy de moda. Te va a encantar —asegura con entusiasmo.

Me mantengo en silencio y antes de que pueda responder, mi móvil vibra, lo hace varias veces, me lo quito de la oreja y veo que es un *WhatsApp* del grupo que tengo con las chicas: es Mónica, informándoles que no quiero ir.

—¿En serio escribes mientras hablas conmigo? —pregunto poniendo los ojos en blanco.

—Tengo que hacer presión con las demás —se intenta justificar.

Como era de esperar, la primera en escribir es Carmen.

Carmen: Elena, deja de poner excusas. Daniel lo entenderá. Necesitas salir y divertirte un poco. Incluso podrías conocer a alguien interesante…

En ese momento empiezan a escribir las demás. Mientras yo miro con asombro el móvil y decido colgar la llamada, porque no van a parar de escribir, las conozco.

Lucía: ¡Exacto! Mi compañera de trabajo acaba de terminar con su novia y es perfecta para ti.

Yo: No quiero conocer a nadie —escribo rápidamente—. Menos a través de una cita a ciegas.

Patricia: Nadie ha dicho nada de citas. Solo queremos que salgas y te diviertas. Si algo surge, pues bien, y si no, al menos habremos celebrado juntas.

Siguen escribiendo miles de posibilidades, de que lo vamos a pasar bien, de que hace mucho que no nos juntamos, que si voy a dejar a Lucía sin un cumpleaños feliz por mi ausencia…

Me rindo. Sé reconocer una batalla perdida cuando la veo. No van a parar.

Yo: Está bien. Iré, pero nada de presentarme a nadie, ¿entendido?

Las respuestas llegan en cascada:

Carmen: Por fin.

Mónica: ¡Esa es mi chica!

Patricia: Te queremos, Elena.

Lucía: Prometo que te divertirás.

Salgo de la conversación y voy a la de mi hijo para cambiar nuestros planes.

Yo: Dani, ¿te importa si cambiamos la cena al sábado? Las chicas insisten en que salga con ellas por el cumpleaños de Lucía.

Dani: Sin problema, Ma. Diviértete con las chicas. Te quiero. Para el sábado puedo ir con pizza por si estás cansada.

Yo: Nada de eso, tendrás tu risotto. Te quiero.

Dejo el teléfono en la encimera y decido ir a la ducha. Tras salir ya más relajada me visto y vuelvo a la cocina para ahora sí prepararme el café, ese que me hace despertarme.

Comienzo a revisar los correos mientras bebo un sorbo de la taza de café. Escucho cómo alguien golpea la puerta y no puede ser otra que mi vecina Rosa, lo hace alguna mañana desde hace cinco años.

—Buenos días, Elena. ¿Café recién hecho? —pregunta con una sonrisa mostrando su taza vacía.

—Claro, pasa. Estaba revisando unas cosas del trabajo.

Rosa es viuda, tiene setenta años y vive en el apartamento de al lado. Este intercambio comenzó un día que su cafetera se estropeó, desde entonces se ha convertido en rutina, aunque ya tenga una nueva, le gusta de vez en cuando venir.

—¿Qué tal va todo? —pregunto mientras le sirvo el café.

—No me puedo quejar. Ayer vino mi nieta a visitarme, cada día está más grande —Rosa toma un sorbo de su café y me observa—. ¿Y tú? ¿Cómo está Daniel?

—Muy bien, vendrá el sábado a cenar.

—Ese chico es un tesoro. Lo has criado extraordinariamente bien, Elena.

—Hice lo que pude —respondo encogiéndome de hombros.

—Lo que pudiste y mucho más. No es fácil criar un hijo sola y construir una carrera al mismo tiempo —asegura mi vecina acariciando mi antebrazo—. ¿Y qué hay de ti? ¿Alguna novedad interesante? —pregunta con una sonrisa.

—Nada nuevo, ya sabes que mi vida es bastante predecible.

—¿Sigues con esa idea de no querer a nadie en tu vida?

Suspiro. Incluso Rosa, con su sabiduría de años, a veces no entiende mi decisión de estar sola.

—No es que no quiera a nadie, es que estoy bien así.

—Elena, el corazón humano no está hecho para la soledad. Créeme, después de perder a Pedro, pensé que nunca más querría compañía. Me equivoqué —admite.

—Es diferente, Rosa. Tú no elegiste esto, yo sí lo hice. La soledad me gusta.

—Después de esa mujer —asegura casi con enfado—. ¿Cómo se llamaba?

—Isabel —respondo.

—Esa mujer. Una ruptura no es razón para cerrar la puerta al amor para siempre.

Miro el reloj, buscando la excusa perfecta para salir de esta conversación.

—Voy a llegar tarde al trabajo. ¿Hablamos luego?

—Claro —responde sabiendo que es una excusa.

Ya en la calle, camino hasta la estación de metro cuando escucho que alguien me llama.

—¡Elena! ¡Espera!

Me giro tras escuchar los gritos y veo a Javier, el dueño de la librería de la esquina, corriendo hacia mí con un libro en la mano.

—Buenos días, Javier. ¿Qué ocurre? —pregunto al verlo agitado.

—Llegó ayer —dice con voz entrecortada, intentando coger aire que parece no llega a sus pulmones—. La biografía que me pediste —continúa ya con más aire—. Pensé que querrías tenerla cuanto antes.

Me entrega el libro sin que pueda decir nada. Es una biografía de Virginia Woolf que había encargado hace semanas.

—Eres un sol, Javier. Muchas gracias. Te lo agradezco muchísimo —digo con una sonrisa.

—Para eso estamos. ¿Qué tal va todo en la editorial?

—Bastante bien. Estamos preparando varios lanzamientos, tenemos diferentes títulos prometedores.

—¿Ese autor nuevo del que me hablaste? —pregunta.

—Es prometedor, tiene algo que creemos que será un gran autor. Podría ser el lanzamiento más importante del año.

—Me alegro por eso. Oye, ¿te apetece tomar algo después del trabajo? Podríamos hablar de libros sin presión del horario de nuestros trabajos.

Este tipo de invitaciones de Javier son recurrentes desde hace más de un año. Es un hombre interesante, culto, y físicamente atractivo. En otra vida, quizá habría aceptado.

—Lo siento, Javier. Tengo que preparar una presentación para mañana.

Veo la decepción en su rostro, aunque intenta disimularla.

—No hay problema. Será en otra ocasión.

—Seguro —digo sin pensar—. Gracias de nuevo por el libro.

Continúo mi camino hacia el metro, sintiéndome culpable. Sé que a Javier le intereso, y probablemente podríamos tener una buena relación. Pero las relaciones implican vulnerabilidad, y eso lleva al dolor. Es una ecuación que he comprobado demasiadas veces.

En el vagón, un *WhatsApp* interrumpe mis pensamientos, veo que es de Sara, mi asistente en la editorial.

Sara: Buenos días, Elena. El autor David Ruiz ha llamado para cambiar la hora de la reunión. Ahora la he agendado a las once.

Yo: Perfecto. Gracias, Sara.

Cuando voy a guardar el móvil, vuelve a sonar.

Sara: El director general quiere hablar contigo a primera hora. No me ha dicho de qué se trata, pero parecía importante.

Me sorprendo al leer el mensaje. Fernando, el director general, rara vez solicita reuniones sin planificación previa.

Yo: Estaré allí en quince minutos. Prepara los informes de ventas del último trimestre, por si acaso.

Sara: Ya está todo en tu escritorio.

Yo: Eres la mejor, Sara. No sé qué haría sin ti.

Sara: Lo sé, por eso tengo un buen sueldo —responde poniendo un emoji con carita sonriente.

El metro se detiene en mi estación. Mientras subo las escaleras hacia la calle, repaso mentalmente los posibles motivos de la reunión con Fernando. ¿Habrán mejorado las ventas? O peor, ¿habrá problemas con el lanzamiento de otoño?

Entro al edificio y el guarda de seguridad me saluda.

—Buenos días, señora Morales.

—Buenos días, Alberto —respondo con una sonrisa.

—El señor Cortés ha llegado muy temprano —dice casi en un susurro para que no nos oigan.

Miro al guarda y sonrío mientras niego con la cabeza. Él simplemente se encoge de hombros al ver que no pregunto nada. Camino hasta el ascensor y Marta, la directora de recursos humanos está esperando.

—Elena, justo a la persona que quería ver.

—Buenos días, Marta. ¿Ocurre algo?

—Fernando está reuniendo al equipo directivo. Parece que hay noticias importantes.

—¿Buenas o malas? —pregunto con preocupación.

—No estoy segura, pero ha estado reunido con representantes del Grupo Meridiano toda la semana —dice y entramos al ascensor.

Esto me sorprende. Grupo Meridiano es uno de los conglomerados editoriales más grandes del país, también que no me he enterado hasta hoy de esto.

—¿Crees qué…?

—No quiero especular —me interrumpe—. Pero prepárate para cualquier escenario.

Las puertas del ascensor se abren en nuestra planta. Me despido de Marta con la condición de que, si nos enteramos de algo, nos lo comunicaremos. Camino hasta mi despacho y Sara está esperándome en la puerta.

—Te he traído refuerzos —dice entregándome la taza—. Fernando ya está en la sala de juntas con los demás directivos.

—Gracias. ¿Alguna filtración de la reunión?

—Solo rumores. Algunos dicen fusión, otros creen que es adquisición.

Tomo un sorbo de café, preparándome mentalmente. Llevo veinte años en la editorial y hemos pasado por varias crisis y transformaciones. He aprendido a adaptarme, a reinventarme cuando ha sido necesario. Espero que esto no sea muy distinto a lo que ya hemos vivido.

—Bien —digo, terminando el café—. Vamos a ver qué nos depara el día.

Mientras camino hacia la sala de juntas, pienso en lo mucho que ha cambiado mi vida en estos años. De ser una madre soltera luchando por sobrevivir, a directora de marketing de una editorial respetada. He construido esta vida ladrillo a ladrillo, superando obstáculos, aprendiendo de cada caída. Pase lo que pase hoy, sé que puedo afrontarlo, porque si hay algo que he aprendido en estos cuarenta y siete años, es que siempre, puedo contar conmigo misma.

Capítulo 2

Elena

Al entrar, veo que todos mis compañeros directivos están sentados y se giran al verme, los veo respirar con tranquilidad. Me doy cuenta de que Fernando no ha llegado, creía que ya estaba y no es así. Jorge, el director financiero, me señala un asiento libre a su lado.

—Buenos días —saludo con la mano mientras tomo asiento.

—¿Sabes algo? —me susurra mientras pongo los informes en la mesa.

—Lo mismo que todos: Grupo Meridiano. Yo pensaba que tú, al ser el director financiero, sabrías qué está pasando.

Él solo niega con la cabeza, ya que la puerta se abre y entra Fernando, seguido por una mujer que no había visto antes. Alta, traje gris y el pelo recogido en un moño alto. Su expresión es relajada, pero calculadora, he visto esa expresión en miles de personas cuando hay que negociar.

—Buenos días, equipo —dice Fernando—. Gracias por reuniros con tan poca antelación. Quiero presentarles a Raquel Sánchez, vicepresidenta de adquisiciones del Grupo Meridiano.

El silencio que sigue es incómodo. Raquel toma asiento junto a Fernando y nos dedica una sonrisa profesional. Yo le borraría esa

sonrisa de un guantazo y creo que alguno de mis compañeros, también, me muevo en la silla y siento la mano de Jorge sobre la mía para darme calma.

—Voy a ser directo —comienza a decir Fernando—. Como algunos habrán escuchado, en las últimas semanas hemos estado en conversaciones con el Grupo Meridiano respecto al futuro de esta editorial Pluma Norte.

Hace una pausa y toma agua de la botella, todos nos tensamos. Necesitamos saber qué va a pasar.

—He decidido, después de meditarlo mucho, que aceptaré la oferta de adquisición. A partir del próximo trimestre, seremos oficialmente parte de su grupo editorial.

Un murmullo recorre la sala. Aunque se podía intuir, por lo poco que sabíamos, escucharlo en voz alta del dueño hace que la realidad nos golpee con fuerza.

—Raquel está aquí para explicarnos los detalles del proceso de transición y responder a vuestras preguntas.

Raquel sonríe mientras abre su portátil. Está acostumbrada a hacer esto, se nota que no está incómoda y casi diría que lo está disfrutando. La pantalla de la sala se ilumina y sale el logo del Grupo Meridiano.

—Buenos días —comienza a decir—. Entiendo perfectamente que este tipo de noticias genere inquietudes. Quiero asegurarles que en Grupo Meridiano valoramos enormemente el prestigio y la calidad editorial de Pluma Norte. Es precisamente eso lo que nos ha llevado a realizar esta adquisición.

Solo puedo pensar en que eso es lo que dicen siempre y después se cargan a media plantilla, porque los gastos no pueden ser asumidos. Estoy cabreada, las ventas iban bien, teníamos muchos proyectos por presentar y algunos muy prometedores y ahora no sé qué pasará con todo eso.

—Nuestro objetivo es potenciar lo que ya han construido, no desmantelarlo —continúa Raquel, mientras avanza en su presentación mostrando gráficos de crecimiento—. Creemos en que Pluma Norte ocupará un lugar estratégico dentro de nuestro portafolio de sellos editoriales.

Durante los siguientes treinta minutos, Raquel nos habla de "sinergias", "optimización de recursos" y "economías de escala". Cada eufemismo corporativo es una bandera roja. Observo a mis compañeros: Jorge garabatea en su libreta, seguramente calculando cuánto tiempo nos queda; Marta, mantiene su rostro serio, pero su pierna no deja de moverse bajo la mesa; Marcos, director editorial, parece derrotado.

—En cuanto al equipo directivo, —continúa la portavoz del Grupo Meridiano, llegando al punto crítico—, valoramos mucho su conocimiento y experiencia. Durante los próximos tres meses estaremos evaluando la mejor estructura organizativa para maximizar el potencial de la integración.

Tres meses, calculo mentalmente el tiempo. Eso nos da hasta finales de septiembre para encontrar alternativas o negociar condiciones de salida favorables.

—¿Preguntas? —dice Fernando, cuando ella ha terminado con la presentación.

Levanto la mano de inmediato.

—Me gustaría saber ¿qué pasará con nuestra línea editorial? Tenemos autores que han firmado con nosotros precisamente porque no somos una editorial que publica de forma masiva. Muchos tienen cláusulas específicas…

Raquel sonríe y dejo de hablar, cierro los ojos por mi enfado, ella solo ladea la cabeza esperando que termine, pero no puedo, los nervios no me dejan.

—Entiendo que has terminado la pregunta, Elena —dice con una sonrisa que le borraría de un guantazo.

Solo puedo asentir.

—Me gusta que preguntes eso. Precisamente queremos mantener la marca Pluma Norte con su propia identidad dentro del grupo. No tenemos intención de interferir en la visión editorial que ha hecho que sean tan respetados en el sector.

—¿Incluso cuando esa visión pueda ser comercialmente arriesgada, pero con un contenido cultural valioso? —pregunta Marcos.

—Dentro de los parámetros de rentabilidad, por supuesto —contesta Raquel—. El Grupo Meridiano entiende que el prestigio cultural también tiene valor comercial, aunque sea a largo plazo.

Las preguntas continúan durante casi una hora. Trabajadores que pueden despedir, procesos centralizados, redistribución de presupuestos… Raquel responde a todos con ambigüedad como para no comprometerse a nada en concreto, pero con la habilidad de hacernos sentir que lo que nos preocupa es contestado.

Salgo de la reunión una vez finalizada e intercambio miradas con Jorge, él debe saber mucho más a partir de ahora.

—¿Café a las tres? —pregunta en voz baja.

—Por supuesto —respondo y me dirijo a mi despacho, donde Sara me espera ansiosa.

—¿Y bien? —pregunta cuando cierra la puerta.

—Es oficial. El Grupo Meridiano nos ha comprado. Tenemos tres meses antes de la reconstrucción.

—Mierda —murmura Sara—. ¿Qué va a pasar con nosotros?

Me recuesto en la silla y la observo, está nerviosa, cómo no estarlo. Sara lleva conmigo cinco años y hemos formado un equipo muy bueno. La idea de perderla como asistente me duele tanto como la posibilidad que tengo de perder mi propio puesto.

—Por ahora seguiremos trabajando como si nada hubiera cambiado —respondo, intentando sonar más segura de lo que realmente estoy—. Tenemos que actualizar nuestros currículums por si acaso.

Sara asiente, sé que esto supone un contratiempo para todos, algo que creímos seguro no lo es.

—David Ruiz llegará en quince minutos para la reunión. ¿Quieres que prepare algo? Tal vez necesites un momento para…

—Estoy bien, Sara. Solo asegúrate de que nadie nos moleste. Necesito centrarme en esto y lo positivo que va a ser para la editorial.

Mientras Sara sale, me acerco a la ventana de mi despacho y miro al exterior. Pienso en los veinte años de mi vida que llevo aquí

dedicados a esta editorial. Llegué cuando Daniel tenía tres años, como coordinadora junior de marketing. Fernando me dio la oportunidad, aunque supiera que tenía un hijo y era madre soltera. Él confió en mí y fui escalando posiciones hasta llegar donde estoy ahora, directora del departamento de marketing. Esta empresa ha sido mi refugio, mi campo de batalla y mi triunfo personal. Ahora viene una extraña a jugar con nuestros puestos de trabajo y posiblemente hacer modificaciones que harán que muchos de nosotros nos quedemos en la calle.

Capítulo 3

Elena

A la hora concertada, David Ruiz entra a mi despacho y le indico que tome asiento después de saludarnos con cortesía. Sé que necesito esto para que mi cabeza deje de tener tantos pensamientos intrusivos. Con David sabemos que estamos apostando bien. Su primera novela fue acogida muy bien, pero con este manuscrito que nos acaba de entregar tiene mucho potencial para ser un autor de primera línea.

—Elena, me encanta el enfoque que propones para la campaña —dice con entusiasmo—. La idea del podcast, de cómo puedo explicar los conflictos morales de la novela. Me encanta que se abran debates y aprender de ellos.

—Creemos que tu libro puede abrir muchos debates sociales y queremos aprovechar esas interacciones con el público no solo para posicionar la novela como un producto de entretenimiento, sino como parte del diálogo de la gente, que escuchen hablar de él por su contenido y los conflictos que propones.

David asiente con una sonrisa, aunque después su cara se transforma en inquietud cuando ya casi damos por finalizada la reunión.

—He oído rumores sobre el Grupo Meridiano —dice removiéndose incomoda en la silla—. ¿Es cierto que os están comprando?

Suspiro y me recuesto en la silla. No tiene sentido ocultarlo, tarde o temprano todos nuestros autores se van a enterar.

—Acaban de confirmarlo esta mañana. Sinceramente, no sé qué cambios traerá la compra. Pero te prometo que, mientras yo esté aquí, haré todo lo que esté en mi mano para que tu trabajo no se vea modificado.

—Confío en ti, Elena. Por eso firmé con vosotros y no con uno de los grandes. Si en algún momento sientes que no puedes proteger la visión del libro, ¿me lo dirás? ¿Verdad?

—Tienes mi palabra, David.

Tras despedirme de David, paso las siguientes horas en reuniones con mi equipo de marketing, revisando material de promociones y atendiendo llamadas. Intento mantener la normalidad, aunque la noticia de la adquisición ya circula por toda la oficina, generando que entre los empleados haya conversaciones que, cuando ven algún alto cargo, se queden callados.

A las tres en punto, me encuentro con Jorge en la cafetería de la esquina, nuestro refugio habitual para conversaciones y debates de qué es lo mejor para las ventas de nuestros escritores.

—¿Cómo lo llevas? —me pregunta mientras esperamos por nuestros cafés.

—Haciendo planes A, B y hasta Z —respondo sonriendo.

—Yo también —admite—. La verdad es que llevo un tiempo pensando en dar un cambio, pero no así, no forzado.

Nuestros cafés llegan y nos mantenemos en silencio hasta que la camarera se marcha.

—¿Recuerdas aquella idea que comentamos hace un par de años? —continúa Jorge en voz baja—. Lo de crear nuestra propia editorial boutique, especializada en literatura de calidad.

—Claro que lo recuerdo. Era un bonito sueño —digo con nostalgia.

—Quizá sea el momento de convertirlo en algo más que un sueño —propone, inclinándose en la mesa para estar más cerca—. Tengo algunos ahorros, conozco inversores potenciales que están dispuestos a invertir si la línea editorial es de calidad. Y lo más importante de todo, es que conocemos a los autores, tenemos los contactos, sabemos cómo funciona este negocio.

Lo miro sorprendida por su sinceridad y la propuesta que me acaba de hacer.

—¿Estás hablando en serio? ¿Empezar desde cero a nuestra edad?

—No desde cero, Elena, desde la experiencia. Piénsalo bien, en lugar de luchar por mantener nuestra visión en una empresa como es el Grupo Meridiano, que solo miran los números, podríamos crear algo propio, algo que realmente refleje lo que amamos de este negocio.

La idea me produce una mezcla entre vértigo y emoción. ¿Atreverme a reinventarme a mis cuarenta y siete años? ¿Abandonar la seguridad de un puesto para emprender? Aunque ahora esa seguridad está en el aire, pero hay una posibilidad de que pueda

seguir en la empresa. Y de la propuesta de Jorge me alerta la idea de contactar después con los escritores.

—Jorge, hay contratos firmados con esos escritores, no podemos meternos ahí o generaremos un problema y nos meteremos en un lío de juicios y demás —digo intentando poner un poco de cordura al entusiasmo de mi compañero.

—La realidad es que el contrato es con Pluma Norte, no será válido si hacen modificaciones. Hay una absorción de una empresa y cambiarán cosas, eso puede conllevar cancelaciones de contratos. Así que tendremos a muchos autores que podemos tener nosotros.

—Necesito tiempo para pensarlo —respondo—. Es una decisión muy importante.

—Por supuesto. Solo quería plantar la semilla —admite guiñándome un ojo—. Vamos a tener que tomar decisiones de todas formas, así que mejor contemplar todas las opciones. Hablaré con Marcos también, él tiene las conexiones con los autores que necesitaríamos.

Claro que Marcos, sería clave para esto, pero no estoy convencida de que sea lo correcto y sobre todo la forma de hacerlo.

El resto de la tarde, reviso informes, autorizo presupuestos y mantengo una reunión con el equipo de diseño sobre la portada de un libro que saldrá en otoño, todo mientras una parte de mi mente evalúa constantemente mi futuro, las posibilidades y sobre todo los riesgos.

Escucho cómo llaman a mi puerta y alzo la mirada antes de dar paso, es Sara con su sonrisa habitual.

—Elena, ¿necesitas algo más? Estoy por irme.

—No, todo está bien. Gracias por hoy, Sara, has sido un gran apoyo.

—Para eso estamos —responde y antes de marcharse añade—. Mi madre siempre dice que no hay mal que por bien no venga. Quizás esto acabe siendo algo positivo.

—Tu madre es una mujer muy sabia. Descansa, nos vemos mañana.

Una vez me quedo sola, organizo mi escritorio; lo hago de forma mecánica como cada vez que termino mi jornada laboral. Guardo documentos, miro mi agenda para mañana y apago el ordenador. Me detengo a mirar una foto que tengo en mi escritorio: Daniel en su graduación en Bachillerato, sonriendo con su diploma en la mano. A su lado estoy yo, con una sonrisa de orgullo.

Al salir del edificio, me despido de Alberto alzando la mano. Camino entre la multitud hasta llegar al metro. Caminar siempre me ayuda a calmar las emociones y consigue que me relaje.

Mi móvil suena. Es Patricia.

—¿Cómo estás, Elena? Me alegro mucho de que al final accedieras a venir con nosotras.

—No tuve muchas opciones después del asedio grupal —respondo indignada.

—Te hará bien salir un rato. Aparte es el cumpleaños de nuestra amiga.

—Lo hago por ella, que conste.

—Elena, últimamente te encierras demasiado en tu casa, tus rutinas y…

—Patri, hoy ha sido un día complicado —admito.

—¿Problemas en el trabajo?

—Grupo Meridiano ha comprado la editorial. Lo anunciaron hoy —suelto sin pensarlo.

—Oh, joder… —la preocupación por lo que le acabo de decir es evidente en su tono de voz—. ¿Estás en riesgo?

—Todos lo estamos. Ya sabes cómo funcionan estas cosas.

—¿Quieres que pase por tu casa? Podríamos tomar un vino y hablar.

La oferta es tentadora. Patricia siempre ha sido la más sensata de todas, es la mejor para escuchar sin juzgar.

—Gracias, pero necesito estar sola, procesar todo esto —respondo—. Mañana, en la celebración de Lucía, podemos hablar con más calma.

—Como prefieras. Pero recuerda que estamos aquí para lo que necesites.

—Lo sé. Por eso os quiero, aunque seáis unas pesadas con lo de salir y conocer gente.

Patricia comienza a reír al otro lado de la línea.

—Solo queremos verte feliz.

—Estoy feliz a mi manera —respondo con cansancio.

—Si tú lo dices. Descansa, Elena. Mañana será otro día y seguro que no todo es tan negro como hoy.

Al colgar, me doy cuenta de que he llegado a la estación de metro. Accedo y, como era de esperar, está la estación llena esperando al metro que nos irá dejando parada tras parada. Subo y me apoyo en la parte trasera del vagón. Mi mente sigue dando vueltas a la propuesta de Jorge. ¿Tendría el valor? ¿Qué pasaría con Daniel, con su universidad? Los emprendimientos no garantizan ingresos estables al principio, aunque tengo ahorros, sé que eso para mí es intocable. Intento quitarme esa idea de la mente cuando me doy cuenta de que ya he llegado a mi destino.

Llego a mi apartamento y al abrir todo está en silencio, esa paz que necesito. Me dirijo a la cocina, cojo una botella de vino y una copa y tras servírmela bebo un trago. Me apoyo en la encimera y me doy cuenta de que no quiero ponerme a cocinar, que es mejor pedir algo a domicilio.

Pido comida tailandesa y mientras espero que llegue, saco el libro que me dio Javier esta mañana de mi bolso. Biografía de Virginia Woolf. Creo que necesito leerlo ahora, una mujer compleja y al mismo tiempo brillante, que desafió a la época y se reinventó constantemente. Leo durante aproximadamente media hora antes de que el timbre de mi piso suene indicándome que la comida ya está.

Estoy comiendo sentada en el sofá directamente del envase, ni me he molestado en pasarlo en un plato. Mi móvil vibra a mi lado y veo que es Mónica.

Mónica: ¿Está todo bien? Patricia, me contó lo de tu trabajo. Si necesitas hablar, llámame a la hora que sea.

Yo: Estoy bien. Te prometo que lo hablaremos mañana. Ahora necesito desconectar e intentar no pensar en eso.

La respuesta de Mónica no se hace esperar y es un escueto, vale. Sabe que tengo mis tiempos y los respeta.

La realidad es que no sé cómo voy a poder intentar no pensar en eso, ahora mismo solo necesito comer, darme una ducha y seguir leyendo la biografía de Virginia Woolf.

Capítulo 4

Elena

Me despierto antes de que suene el despertador, como siempre. No me levanto, me quedo en la cama mirando al techo, recordando todo lo sucedido el día anterior. Fernando vende la editorial. No puedo entender por qué lo hace, todavía me pregunto qué es lo que se le ha pasado a ese hombre por la cabeza para que se desprenda de su gran proyecto.

Mi móvil vibra en la mesilla. Es un mensaje de Jorge.

Jorge: ¿Tomar algo antes de ir a la oficina? Café Montmartre, siete y media.

Yo: Sí.

Me levanto de la cama para ir a la ducha. Sé debo de afrontar esta nueva realidad y es mejor, si Jorge sabe algo, me lo diga, aunque seguro que espera una respuesta para el proyecto que tiene en mente, que a mí me sigue pareciendo una locura.

Una hora después estoy sentada frente a Jorge en la pequeña cafetería. Él ya va por la segunda taza de café cuando llego.

—Buenos días —saludo, dejando mi bolsa en la silla que está vacía para tomar asiento—. Parece que madrugaste más que yo.

—Apenas he dormido —admite—. Estuve haciendo números hasta las tres de la mañana.

—¿Y?

—Es viable, Elena —dice entusiasmado—. Si conseguimos a los inversores adecuados y retenemos algunos autores clave, podríamos hacerla funcionar.

La camarera se acerca y le pido un café americano y un croissant. Una vez se marcha, me inclino hacia Jorge.

—¿Hablaste con Marcos?

—Anoche. Está interesado, después de la reunión con Meridiano, dice que varios autores ya le han expresado su preocupación.

Eso que comenta sé que es cierto, ya David Ruiz me lo hizo saber, que no quería una multinacional en donde solo fuese un número.

—¿Qué necesitaríamos exactamente? —pregunto.

Jorge abre su *Tablet* y me muestra una hoja de cálculo detallada.

—Inversión inicial de unos doscientos mil euros. Tengo sesenta mil ahorrados que puedo aportar. Marcos puede poner otros cuarenta mil. Si tú pudieras aportar una cantidad similar, necesitaríamos encontrar inversores solo para la mitad.

La cifra me provoca un nudo en el estómago. El proyecto de Jorge es ambicioso y grande, no quiere empezar con algo pequeño, él quiere ir a lo grande. Incluye adelanto por ventas, imprenta, publicidad en páginas, está todo bien detallado.

Tengo ahorros, pero gran parte están destinados para la universidad de Daniel. Aunque ya esté en el último año, aún queda

este curso y después el máster.

—Necesito tiempo para mirarlo y pensarlo —respondo con calma —. ¿Cuál sería el plan exactamente?

—Editorial boutique, enfocada a literatura de calidad. Empezaríamos publicando seis títulos al año, muy seleccionados. Marcos cree que podría convencer a David Ruiz y a un par de autores más para que nos sigan. Tú te encargarías del marketing y yo de las finanzas y operaciones.

Mi café llega y agradezco que nos haya interrumpido, necesito pensar en esto, es una inversión muy grande y no estoy segura de poder mantenernos solo con seis títulos al año.

—¿Y Sara? —pregunto—. No puedo imaginar hacer esto sin ella.

—Por supuesto que vendría con nosotros. Tu asistente vale por tres personas.

Sonrío. Esto es una locura, la cifra que me ha dado Jorge sigue rondando mi cabeza, demasiado dinero, pienso. Si el proyecto no sale adelante, las pérdidas serían grandes, no sé por qué no vamos con más cautela.

—Hemos hablado de nombres para la editorial, Marcos ha sugerido alguna idea.

—¿Cuál? —pregunto con curiosidad.

—Libros Esenciales. Aunque a mí me parece un poco pretencioso. Nada es esencial en esta vida.

—Hojas Sueltas —digo de pronto sin poder controlar mis impulsos—. Como páginas que vuelan libres, que no están atadas a grandes corporaciones.

—Me gusta —dice sonriendo.

Continuamos discutiendo detalles durante el desayuno. Cuando nos despedimos para no entrar juntos al edificio, Jorge me mira.

—Piénsalo bien, Elena. Podría ser nuestra oportunidad de crear algo importante, algo propio, nuestro.

En la oficina el ambiente es incómodo. La noticia de la adquisición ya se ha filtrado a todos los departamentos, los pasillos están llenos de conversaciones en voz baja y miradas preocupadas. Sara me espera con mi agenda del día y una expresión de preocupación que intenta disimular.

—He organizado tus reuniones —me dice mientras entramos a mi despacho—. Las más importantes por la mañana, cuando estás más despejada. Te he bloqueado una hora a las dos para almorzar conmigo. No acepto un no por respuesta.

—¿Desde cuándo das tú las órdenes? —pregunto entrecerrando los ojos.

—Desde que decidí que necesitaba hablar con alguien que estuvo en esa reunión —responde, seria—. Además, ya he pedido mesa en ese italiano que te gusta.

—Está bien, jefa —cedo, sabiendo que está preocupada.

La mañana transcurre entre reuniones y llamadas de autores preocupados. Llaman primero a Marcos y después a mí, intentando buscar una tranquilidad que transmitimos, pero que nosotros no sabemos si va a ser como le explicamos o nos veremos envueltos en el mismo sistema que otras adquisiciones del Grupo Meridiano.

A la hora del almuerzo, estamos sentadas en el fondo del restaurante. Apenas hemos pedido lo que queremos cuando ella va directa al grano.

—Jorge me habló de vuestra idea —dice, sorprendiéndome—. Quiero que sepas que haré lo que tú me digas.

—¿Te lo contó todo?

—Lo suficiente. Una editorial independiente, centrada en la calidad sobre cantidad. Lo que siempre has defendido en Pluma Norte.

—Pero Jorge tiene un proyecto demasiado ambicioso, Sara. Es demasiado dinero, creo que debemos ser más cautelosos…

—No sé la cantidad de dinero de la que hablan —me interrumpe —, pero el proyecto, como me lo ha descrito Jorge, es viable.

—Tengo miedo, Sara —admito por primera vez—. A mi edad, arriesgar mi estabilidad laboral para empezar algo.

—¿Qué seguridad? —me vuelve a interrumpir—. Meridiano va a despedir a mitad de la plantilla en tres meses, eso lo sabes tan bien como yo.

—Nos indemnizaría y podemos encontrar otro trabajo en una editorial.

—Podrías —dice recostándose en la silla—. O podrías crear algo propio. Algo que refleje tus valores, donde no tengas que responder ante ejecutivos que solo se preocupan por los números trimestrales.

—Pareces muy convencida sobre el proyecto y mi capacidad.

—Lo estoy —afirma—. Te he visto trabajar durante cinco años, Elena. Eres brillante en lo que haces, imagina que nadie te pusiera

reglas ni normas. Podrías conseguir lo que quisieras sin tantas restricciones.

Sus palabras me conmueven. Sara tiene demasiada fe en mí, eso significa mucho.

—¿Y tú? ¿No temes el riesgo? —pregunto.

—Por supuesto que tengo miedo —admite—. Pero más me asusta la idea de conformarme con menos de lo que sé que puedo lograr.

Miro a Sara que lleva cinco años a mi sombra, siempre haciendo lo mismo. Creo que eso es lo que la tiene entusiasmada para poder llegar a ascender, y aquí es imposible, dado el puesto que tiene.

El resto del almuerzo nos pasamos hablando de la posibilidad de crear una empresa propia y de cómo sería si todo fuera como lo pensamos. Por primera vez en estos días, siento que Sara me transmite ese entusiasmo.

Cuando regresamos a la oficina, Fernando me intercepta por el pasillo.

—Elena, ¿tienes un minuto?

Asiento sin poder responder, está demasiado serio.

—En mi despacho, por favor.

Lo sigo en silencio por el pasillo. Fernando cierra la puerta cuando entro y me indica que tome asiento.

—Raquel Sánchez me ha pedido una lista de los directivos que considere imprescindible para la transición —suelta sin miramientos —. Obviamente, tu nombre está en la lista.

—Gracias por la confianza.

—Quieren que algunos de vosotros os reunáis individualmente con el equipo directivo de Meridiano la próxima semana. Para conocerlos mejor, según dicen.

Su tono en esa última frase indica que no cree nada de lo que le han dicho.

—¿Evaluación encubierta?

—Eso creo —asiente—. Estarán decidiendo a quién mantener y a quién prescindir. Solo quería advertirte.

—Agradezco la transparencia, Fernando.

Él se inclina hacia adelante, bajando la voz, aunque estemos solos.

—He trabajado contigo veinte años, Elena. Eres una de las mejores profesionales que he conocido. Si me preguntas mi consejo sincero, empieza a buscar alternativas. Meridiano ya tiene su propio director de marketing, un protegido del CEO.

Su franqueza me sorprende, aunque en el fondo ya lo sospechaba.

—¿Por qué lo vendes, Fernando? —pregunto sin entender por qué se desprende de algo que tanto le ha costado sacar adelante.

Lamentablemente, no contesta, ya que unos golpes en la puerta nos interrumpen. Al dar paso es Raquel, esta vez con un pantalón negro y una blusa blanca que deja ver un escote y el color de su sujetador.

—Buenas tardes, no quería interrumpir nada.

—No interrumpes —digo, poniéndome de pie—. Yo ya me iba.

Raquel me observa con una sonrisa dibujada en su rostro que borraría de un tortazo, pero contengo mis ganas y tras despedirse con una sonrisa salgo del despacho del propietario de la editorial.

Camino por el pasillo hasta llegar a la puerta de mi despacho, saludo a Sara que me mira con expectación y le aseguro que todo está bien, entro y me dejo caer en mi silla. Puedo perder mi puesto de trabajo, pero lo que he hablado esta mañana con Jorge y después con Sara empieza a resonarme en la cabeza. No sé lo que haré, pero lo que está claro es que no quiero pasarme tres meses viendo peligrar mi puesto de trabajo.

Capítulo 5

Elena

A las seis en punto Sara entra al despacho y me mira entrecerrando los ojos.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—No has recogido todavía —dice entrando.

—Tengo que terminar esto.

—Ni hablar, por hoy es suficiente. El lunes es otro día.

—¿Hoy parece que quien manda eres tú?

—Sí —afirma con una sonrisa—. Ahora cierra todo y ve a la casa, tienes una cita esta noche.

—No tengo ninguna cita, solo una salida con amigas.

Me paro un momento y pienso cómo Sara sabe esa información si yo no le he dicho nada. La miro sin entender y, antes de que pueda hacer la pregunta, me responde.

—Mónica. Me ha llamado esta tarde para que me asegurara de que salías a la hora y no pondrías alguna excusa de trabajo.

—No iba a poner ninguna excusa —me defiendo.

—Ya lo sé, solo me aseguro de que sales del edificio, porque lo harás conmigo.

—Qué pesadas sois. Ni que fuese algo de vida o muerte.

—No lo es —afirma.

Sara no deja que siga hablando, solo me ordena que debo recoger todo y salir de allí lo más rápido posible. Cuando estamos ya en la puerta del edificio, me mira sonriendo.

—Ahora ve y diviértete. El lunes me cuentas todo con detalles.

—Eres consciente de que tengo cuarenta y siete años —le recuerdo—. No voy a ligar en un bar.

—Nunca se sabe lo que puede pasar, jefa. A veces la vida te sorprende cuando menos lo esperas.

—A mi edad —digo y comienzo a reír—. No creo que vaya a encontrar el amor de mi vida en un local celebrando el cumpleaños de una de mis amigas.

—Tú disfruta del momento —me pide.

Asiento y la abrazo para despedirnos. Salgo del edificio y camino calmada hasta la boca del metro. Quizás Sara tenga razón y debo disfrutar de estas pequeñas salidas.

A los pocos minutos de salir del edificio me llega un mensaje de Mónica. Sonrío al verlo, seguro que Sara le habrá dicho que ya he salido.

Mónica: Te recogemos a las ocho y media. Ponte guapa y olvida el trabajo por una noche.

Cuando llego a mi apartamento, voy directa a la ducha, dejo que el agua caiga sobre mi cara y pienso cómo ha cambiado mi vida en dos días, de tener un trabajo asegurado, a verme sin saber si contarán conmigo o perderé todo por lo que he luchado estos

últimos años. Pienso en la propuesta de Jorge y me sigue pareciendo una locura arriesgarme tanto. No sé si lo que siento es miedo por un futuro incierto o por el hecho de que ahora puedo tomar las riendas de mi vida y hacer lo que realmente quiero con un proyecto propio.

Salgo de la ducha y me relajo un poco en el sofá antes de vestirme para irme con mis amigas de cena y fiesta. Mi móvil comienza a vibrar y es mi hijo Daniel.

—Hola, mamá —dice nada más descolgar—. Solo quería decir que tienes que divertirte y pasarlo bien con las chicas.

—Gracias, cariño. ¿Te ha llamado alguna de las chicas? —pregunto para saber si Mónica o alguna otra se ha encargado de llamar a mi hijo.

—No —responde riendo—. Pero sé cómo eres últimamente y quiero que te distraigas…

—Estoy bien, Dani —lo corto.

—Lo sé, mamá, pero el trabajo y con la excusa de que tienes que seguir protegiéndome, te has aislado.

Sé que lo que dice mi hijo lleva razón, pero yo soy feliz así. No tengo la necesidad de cambiar nada, no entiendo por qué la gente quiere sacarme de mi casa y que conozca a alguien, como si no pudiera vivir sola.

—Dani, te prometo que saldré más —miento para que se quede tranquilo.

—Perfecto, nos vemos mañana. Te quiero mucho, mamá.

—Y yo a ti, hijo.

Tras colgar, me dirijo a mi habitación para prepararme. Una vez lista, me miro al espejo y estoy satisfecha con el resultado.

—Ni tan mal para la edad que tengo —me digo sonriendo.

A las ocho y media mi timbre suena y ya sé que son ellas, siempre puntuales. Bajo y al salir del portal, están todas fuera del coche esperando.

—¡Vaya! Alguien se ha tomado en serio eso de que puede pasar algo esta noche —dice Patricia.

—Es que Mónica se ha encargado de presionarme.

—¿Yo? —pregunta como si ella no hubiera hecho nada.

Decido ignorarla e ir donde está Lucía y abrazarla, dándole las felicidades.

—Gracias —dice soltando el abrazo—. Ahora vamos a cenar y después de fiesta —comenta haciendo que el resto silbe y vayamos entrando en el coche.

—¿Qué tal las cosas en la editorial? —pregunta Carmen.

—Todo un desastre —respondo suspirando—. Prefiero no hablar de eso esta noche. Necesito desconectar.

—Esa es la actitud —aprueba Mónica—. Esta noche solo diversión.

Estamos discutiendo a dónde ir a comer y después para tomar algo cuando Lucía, que se ha mantenido en silencio, interviene.

—Tengo el lugar perfecto —asegura.

Las cuatro paramos de hablar y nos quedamos en silencio para que nos diga cuál es el plan.

—Hay un local donde también se puede comer, hay música en vivo suave y se puede hablar con tranquilidad.

—¿Cómo se llama? —pregunta Mónica.

—El rincón de la Luna —responde la cumpleañera.

Ninguna dice nada y Lucía aparca el coche, nos bajamos y nos dirigimos al local que nos ha dicho. Una vez enfrente de la puerta me doy cuenta de que es un sitio muy selecto. Lucía se acerca y da su nombre y nos permite entrar.

—¿Cómo conseguiste mesa? —pregunto, impresionada por el lugar—. Esto parece bastante exclusivo.

—Conozco al dueño —responde guiñándome un ojo—. Salimos un par de veces el año pasado.

—Terminó bien, por lo que se ve —dice Carmen al ver que nos llevan a un lugar apartado y que en la mesa pone "Feliz cumpleaños"

—Digamos que somos adultos civilizados —ríe Lucía—. Además, ahora sale con una de mis compañeras de gimnasio.

Nos sentamos en la mesa reservada para la ocasión y al poco llega una camarera con una botella de champán.

—Cortesía de Alejandro —dice, señalando a la barra donde un hombre atractivo de unos cincuenta años nos saluda con un gesto.

Lucía le devuelve el saludo y después comienza a servirnos una copa a cada una.

—Por los ex que saben comportarse —brinda—. Y por las amigas que están siempre, en las buenas y en las malas.

Chocamos las copas y bebo un sorbo de champán. El ambiente es relajado, contamos anécdotas, mientras esperamos que nos sirvan la comida. La música se escucha suave de fondo y no molesta para nada, incluso ha llegado un momento en que no la llegamos a escuchar.

A medida que avanza la noche, la conversación fluye con la ayuda del alcohol. Hablamos de las últimas citas de Lucía, el nuevo proyecto de Carmen como asesora educativa, los problemas de Patricia con su hija adolescente y de cómo Mónica cuenta su primera vez con una mujer. Por primera vez en semanas, me permito reír.

—Entonces, ¿qué hay de ti, Elena? —pregunta Mónica después de contar su experiencia—. ¿Alguna novedad en el horizonte amoroso?

—Sabes perfectamente que no —respondo, poniendo los ojos en blanco—. Estoy bien así.

—Ese es el problema —insiste Mónica—. Qué crees que estás bien, pero no lo estás. Han pasado cinco años desde Isabel. Es tiempo suficiente…

—No todo el mundo necesita estar en pareja para ser feliz —la corto, enfadada por su insistencia.

Patricia interviene intentando calmar la cosa.

—Nadie dice que necesitas estar en pareja, Elena. Solo que a veces parece que has construido un muro tan alto que ni siquiera das oportunidad a conocer a gente nueva.

—¿Qué gente nueva voy a conocer a mi edad? —pregunto intentando no cabrearme—. ¿En aplicaciones de citas donde todos

mienten sobre su edad?

—Hay vida más allá de las apps —dice Carmen.

—Exacto —continúa Lucía—. Mira a tu alrededor. Este lugar está lleno de gente interesante de todas las edades.

Sigo su mirada y miro el local. Es cierto que hay una mezcla interesante de personas: desde veinteañeros hasta parejas de mediana edad y grupos de amigos que podrían tener nuestra edad. Mi atención se detiene en una joven que se mueve entre las mesas con una cámara profesional, fotografiando discretamente el ambiente. Hay algo en ella que me hace detenerme más de la cuenta a observarla.

—¿Ves algo que te guste? —susurra Lucía, siguiendo mi mirada.

—Solo observaba —respondo, volviendo la atención a mis amigas —. La fotógrafa parece muy profesional.

—Ah, es Laura —dice Lucía sin apreciar que antes me he quedado fijamente mirando la chica—. Hace las fotos para la web del local y algunos eventos. También expone aquí.

Miro nuevamente a mi alrededor y veo que las fotografías que cuelgan en las paredes son en blanco y negro, y captan perfectamente el ambiente del local. Tiene talento y se ve en sus fotografías.

—Sus fotos son impresionantes —comento.

—¿Verdad? Tiene un don para captar la esencia de las personas. Deberías hablar con ella, es encantadora —propone Lucía.

—No voy a ir a hablar con una desconocida por sus fotos — respondo, aunque en el fondo me encantaría tener esa

conversación.

—Como quieras —dice Lucía y cambia de tema—. ¿Sabéis quién vino a mi consulta la semana pasada? Ana Beltrán, ¿os acordáis de ella? La del instituto que salía con aquel chico de música…

La conversación continúa y se desvía hacia anécdotas de nuestra juventud. Después del tercer cóctel, me siento algo achispada. Cuando la banda comienza a tocar una versión de una canción que bailábamos en la universidad, Patricia me arrastra a la pequeña pista de baile.

—¡Vamos! Solías ser la primera en bailar —asegura.

Resistirme parece inútil, así que me dejo llevar. Llevada por el alcohol que ya tengo en el cuerpo, la música se apodera de mí y comienzo a moverme. Hacía tanto tiempo que no bailaba así, sin preocuparme por nada más que el ritmo y la sensación de libertad.

Es entonces cuando la veo de nuevo. La fotógrafa está ahora enfocando hacia la pista de baile. Nuestras miradas se cruzan brevemente a través del objetivo de la cámara, y algo en la intensidad con la que me siento observada hace que mi estómago se contraiga. Aparta la cámara y sonríe, y yo siento que mi ritmo cardiaco se acelera. Desvío la mirada, descolocada por mi propia reacción.

—Debe ser por el alcohol —susurro.

—¿Decías algo? —pregunta Patricia, ajena a lo que me ha pasado.

—Creo que necesito parar un poco.

Me voy donde está el resto de las chicas, mientras Patricia sigue dándolo todo en la pista. Al tomar asiento, de forma inconsciente, la busco con la mirada, y sigue fotografiando. Me pilla de nuevo mirándola y vuelve a sonreír, no es consciente de lo que me hace sentir y me maldigo por no saber qué es lo que me está pasando.

Capítulo 6

Elena

Sigo hablando con las chicas, mientras busco con la mirada inconscientemente a la fotógrafa, no entiendo qué es lo que estoy haciendo y por qué me intriga tanto esa chica. Ya no está, no la veo, no sé en qué momento ha desaparecido.

—Voy a por una bebida —digo poniéndome de pie.

—Pueden traerla aquí —dice Carmen.

—Necesito caminar un poco —miento.

La realidad es que desde la barra podré ver si encuentro a la chica. Camino hasta llegar a ella y pedir la copa, pero la barra está llena de gente y tengo que esperar.

—Disculpa —escucho justo detrás de mí la voz de una mujer—. ¿Te importaría si te tomo una foto?

Me giro y me encuentro cara a cara con ella, la fotógrafa. La observo y es más joven de lo que había apreciado en un principio, y mucho más atractiva también. Ojos grandes y marrones, pelo castaño ondulado, y una sonrisa que hace que mi cuerpo tiemble.

—¿Por qué querrías fotografiarme? —pregunto.

—Estoy documentando la noche para la revista cultural Prisma. Hay algo en tu forma de bailar… en ti, en cómo haces que todas las

miradas vayan a ti, aunque no creo que esa sea tu intención.

—No lo es —aseguro.

La chica ladea la cabeza y sonríe, sigue esperando una respuesta a su pregunta.

—No me gustan las fotografías —respondo más seca de lo que esperaba ser.

—Es una pena —dice, sin inmutarse por mi rechazo—. Eres fotogénica.

—No me conoces. No sabes si lo soy o no.

—No necesito conocerte para ver que tienes una presencia interesante —responde, y hay algo en su tono que no logro descifrar si es coqueteo o seguridad en su trabajo—. Respeto tu decisión. ¿Puedo invitarte a una copa a cambio de la foto que no me dejas sacarte?

Debería decirle que no quiero, que he venido con mis amigas y volver con ellas. Tengo que mantener la distancia con ella. En cambio, mi cerebro tiene otros planes.

—Gin-tonic, por favor.

Ella sonríe y pide nuestras bebidas, para después girarse y mirarme fijamente.

—Soy Laura, por cierto. Laura Vega.

—Elena Morales —respondo.

—Un placer, Elena.

Sin esperarlo ella se acerca y deja un beso en mi mejilla que hace que mi respiración se agite, no sé qué es lo que me pasa con esta

chica.

—¿Vienes a menudo por aquí? —pregunta.

—Es mi primera vez. Estoy celebrando el cumpleaños de una amiga.

—Ya me extrañaba que no te hubiese visto antes, no me hubiera olvidado de alguien como tú.

—¿Trabajas aquí? —pregunto intentando cambiar de tema.

—No exactamente. Conozco a Alejandro y me suele llamar para fotografiar el local y sacarlo en las redes. Además, tengo expuestas fotografías —comenta señalando una de las paredes.

—Son muy buenas —reconozco—. Tienes talento para captar la verdad en las personas.

—Gracias —sonríe—. Intento ver más allá de las máscaras que todos usamos.

—Debe ser difícil. La mayoría pasa su vida ocultando quiénes son realmente.

Laura me mira, ladea su cabeza y pasa la lengua por su labio inferior y yo siento una punzada entre las piernas.

—Pero en ciertos momentos, las máscaras caen. Como cuando bailabas hace un momento.

Su respuesta me inquieta. Me siento expuesta, como si ella hubiera visto algo que ni yo misma puedo ver.

—¿Cuántos años tienes, Laura? —pregunto intentando tomar el control de la conversación.

—Veintisiete —responde entrecerrando los ojos—. ¿Por qué? ¿Es relevante?

En ese instante me doy cuenta de que es apenas cuatro años mayor que Daniel.

—Simple curiosidad —miento, dando un largo sorbo a mi bebida.

—La curiosidad a veces puede tener consecuencias —susurra cuando va a recoger su copa de la barra.

Sentir el aliento en mi cuello ha hecho que mi piel se erice y eso no ha pasado desapercibido por Laura, que parece divertirse con la situación. Vuelvo a beber de mi copa, creo que es mejor volver con mis amigas.

Cuando miro en su dirección veo a Mónica haciéndome señas y sonriendo. Pongo los ojos en blanco cuando entiendo lo que quiere decirme.

—Tus amigas parecen divertidas —comenta Laura mirándolas.

—Lo son. También entrometidas.

—Las mejores amigas suelen serlo —comenta riendo—. Las mías son iguales.

No voy a ir con las chicas, quiero molestarlas un poco y me quedo hablando con Laura, al saber la edad ya he puesto una barrera, no pasará nada con ella. Laura me cuenta sobre sus proyectos fotográficos, su pequeño estudio en un edificio industrial rehabilitado. Hay algo en ella cuando cuenta de forma efusiva en qué consiste su trabajo y proyecto que te quedas enganchada.

—Háblame de ti, Elena —me pide.

Comienzo contándole algunas anécdotas que he tenido con escritoras sin que se pueda saber qué autor es. Laura presta atención a cada palabra que digo, y eso me hace sentirme cómoda, me escucha, no me ha pedido que hable de mí por cortesía, sino porque le interesa a qué me dedico y cómo es mi vida en lo poco que le puedo contar.

La música cambia y a la pista comienza a entrar gente para bailar.

—¿Quieres bailar? —pregunta con la mano extendida.

—Yo… no… —no soy capaz de hablar, soy consciente de la edad que nos separa, esto es una mala idea y debería haberme ido mucho antes con mis amigas.

—Vamos —insiste cogiendo mi mano—. Una canción.

Al notar su mano sobre la mía, siento una corriente eléctrica por mi brazo. No debería seguirla, lo sé perfectamente, sin embargo, me encuentro dejándome guiar hacia la pista de baile, como si mi cuerpo hubiera decidido ignorar todas las advertencias de mi cerebro.

Bailamos. Al principio manteniendo una distancia prudente, pero poco a poco acercándonos más. Laura baila como si todo a su alrededor le importara poco o nada y yo al final me contagio de esa energía y empiezo a olvidar el sitio donde estoy y si me observan.

No sé cuándo el baile se transformó en algo más, pero de repente somos conscientes de la tensión que hay entre nosotras. Una canción lenta suena, y Laura se acerca más, colocando sus manos en mi cintura. Debería alejarme, en cambio, mis brazos se enredan alrededor de su cuello.

—Eres preciosa, Elena —murmura cerca de mi oído, y su aliento cálido envía un escalofrío que recorre mi columna.

—Esto es una locura —susurro, más para mí misma que para ella.

—A veces las mejores cosas en la vida comienzan con un poco de locura.

Nuestras miradas se encuentran, y el mundo a nuestro alrededor parece desaparecer. No sé quién da el primer paso, pero de repente sus labios están sobre los míos; el primer contacto es suave, casi tímido. Respondo agarrando su nuca e intensificando el beso. Noto su lengua en mi boca y siento que muero de placer solo con el roce. Es el contacto de otra persona al bailar lo que nos hace separarnos.

Nos miramos, ambas estamos respirando con dificultad. Una parte de mí está horrorizada por lo que acaba de pasar, por haber perdido el autocontrol que me caracteriza. La otra parte quiere más.

—¿Estás bien? —pregunta Laura.

—No lo sé —respondo con sinceridad—. Esto no es… no es lo que hago normalmente.

—¿Besar a extrañas en bares? —pregunta con una sonrisa.

—Exacto.

—Bueno, técnicamente ya no somos extrañas. Sé que trabajas en una editorial, que tienes un hijo en la universidad, y que bailas como si estuvieras teniendo una conversación privada con la música.

—Sabes fragmentos, no quién soy.

—Me gustaría conocerte más —responde y la sinceridad con la que lo hace me pone nerviosa—. Mucho más.

Miro hacia donde estaban mis amigas, pero han desaparecido del reservado. Busco por el local para intentar localizarlas y las veo en la barra observándonos, todas con una sonrisa en los labios.

—Mis amigas nos están mirando —digo, incómoda por sentirme observada.

—¿Eso te molesta?

—No debería estar haciendo esto —respondo, para no contestar su pregunta.

—¿Por qué no?

—Porque… —me detengo, no queriendo decirle que es demasiado joven, que apenas tiene cuatro años más que mi hijo, que esto es una locura y tengo que evitarlo—. Es complicado.

La fotógrafa toma mi mano y me guía fuera de la pista de baile, hacia un rincón más tranquilo del bar.

—Me gustan las cosas complicadas —susurra muy cerca de mi boca una vez estamos apartadas de la gente—. Son más interesantes.

Después de eso me besa, y esta vez con más intensidad que hace que se derriben todas mis barreras. Mis manos se enredan en su pelo, mientras las suyas recorren mi espalda, atrayéndome más hacia ella.

Cuando nos separamos, mi corazón late tan fuerte que temo que lo pueda oír.

—Debería volver con mis amigas —digo, aunque no me muevo ni un centímetro para alejarme.

—¿Es eso lo que quieres realmente?

La pregunta queda en el aire y me taladra los pensamientos. ¿Qué es lo que quiero? ¿Regresar a la seguridad de mi vida? ¿O permitirme, por una vez, seguir este impulso?

—No lo sé —admito—. Todo esto es…

Laura sonríe al ver que no soy capaz de encontrar las palabras adecuadas.

—No necesitas decir nada ahora —dice y saca una tarjeta de su bolsillo—. Este es mi número. Si quieres hablar, tomar un café, o simplemente ver más de mi trabajo, llámame.

Tomo la tarjeta, nerviosa.

—Laura, yo…

—Sin presiones —me interrumpe—. La pelota está en tu tejado, Elena. Pero por si te sirve de algo, creo que hay algo entre nosotras. Algo que merece al menos una oportunidad.

Antes de que pueda responder, Mónica aparece a mi lado.

—Perdón por la interrupción —comienza a decir—, pero Lucía está a punto de cortar la tarta de cumpleaños y nos reclama a todas.

—Claro, ya voy —respondo.

—Ve con tus amigas. Ha sido un placer conocerte, Elena Morales.

—Igualmente, Laura Vega.

Mientras me alejo con Mónica, siento la mirada de Laura siguiéndome. Mi amiga acelera el paso para llegar de nuevo a la mesa que tenemos, allí todas me miran expectantes.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Patricia mientras las demás me miran fijamente.

—Nada.

Ellas comienzan a reír y yo las miro pensando en lo idiotas que son.

—Solo hablábamos de sus fotos —miento.

—¿Es así como lo llaman ahora? Porque desde donde yo estaba, parecía que estabais hablando muy intensamente con los labios —suelta Mónica.

—Mónica…

—Esto es lo más emocionante que te ha pasado en años. ¿Te dio su número? —pregunta Lucía.

Suspiro, sabiendo que es inútil intentar evadir las preguntas de mis amigas.

—Sí, me dio su tarjeta.

—¿Y vas a llamarla? —esta vez es Carmen quien me pregunta.

—No lo sé. Probablemente no.

—¿Por qué? —insiste Carmen—. Es guapísima, parece interesante y hay química entre vosotras.

—Tiene veintisiete años —digo con frustración—. Es prácticamente de la edad de Daniel.

Mis amigas me miran como si lo que estoy diciendo fuera lo más absurdo del mundo.

—¿Y? Eres una mujer adulta, ella es una mujer adulta. ¿Cuál es el problema exactamente? —pregunta Lucía.

—El problema es que no busco complicarme. Mi vida ya es suficientemente compleja ahora mismo con los problemas de la

editorial.

—Excusa —asegura Mónica y en ese momento llega la tarta de Lucía—. Esta conversación no se ha terminado —susurra.

Le cantamos el cumpleaños feliz y sin planearlo casi todo el local comienza a cantarle, Miguel incluso se acerca a felicitarla. Cuando Lucía sopla las velas, todos comienzan a aplaudir y la busco con la mirada y la veo de nuevo detrás de su objetivo e inmortalizando ese momento y, como hizo una vez, baja la cámara y fija su mirada en la mía mientras sonríe; soy yo la que tiene que bajar la mirada e intentar calmar lo que esa muchacha me produce.

Capítulo 7

Laura

Veo a Elena con el resto de las amigas salir del local, siento que se me escapa la oportunidad de volver a besarla, de sentir sus labios por última vez esta noche, pero no es prudente volver a abordarla y menos hacer algo que quizá no quiera.

Me acerco a la barra y tomo asiento, el local ya se empieza a vaciar debido a la hora. Carla está limpiando vasos. Nos conocemos desde que Alejandro me contrató para hacer fotos a su local, y ella se ha convertido en confidente cada vez que termina la jornada laboral.

—¿Una cerveza? —me ofrece.

—Por favor. Ha sido una noche interesante.

Carla desliza la botella bien fría hacia mí, se apoya en la barra y me observa.

—Te vi bailar con una mujer hace un rato —comenta sonriendo—. No es ese tu estilo.

Doy un sorbo a la cerveza, como si así pudiera poner en orden mis pensamientos.

—No lo es —admito—. Pero hay algo en ella… no sé cómo explicarlo.

—Creo que la conozco. ¿Una de las amigas de Lucía, la cumpleañera?

—Sí —confirmo—. ¿La conoces?

—No a ella exactamente. Lucía viene bastante por aquí desde que salió con Alejandro. A veces trae alguna amiga, aunque esa en particular no la había visto antes.

—¿Sabes algo de ella? ¿De cualquiera de sus amigas? —pregunto intentando no parecer una acosadora, aunque no lo consigo.

Carla me mira sonriendo.

—Lucía es médico. La del pelo corto es psicóloga, otra profesora de universidad, y no sé mucho más.

No es mucha información, pero al menos es un comienzo para saber algo más de Elena. Observo el local y veo a Alejandro, revisando algo con uno de los camareros. Quizás él sepa algo más.

—Vuelvo en un momento —le digo a Carla.

Me acerco al dueño y me recibe con alegría al verme.

—Laura, ¿cómo van las fotos? ¿Ya las tienes?

—Creo que sí. Este lugar siempre da buen material —respondo, mostrándole alguna de las fotos—. Por cierto, vi que enviaste champán a la mesa de Lucía. Gesto muy bonito por tu parte.

—Terminamos bien. Es una mujer extraordinaria, aunque no funcionamos como pareja.

—Sus amigas parecen interesantes también.

—¿Sus amigas o una en concreto? —pregunta y me siento pillada.

—Una en concreto, Elena —admito.

—Te vi con ella en la pista.

—Ya… ¿sabes algo de ella?

—Que es una mujer trabajadora, según Lucía. Directora de marketing en una editorial, creo recordar. Muy reservada, Lucía siempre dice que tiene una mente brillante, pero también es la que más se ha cerrado emocionalmente —esto último parece una advertencia, más que algo que debería contarme.

—¿Sabes por qué? —pregunto, incapaz de controlar mi curiosidad.

—No debería contarte esto, pero por lo que Lucía me contó una vez, Elena tuvo una ruptura bastante dolorosa hace unos años. Su pareja la dejó por alguien más joven. Desde entonces, según me comentó Lucía, se ha encerrado en sí misma y no deja que nadie entre en su vida.

Saber eso me asusta. Ahora entiendo el comentario sobre su edad. Se siente insegura, es lo que creo que puede pasarle, aunque solo son suposiciones.

—Gracias por contármelo. No es que quiera ser entrometida, ni una acosadora, solo…

—Te interesa —dice Alejandro—. Se ha notado cuando la has sacado a bailar, nunca te he visto hacer algo así, siempre eres muy profesional y no digo que ahora no lo hayas sido, sino que ella te hizo saltarte tus normas. Solo te digo que tengas cuidado, Laura. Elena no es una mujer de tomarse las relaciones a la ligera.

—Yo tampoco —aseguro.

Alejandro asiente y aprieta mi hombro como comprendiendo que esto no es una calentura de una noche. Quiero conocer a Elena, saber más de ella.

—Por cierto —dice antes de alejarse—. Elena tiene un hijo en la universidad. Solo para que lo sepas.

—Ya me lo dijo ella. Hablamos bastante, antes de… —no continúo.

—¿Antes de qué? —pregunta entrecerrando los ojos.

—Antes de nada —digo y Alejandro hace un gesto pasando sus dedos por los labios como sellándolos, sé que nos vio, todo el local lo hizo.

Vuelvo a la barra y Carla me espera expectante.

—¿Conseguiste lo que buscabas?

—Más o menos —respondo—. ¿Conoces a muchas personas que se cierren ante una ruptura?

—En este trabajo veo todo tipo de reacciones al desamor. Algunos se lanzan a la siguiente relación de inmediato, otros se hunden en la compasión, y unos pocos levantan barreras.

—¿Barreras?

—Sí, intentan alejar a cualquier persona que se le acerque, huye de lo que pueden sentir.

—¿Cómo podría rebasarlas? —pregunto casi en un susurro, más para mí que para Carla.

—Con paciencia y comprensión.

Asiento, sabiendo que no será fácil conocer a Elena. Si quiero acercarme a ella no solo vale con esa conexión que hemos tenido, necesitaré hacerlo poco a poco, sin que ella se sienta invadida. Comprendiendo cómo se siente y eso solo es tiempo, para demostrarle mi interés por ella.

—¿Qué tal, fotógrafa? —escucho detrás de mí.

Al girarme veo que es Miguel, uno de los camareros del local.

—Bien —respondo.

—Te vi bastante ocupada esta noche, y no precisamente tomando fotos.

—Cállate —digo golpeándole el hombro.

—Auch —se queja—. Con ella fuiste más cuidadosa. Las vi besándose en la pista y después también…

—¡Ya! —lo corto.

Miguel y Carla comienzan a reír mientras yo estoy roja de la vergüenza.

—No creo que me llame —afirmo después de un rato.

—¿Le diste tu número? —pregunta Miguel.

—Mi tarjeta.

—Interesante, Laurita. Eso significa que no solo quieres hacer cositas con la madura, sino que estás interesada en ella.

—Lo estoy —afirmo.

—Mírala, Carla, normalmente es ella la que nos va apartando de su lado, no queriendo nada y ahora está colada por una madurita —comenta Miguel.

Capítulo 8

Elena

Estoy en el coche conducido por Lucía, soy la primera que dejan por la cercanía de mi casa al centro. Escucho un murmullo entre ellas, pero mi mente está en un rincón del local, donde Laura me llevó, sus labios encima de los míos, sentir su lengua en mi boca, sacudo la cabeza, sabiendo que eso jamás debió pasar.

—Elena, ¿sigues aquí? —pregunta Patricia, acariciando mi brazo.

—Lo siento, estaba distraída.

—Ya lo vemos —sonríe Mónica—. ¿Pensando en cierta joven?

Siento el calor subir por mis mejillas que nada tiene que ver con el alcohol que he consumido.

—Pensando en todo lo que tengo que hacer mañana —miento.

—Por supuesto —dice Carmen—. Porque siempre piensas en el trabajo mientras tienes una sonrisa de idiota.

Las cuatro comienzan a reír, mientras yo me limito a negar con la cabeza, incapaz de decirles nada. ¿Cómo explicarles que un beso con una desconocida ha desestabilizado mi mundo?

—Dejadla en paz —interviene Lucía—. Si Elena quiere procesar lo que ha pasado esta noche, tiene derecho a hacerlo a su ritmo.

—Gracias —susurro.

El coche se detiene enfrente de mi edificio y tras despedirme de las chicas con la promesa de vernos más seguido, salgo del coche.

—Elena —me llama Mónica antes de que pueda cerrar la puerta —. Llámala.

No respondo, simplemente cierro la puerta y veo cómo se alejan. Entro en el ascensor, pulso el botón que me lleva a mi planta y meto la mano en el bolsillo sacando la tarjeta. En ella consta su nombre, teléfono, correo electrónico y un sitio web.

Saco las llaves y entro en mi apartamento, dejo todo en la entrada y voy directamente al baño, necesito una ducha para poder aclarar mis pensamientos.

Bajo el agua, revivo todo lo sucedido durante la noche. Cuando nos quedábamos mirándonos, su sonrisa al negarme a hacerme una fotografía, la conversación que sucedió después, su pasión al hablar del trabajo. Y luego el baile, la proximidad de su cuerpo, el momento en que nuestros labios se encontraron…

—¡Basta! —grito cabreada.

Salgo de la ducha y me envuelvo en el albornoz; mi cabeza ahora mismo es una tortura de pensamientos. Voy a la cocina y me sirvo una copa de vino y me dirijo al sofá. Pongo la tarjeta de Laura en la mesa de centro, es un recordatorio de mi momento de locura. ¿Qué se supone que debo hacer ahora? ¿Ignorar lo sucedido? ¿Llamarla? ¿Para qué? Hay demasiadas razones para dejar esto en solo una aventura pasajera.

La edad, para empezar. Es demasiado joven, qué pensará la gente si nos ven. Es una jodida locura. Después está que ella es una artista, libre, llena de pasión que le da igual lanzarse a la aventura de cualquier proyecto, mientras yo temo por mi estabilidad laboral.

Y, por último, está el hecho de que no busco una relación. No después de lo de Isabel. El recuerdo de cómo me dejó por alguien más joven duele demasiado. Ocho años de relación para acabar abandonada porque ella necesitaba más emociones en su vida. Se fue con alguien como Laura.

Dejo la copa vacía en la cocina y me voy a la habitación, deseando quedarme dormida pronto, porque mañana vendrá Daniel y tengo que levantarme pronto para poder hacer el almuerzo.

Me despierta la luz entrando por la ventana; anoche, no las bajé precisamente para poder levantarme temprano. Me estiro en la cama y me digo que jamás volveré a salir. Recuerdo el momento con Laura y cómo me hizo sentir con ese beso y mi piel se eriza, haciendo que me levante de golpe de la cama.

—Mierda —susurro—. Tengo que quitármela de la cabeza.

El día transcurre entre limpieza del apartamento, compras en el supermercado y ponerme a hacer la comida por la llegada de Daniel con alguien. Intento dejar a Laura fuera de mis pensamientos y solo pasa por momentos.

Mi teléfono vibra y pienso que es mi hijo, pero cuando lo miro, veo que es Jorge.

Jorge: Elena, ¿has pensado en nuestra conversación? Marco está a bordo de la idea. Si estás interesada, podríamos reunirnos el lunes

para concretar detalles.

El mensaje me hace volver a la realidad de mi vida en este momento. Un proyecto que siendo más joven me hubiera tirado de cabeza, pero ahora las decisiones que tome las hago con cautela. Sé que está la inestabilidad que da ser absorbidos por Meridiano; sin embargo, el miedo a fracasar está latente.

Yo: Necesito más tiempo para pensarlo. Hablemos el lunes.

Me apoyo en la mesa de la cocina, ahora con el móvil en las manos y la necesidad de buscar información de la fotógrafa. Voy al salón y busco la tarjeta, en ella una página web y decido entrar.

—Solo es por curiosidad, no la estoy llamando —me digo.

Abro mi portátil y tecleo la dirección. La página es elegante, en ella se puede ver un portafolio de fotos en blanco y negro, retratos y escenas urbanas. Sigo buscando y encuentro una breve biografía.

Laura Vega nació en 1998 en Valencia. Graduada en Bellas Artes y especializada en fotografía documental, su trabajo ha sido expuesto en galerías nacionales e internacionales. Actualmente, trabaja en "Máscaras", un proyecto sobre la identidad y las fachadas sociales.

Su trabajo es excepcional, ella ve más allá de lo que pretendemos aparentar y se refleja en su trabajo. Pienso que quizás por eso conectamos anoche, más allá de lo físico. Porque ella ve cosas en las personas que otros no ven.

Cierro el portátil enfadada, molesta conmigo misma por seguir dándole vueltas a esto. Laura seguro que es una joven que probablemente besa a desconocidas en bares cada fin de semana.

No hay ninguna razón para pensar que ese momento significó algo especial para ella.

El timbre suena, sobresaltándome. Miro la hora: son las doce y media. Daniel ha llegado temprano.

Cuando abro la puerta, mi hijo me abraza; detrás de él, hay una muchacha morena que me observa nerviosa.

—Mamá, quiero presentarte a Alejandra. Mi novia.

—Encantada de conocerla, Elena —dice Alejandra, extendiendo su mano—. Daniel siempre me ha hablado de usted.

—El placer es mío —respondo—. Por favor, nada de formalidades, trátame de tú.

La muchacha asiente y veo que mi hijo le pasa un brazo por encima. Es la primera vez que él me presenta a alguien como su novia, así que esto es importante y serio.

—Por favor, pasen. Estaba por preparar la comida.

Durante las siguientes horas, observo la interacción de mi hijo con su novia. Es evidente que están enamorados, esos primeros momentos de efusividad se pueden ver en las miradas, la forma de buscarse con las manos. Me cuentan que se conocieron en la cafetería de la Universidad hace ocho meses, que Alejandra estudia Arquitectura. Escucharlos hablar me hace feliz, porque Daniel ha encontrado a alguien con quien se le ve feliz.

—¿Cómo fue tu salida con las chicas, mamá? —pregunta Daniel mientras sirvo el postre—. ¿Te divertiste?

La pregunta me toma por sorpresa. Por un momento, el recuerdo de Laura viene a mi mente: sus manos, sus labios, su risa…

—Estuvo bien —respondo—. El local era interesante.

—¿Solo bien? —insiste Daniel—. Venga, ma, seguro que hay algo más.

—Conocí a alguien —admito—. Una fotógrafa. Hablamos un rato, nada importante.

Daniel y Alejandra intercambian una mirada y sonríen.

—¿Una fotógrafa? —pregunta.

—Sí, estaba sacando fotos para una revista, tiene bastante talento por lo que pude ver.

—¿Y? ¿Hubo conexión? —insiste Daniel.

—Mamá, está bien si conociste a alguien que te interesa. De hecho, me alegraría mucho de ser así.

—No es… no es lo que piensas —me trabo al hablar—. Es muy joven, apenas unos años mayor que tú. Sería absurdo.

Ahí está, de nuevo, esa mirada cómplice entre mi hijo y Alejandra.

—¿Y eso qué importa? Si hay conexión, la edad es solo un número.

—No es tan sencillo —comienzo a decir—. Tenemos vidas completamente diferentes, intereses distintos…

—No puedes saberlo si no le das la oportunidad —dice Alejandra para mi sorpresa—. Perdón por si me entrometo, pero a veces las diferencias entre una pareja no son por la edad.

—No estoy buscando una relación. Estoy perfectamente bien como estoy.

—Mamá, has estado "perfectamente bien" durante cinco años. Desde Isabel. Pero estar sola no es lo mismo que estar bien.

Sus palabras me hacen reflexionar, porque llevo tanto tiempo huyendo de todo, que creo que me he conformado. Ahora estoy tranquila, pero sé que a veces echo de menos el contacto físico, el llegar a casa y que haya alguien a quien saludar.

—Solo quiero que seas feliz —dice cogiendo mi mano sobre la mesa—. Si esta chica te hizo sonreír, aunque solo fuera una noche, quizás valga la pena intentarlo, ¿no crees?

—Ella no es, Dani. Pero te prometo que, si llega alguien, no me cerraré a nada —miento.

Mi hijo se queda satisfecho con la respuesta y la conversación por fin cambia a otros temas. Cuando se marchan, tras prometerles que pensaré en lo que me han dicho, me encuentro nuevamente sola con mis pensamientos. Ahora mismo mi prioridad es mi trabajo, después me daré la oportunidad de volver a amar.

Capítulo 9

Elena

El lunes comienza mi rutina de la semana, en la que me siento segura. Salgo de mi edificio y me dirijo a mi trabajo, pensando en qué pasará hoy con Meridiano y hasta cuándo tendremos esta incertidumbre.

Al llegar a la editorial, Alberto me saluda como hace siempre.

—Buenos días, señora Morales. ¿Qué tal el fin de semana?

—Muy bien, Alberto. ¿El tuyo?

—Mi nieta cumplió años y la llevamos al zoo.

La conversación con él no se dilata mucho más y subo hasta mi planta. Me dirijo a la oficina y ahí está Sara esperándome en la puerta.

—Buenos días, jefa —saluda—. ¿Qué tal el viernes? ¿Te divertiste?

—Fue interesante —respondo, tomando asiento—. ¿Alguna novedad para hoy?

—Jorge y Marcos quieren verte en la cafetería a las diez. Dicen que es importante. También tienes videoconferencia con el equipo de diseño a las once, sobre la campaña de David Ruiz.

—Gracias, Sara. ¿Algo más? —pregunto al ver que no se mueve.

—Sí. ¿No piensas contarme nada de lo que pasó el viernes?

—No, nada que pueda ser destacado —miento.

—¿Segura? —insiste.

Sé que sabe algo, solo me quedo mirándola fijamente y esperando que sea ella quien diga lo que quiere.

—Mónica me llamó esta mañana —confiesa—. Me dijo que necesitabas un empujón para salir de tu zona de confort. También sobre una joven y…

—Voy a matar a Mónica —murmuro, masajeándome la sien—. A ti también por prestarte a esto.

—Solo nos preocupamos por ti. Todos merecemos un poco de felicidad, Elena. Incluso tú.

Antes de que pueda responder, mi teléfono suena.

—Elena, ¿puedes venir a mi despacho? Tenemos que hablar sobre la reunión de Meridiano —dice Fernando.

—Voy enseguida.

Al entrar en el despacho de Fernando, lo encuentro revisando unos documentos con expresión preocupada. Levanta la vista y me indica que tome asiento.

—Gracias por venir tan rápido, Elena. El equipo de Meridiano ya ha establecido el calendario para las entrevistas individuales —me informa y desliza una hoja de papel hacia mí—. La tuya está programada para el miércoles a las diez.

—¿Qué debo esperar, Fernando? ¿Qué están buscando?

Fernando se recuesta en la silla, se ve cansado, como si esto no estuviera saliendo como él pensaba. Está preocupado, se le nota en su rostro.

—Oficialmente, quieren conocer mejor a los talentos de nuestra editorial para determinar la mejor estructura —explica—. Extraoficialmente, están evaluando a quién mantener y de quién pueden prescindir.

—¿Por qué vender, Fernando?

—Es una decisión personal, Elena. Te prometo que el acuerdo que firmamos no fue con estas condiciones, pero lo cierto es que he intentado con mis abogados que no puedan despedir a nadie, y no puedo hacer nada. Una vez se ha firmado el traspaso, son sus empleados.

Fernando se pasa las manos por la cara, está cansado.

—¿Algún consejo para sobrevivir al escrutinio? —pregunto.

—Sé tú misma, Elena. Eres brillante en lo que haces. Muéstrales tu visión, tu pasión por lo que haces.

—Lo haré.

Me levanto para marcharme de su despacho, pero antes de hacerlo me llama.

—Elena, pase lo que pase con Meridiano, has construido algo valioso aquí. Recuerda que nadie puede quitarte eso. Puedes hacer lo que quieras con el conocimiento que tienes.

—Gracias, Fernando. Por todo.

Antes de que pueda salir, vuelvo a girarme y a mirar a Fernando. Sé que pasa algo y esta decisión de la venta lo está quemando por

dentro.

—Me dirás en algún momento por qué la decisión de vender.

Fernando se recuesta en la silla, se quita las gafas y las deja en el escritorio.

—La vida, Elena, es muy hija de puta muchas veces. Ahora mismo no puedo hablar sobre eso, pero te prometo que lo sabrás.

Asiento y salgo del despacho sabiendo que ha pasado algo que ha hecho a Fernando tomar una decisión que le pesa demasiado, pero que seguro ha sido lo correcto.

Un poco antes de las diez voy a salir de mi despacho y me encuentro con Raquel, que parece que tenía la intención de entrar.

—Joder —protesto asustada.

—Perdona, no pensaba que saldrías —se disculpa.

—Iba a desayunar.

Raquel me mira y después lo hace a su reloj y eso me pone de mal humor.

—¿Debo pedir permiso para eso? —pregunto más cabreada de lo que pretendía.

Raquel sonríe, parece que le hace gracia mi pregunta.

—Solo miraba el reloj porque no sabía que era tan tarde, Elena.

—Pues si me disculpas, voy a mi hora de desayuno.

—Claro —dice y se aparta.

Cuando paso por su lado, sujeta mi brazo y yo me paro justo a su lado.

—Deberías relajarte un poco, Elena, no está bien venir a trabajar con tanta tensión acumulada —susurra y suelta el agarre.

—Gilipollas —digo en voz baja cuando ya estoy en el ascensor.

Entro en la cafetería donde he quedado con Jorge y Marcos. Al llegar, ellos ya están ahí, con unos papeles encima de la mesa, inclinados, hablando en voz baja.

—Buenos días, conspiradores —saludo, sentándome frente a ellos.

—Elena —dice Jorge—. Estábamos hablando de Meridiano.

—Fernando me ha dicho que tengo la reunión el miércoles.

—La mía es el jueves —dice Marcos—. Jorge ya pasó por el purgatorio esta mañana.

—¿Tan terrible fue? —pregunto mirando a Jorge.

—No terrible, pero sí reveladora —responde—. No están interesados en nuestra visión editorial. Solo quieren saber si podemos adaptarnos a su modelo corporativo. Es una formalidad, Elena. Las decisiones ya están tomadas.

—Lo que hace que nuestro proyecto sea aún mejor —interviene Marcos deslizando una carpeta hacia mí—. Hemos estado refinando el plan. Inversores potenciales, un espacio que podríamos alquilar, autores que han expresado interés en seguirnos…

Abro la carpeta y examino los documentos. El plan ha pasado de ser una idea a algo con proyección financiera, estrategias de mercado, incluso un borrador de cómo sería “Hojas sueltas”. Me sorprende la rapidez con la que han avanzado.

Cuando alzo la vista para responder por lo sorprendida que estoy, mi mirada se desvía a una presencia, es Raquel, que nos mira fijamente.

—Esto es impresionante —digo mirando a los chicos.

—No lo tenemos todo —dice Jorge—. Necesitamos tu experiencia en marketing. Tus contactos, tu visión. Sin ti, esto no despegará.

—Tenemos que decidir pronto —añade Marcos—. Si esperamos a que Meridiano empiece con los despidos, perderemos ventaja competitiva. Los autores buscarán otras opciones, los inversores se irán…

—Entiendo las prisas —digo, revisando los números—. ¿Podríamos reunirnos el viernes para discutirlo formalmente? Necesito tiempo para analizar esto y también preparar cómo enfocaremos el marketing y las campañas.

—Perfecto —asiente Jorge—. El viernes a las siete en mi apartamento. Será más discreto que hacerlo en alguna cafetería.

—Ese día tiene que quedar definido el proyecto, no podemos seguir dudando —advierte Marcos—. Necesitamos compromiso total.

—Lo tendrán —prometo con tanta convicción que me sorprendo.

De vuelta a mi despacho, apenas tengo tiempo de procesar lo que ha pasado antes de la videoconferencia. Discuto con el equipo de diseño todo lo relacionado con el proyecto de David Ruiz y me siento satisfecha cuando veo que han captado perfectamente lo que estoy buscando.

Ahora estoy sentada en un pequeño restaurante a unas cuantas manzanas de la editorial. Es un local pequeño y acogedor,

necesitaba estar sola, como si nunca lo estuviera. Sé que mi vida se basa últimamente en aislarme y que tengo que salir, pero el miedo a desestabilizar eso que he creado es mayor que dejar que las cosas pasen.

Saco mi móvil mientras espero a que me traigan la comida; miro la pantalla. Anoche, en un arrebato, registré el teléfono de Laura. Observo su nombre y suspiro, sintiéndome idiota. Debería escribirle, pero qué le digo: "Hola, soy Elena, la mujer que besaste el viernes. ¿Te gustaría tomar un café?" Suena ridículo. Absurdo. Sin embargo, el no volver a coincidir con ella me produce una punzada de angustia que me sorprende.

Una notificación es la que me saca de mis pensamientos. Es un correo de Raquel Sánchez, solicitando que le envíe los informes de ventas del último trimestre antes de nuestra reunión del miércoles. Suspiro, porque esa información la debería tener, ya que el día de la reunión general se las dejé a Fernando y ella estaba allí.

Regreso a la editorial y entro en mi despacho. Sara impide que cierre la puerta y la miro ladeando la cabeza sin entender nada, hasta que me señala el escritorio: hay un sobre.

—Lo trajeron hace media hora. Un mensajero. Dijo que era importante que lo recibieras personalmente.

Capítulo 10

Laura

Me despierto sobresaltada por el sonido de la alarma. Estiro la mano y la apago, quedándome unos minutos más en la cama. Desde el viernes no he podido sacarme a Elena de la cabeza. Sus ojos, su sonrisa y sobre todo sus labios.

—Relájate —me digo en voz alta.

Me levanto y voy directa a la ducha, dejo que el agua me caiga directamente en la cara. Necesito despejar mi mente, pero me es imposible sacar a esa mujer de mi cabeza. Han pasado dos días desde que le di la tarjeta y esperaba un mensaje, una llamada, algo, pero lo que he obtenido es el silencio de la mujer más interesante que he conocido en los últimos años.

Salgo de la ducha y, tras vestirme, voy a prepararme un café mientras reviso mi agenda. Una sesión fotográfica a las nueve, luego debo editar las fotos del viernes para llevárselas a Alejandro y decidir cuáles salen en la revista, y por la tarde tengo que entregar material para una exposición.

Cojo mi equipo y salgo de mi apartamento. La sesión de la mañana es para un reportaje sobre los artesanos locales. Llego al pequeño taller de cerámica donde me espera Ana, una mujer de unos sesenta años que lleva toda la vida dedicada a este oficio.

—Buenos días, Laura —me saluda—. Puntual como siempre.

—Buenos días, Ana. ¿Lista para ser inmortalizada?

Durante las siguientes dos horas me sumerjo en mi trabajo. Busco captar no solo a Ana, sino lo que representa: sus manos trabajando, la arcilla, los detalles de sus creaciones, la pasión en su mirada cuando habla de lo que hace. Me encanta poder transmitir a través de la fotografía algo que va más allá de la persona.

Al terminar, me invita a un té.

—Pareces más distraída hoy —comenta mientras me sirve.

—No estoy distraída —miento.

—Laura, no has dejado de mirar el móvil constantemente.

—Conocí a alguien el viernes —me veo diciéndole sin entender por qué lo hago.

Ana sonríe para después beber un sorbo de su bebida.

—¿Es alguien interesante?

—Mucho. Es directora de marketing en una editorial, inteligente, elegante…, pero es complicado —me veo confesando sin saber muy bien por qué, quizá necesite que alguien me diga que me olvide de Elena.

—¿Qué tipo de complicaciones hay? —pregunta.

—Es mayor que yo, bastante mayor —explico—. Parece asustada, es como si…, no sé ni siquiera por qué te estoy contando esto, disculpa.

Ella simplemente me observa y, antes de que pueda levantarme para marcharme, me acaricia la mano.

—¿Sabes? Mi marido era quince años mayor que yo. Cuando lo conocí, tenía temores, como los tiene Elena, incluso yo los tuve, al igual que me imagino que los tienes tú. Pensaba que la edad sería un problema.

—¿Y lo fue?

—A veces. Porque cada uno tenía una estabilidad distinta, un grupo de amistades distinto…, pero compartíamos lo importante: valores, sueños, la forma de ver la vida.

Sus palabras me hacen reflexionar. ¿Qué sé realmente de Elena más allá de la atracción que sentí? ¿Podríamos tener algo en común más allá de la química de esa noche? Para dar respuesta a esas preguntas necesito poder hablar con ella.

—El problema es que ni siquiera sé si quiere verme de nuevo. Le di mi tarjeta, pero no me ha llamado.

—¿Tú no puedes contactar con ella?

—No tengo su número.

—¿Dónde la conociste? —pregunta con interés.

—En un local donde yo hacía fotos.

Ana me mira alzando la ceja, como si ella supiera algo que yo no sé.

—¿Tienes fotos de ella?

—Sí, tengo algunas antes de que me dijera que no quería ser fotografiada.

—Pues ahí lo tienes, Laura. Tienes la excusa perfecta para contactar con ella.

Me quedo pensando en lo que me dice Ana. Sé que hay fotos, las saqué cuando bailaba con su amiga y la vi a través del objetivo y ya quedé prendida por la energía que transmitía.

—Tienes razón —afirmo—. Gracias, Ana.

Me despido y me dirijo a mi estudio para trabajar en la edición de las fotos. Abro el archivo de las fotos del viernes y la busco, ahí está sonriendo, pude captar unas cuantas de ella, pero hay una que no puedo dejar de mirar. Está bailando con los ojos cerrados, una leve sonrisa en los labios, como si por un momento se hubiera olvidado de todo.

La edito con cuidado, ajusto el contraste para resaltar la expresión de su cara en ese instante. Pienso en incluirla en el material para la revista, pero no puedo, ya que ella me dijo que no quería ser fotografiada. Pero esta es la excusa perfecta para contactarla.

Intento pensar si me dijo alguna editorial, hago el esfuerzo de recrear toda la conversación y no logro recordar que me lo haya dicho, así que decido que es mejor hablar con Alejandro y ver si él me puede conseguir esa información.

Cojo mi móvil y decido llamarlo directamente.

—Laura —dice nada más descolgar—. Hemos quedado esta tarde.

—Sí, perdona Alejandro, necesitaba un favor.

—Claro, dime.

—¿Sabrías en qué editorial trabaja Elena?

—¿Elena? —pregunta como si no supiera de lo que le estoy hablando.

—La amiga de Lucía.

—Ah, vale —dice y se escucha una risa que intenta controlar—. Necesitaría contactar con Lucía para saberlo.

—¿Te supone un problema eso? —pregunto nerviosa.

—No, qué va. Ella me contactó para ir al local para su cumpleaños, así que le preguntaré.

—Muchas gracias.

—De gracias, nada. Te cobraré el favor —asegura riendo.

—Lo que necesites si me consigues esa información.

Cuelgo y espero con paciencia que encuentre lo que necesite y que Lucía esté dispuesta a darla. Me sumerjo en el trabajo sacando a Elena de mi mente, me concentro en lo que tengo que hacer y entregar esta tarde. No sé el tiempo que pasa, pero es mi móvil vibrando a mi lado el que hace que desvíe la mirada de mi portátil.

Es un *WhatsApp* y es Alejandro.

Alejandro: Pluma Norte, ese es el nombre de la editorial.

Yo: Muchas gracias.

Dejo el móvil a un lado, abro una página nueva en internet y pongo el nombre, obteniendo la dirección del edificio. Me recuesto en la silla y sonrío.

—Ya sé dónde trabajas —susurro.

Imprimo la foto y la meto dentro de un sobre; antes de cerrarlo, decido adjuntar una nota.

Hola, Elena.

Sé que me dijiste que no querías fotos, pero esta fue antes de tu negativa. Cuando te vi bailando con tus amigas, era como si te sintieras libre, sin importarte nada, solo disfrutar. Creo que capta perfectamente el momento de felicidad. Esta foto no saldrá en ninguna revista ni web; he eliminado el archivo original.

Laura Vega.

Suspiro después de cerrar el sobre. Llamo a la empresa de mensajería y la envío como urgente. Necesito que llegue cuanto antes, le digo al chico cuando llega a mi estudio.

—Claro, cuando la deje, te escribo —asegura.

—Perfecto.

Sé que será así, trabajo desde hace mucho tiempo con ellos, y sé lo responsables que son. Además, el chico que ha venido lo he visto varias veces. Solo espero que Elena me responda, aunque siempre ha tenido la pelota en su tejado, necesito intentarlo de nuevo, no puedo rendirme así de fácil.

Sigo trabajando con la mirada entre el portátil y el móvil, así no puedo trabajar. Me levanto y paseo por mi estudio intentando calmar el ansia que tengo para que entreguen la foto. Mi móvil vibra y lo miro, es un mensaje del repartidor.

Entregado a las 14:17, recogió Sara Alonso, secretaria.

—Mierda —protesto por no ser ella quien lo recogiera directamente.

Decido que necesito salir del estudio, porque las paredes se me caen encima. No entiendo por qué me siento así por una persona

que he conocido una noche, solo unas horas.

—Tengo un serio problema —me digo antes de salir por la puerta.

Llego a un pequeño restaurante donde suelo ir y la camarera me saluda al entrar. Tomo asiento en la silla de siempre. No tengo que mirar la carta, ya sé lo que quiero y se lo pido. Espero pacientemente hasta que me traen la comida.

He terminado de comer, postre incluido, y sigo sin noticias de Elena. Maldigo por tener esta ansiedad que me está comiendo por dentro. Mi móvil vibra y lo miro rápido. Pero es un recordatorio de la reunión de esta tarde con Alejandro en el local.

Necesito llamar a mi amiga Silvia o me volveré loca, he intentado evitar contarle lo que me está pasando, porque la conozco y es capaz de montar un operativo y casi secuestrar a Elena para que quede conmigo. Sonrío con el solo hecho de pensarlo. Cuando voy a dar al botón de llamada, entra un WhatsApp y es de un número desconocido. Lo abro y es ella, Elena.

Elena: Recuerdo haberte dicho que no me gustan las fotos. Pero debo admitir que esta es muy bonita. Gracias por enviármela.

Mi corazón se acelera al leer el mensaje. Está agradecida, eso es buena señal.

Yo: Me alegra que te guste. Captaste mi atención por completo cuando te vi bailando, no solo por lo guapa que eres, sino porque hay algo más en ti.

Mi mensaje queda ahí, sin respuesta inmediata y suspiro. Sigo mirando la pantalla esperando que sea capaz de escribirme, de responder lo que acabo de decirle.

Elena: Eres muy directa, Laura.

Yo: La vida es demasiado corta para no serlo. ¿Te gustaría un café algún día de esta semana?

Otra vez la misma espera, resoplo esperando que acepte ese café. Los segundos se convierten en minutos eternos.

Elena: Está bien. Solo café.

Al leer la respuesta, casi me pongo a saltar en la calle de alegría. Se me dibuja una sonrisa de felicidad.

Yo: Solo café, prometido. ¿Miércoles a las seis? Conozco una pequeña cafetería, seguro que te gustará.

Elena: El miércoles tengo una reunión importante. ¿Puede ser el jueves?

Yo: El jueves es perfecto. Te enviaré la ubicación.

Elena: Hasta entonces.

Bloqueo el teléfono y levanto la vista, me encuentro con Silvia de frente mirándome fijamente y no entiendo qué hace por aquí.

—¿Y esa cara de idiota que tienes? —pregunta cruzándose de brazos.

—Hola a ti también —saludo.

—Responde, ¿con quién hablabas? —insiste.

—Hablar, hablar, con nadie.

Silvia resopla.

—Encima, graciosa. ¿Quién es? —vuelve a preguntar.

—Trabajo —miento.

Silvia comienza a reír. Tira de mi brazo hasta sentarnos en una terraza.

—¿Quién es? —insiste.

—La conocí el viernes, pero no hay nada, solo quiero conocerla más. ¿Qué haces aquí?

—Venía a almorzar. Además, sabes que trabajo en la agencia de mensajería donde haces los envíos, y vi lo que solicitaste.

—En tu empresa lo de la discreción no lo conocen —me quejo.

—Me hubiera enterado igual. ¿O no pensabas contarme nada?

—Claro que pensaba contarte, de hecho, te iba a llamar, pero me escribió...

—¿Y? —pregunta con curiosidad.

—Es complicado.

Silvia me hace contarle todo lo que ha pasado desde el viernes cuando conocí a Elena, cómo me sentí, lo que pasó esa noche, hasta llegar a hoy.

—Vaya, la señora no quiere colágeno.

—No digas eso, Silvia —protesto.

Mi amiga vuelve a reír, sabe que estoy perdida con esa mujer, ahora solo tengo que averiguar si Elena está en el mismo punto que yo y quiere descubrir lo que puede pasar entre nosotras si nos atrevemos a darnos la oportunidad de conocernos.

Capítulo 11

Elena

Miro el sobre que hay en mi escritorio. Sara sigue en la puerta observándome, sé que espera que lo abra o no se irá. Así que voy hasta la silla, tomo asiento y lo cojo.

—Ábrelo —exige.

Ella está más intrigada que yo de saber lo que hay dentro. Así que miro en su interior, veo una nota y la leo, después la foto. Soy yo la noche del viernes, sonrío como una idiota al verla, no puedo enfadarme, porque en ella me veo sonriendo, como si no me importara nada, y en ese instante era así. Ha inmortalizado unos segundos de felicidad.

—Es de ella, ¿verdad? —pregunta Sara acercándose para ver la foto.

—Sí —admito enseñándole la foto—. Me la ha adjuntado con esta nota.

Sara la lee y sonríe.

—Te está buscando, Elena. Eso es una buena señal.

—Señal de que es persistente. Quizá solo quiera…

—¿Qué?

—Sexo con alguien mayor que ella.

Sara pone los ojos en blanco y bufa.

—Elena, si hubiera querido solo eso, te aseguro que lo hubiera hecho esa misma noche.

Me mantengo en silencio, pensando en las palabras de Sara. La realidad es que no sé si yo hubiera puesto resistencia a tener una aventura una noche con Laura. A que me hubiera arrastrado a los baños y allí haberme follado. Mi cuerpo se estremece solo de pensarlo, y sacudo mi cabeza quitándome esa idea.

Saco mi móvil y busco el número de Laura, porque, aunque quiera negarme, ya lo he registrado. Mientras intercambiamos mensajes, noto cómo Sara sigue con su mirada fija en mí desde el otro lado del escritorio. Cuando finalmente acepto su propuesta, Sara comienza con sus preguntas.

—Has aceptado quedar con ella, ¿verdad? Tu sonrisa te delata.

—Solo es un café el jueves, Sara —respondo—. No hagas de esto algo que no es.

—Un café es el comienzo, Elena. Todos los grandes romances empezaron con algo pequeño.

—No es un romance —protesto—. Apenas la conozco. Esto no es una novela de las que sacamos a la venta, esto es la vida real.

—Quieres conocerla, Elena —afirma Sara—. Eso, viniendo de ti, es prácticamente una declaración de amor.

Pongo mis ojos en blanco, aunque no puedo evitar sonreír. Sara tiene razón en algo: hace mucho tiempo que no sentía interés por alguien.

—Tengo que prepararme para la reunión con Meridiano el miércoles —digo, intentando cambiar de tema—. Tú deberías volver a tu trabajo en lugar de planearme la vida.

—Ya voy, jefa —responde con una sonrisa—. Pero estoy aquí si necesitas consejo sobre qué ponerte el jueves.

—Sara…

—Vale —dice levantando las manos—. Solo un café, entendido, pero si necesitas algo, estoy aquí.

Cuando Sara sale de mi despacho, me permito de nuevo examinar la fotografía. Laura tiene un don para captar los momentos. Me pregunto qué más puede ver en mí que ni siquiera yo soy capaz de saber.

Estoy preparando los documentos con la información que llevaré el miércoles a la reunión con Raquel, cuando Sara entra sin llamar, alzo la mirada extrañada.

—Raquel Sánchez quiere verte —anuncia con una mueca de disgusto que no puede disimular.

—¿Ahora? —pregunto mirando el reloj y viendo que son las cinco de la tarde.

—Eso ha dicho. Está en la sala de reuniones.

Me levanto, pero antes imprimo el informe que me comentó Fernando, el de la mejor campaña. Cuando llego a la sala, Raquel está con la mirada fija en su portátil.

—Elena, gracias por venir —dice sin levantar la vista—. Quería revisar algunos aspectos de la estrategia de marketing antes de nuestra reunión formal el miércoles.

—Por supuesto. He traído un informe de ventas.

Durante un buen rato, Raquel me bombardea con preguntas sobre cada aspecto de nuestras campañas de marketing. Su enfoque es frío, completamente centrado en números y el retorno de la inversión. Nada sobre la visión de la editorial, el valor cultural de los libros, o la relación con los autores.

—Tu departamento parece destinar demasiados recursos a autores con bajo potencial comercial —comenta, señalando un gráfico en la pantalla—. ¿Cuál es la justificación?

—Estos autores representan lo que queremos transmitir de nuestra línea editorial —respondo—. Construimos relaciones a largo plazo con ellos. Muchos empiezan con ventas modestas, pero crecen con cada libro.

—Meridiano prefiere un enfoque más eficiente. Concentremos recursos en proyectos de rendimiento inmediato.

—Entiendo, pero…

—No te preocupes —me interrumpe—. Tendremos tiempo de discutir esto más a fondo el miércoles. Por ahora, me gustaría que prepararas un análisis de cómo podríamos redistribuir el presupuesto. Si recortamos el apoyo a estos autores de crecimiento lento, seríamos más eficientes.

Me muerdo la lengua, porque si le digo lo que pienso, me quedo sin empleo en este mismo instante. Salgo de la reunión cabreada. El mensaje es claro: Meridiano no está interesado en nuestra filosofía editorial, por mucho que ella dijera el día de la presentación. Quieren transformarnos en algo más comercial, que es lo que hacen con cada empresa que absorben.

Al llegar a mi despacho, entro enfadada por todo. No entiendo por qué Fernando ha vendido la editorial, porqué la vida, cuando pensaba que la tenía establecida, me da estos palos. La adquisición, mi estabilidad profesional y después está Laura, esa joven que ha venido a tambalear toda mi vida.

Golpean mi puerta, doy paso y es Sara, con una taza en las manos.

—Te he visto llegar de la reunión. Parece que necesitas esto. Es una tila.

—Gracias —respondo cogiendo la taza—. Creo que Jorge tiene razón. Las decisiones ya están tomadas. Solo están cumpliendo con el protocolo antes de empezar a recortar.

—¿Qué piensas hacer? —pregunta y puedo ver la preocupación en su rostro.

Miro la carpeta que me dieron Jorge y Marcos esta mañana, con los papeles del proyecto "Hojas Sueltas".

—Creo que es hora de tomar el control de mi destino —respondo —. Por cierto, ¿podrías cancelar todas mis reuniones para el viernes por la tarde? Tengo algo importante que hacer.

—Claro. Elena…

—¿Sí?

—Me alegra verte así. Tomando decisiones, aceptando cafés con fotógrafas guapas. Es como si algo hubiera cambiado en ti —dice y se marcha.

Quizá Sara tenga razón. Quizás algo está cambiando, y tal vez, solo tal vez, sea hora de dejar de temer a los cambios y empezar a

aceptarlos.

Capítulo 12

Elena

El miércoles llega y con ello la maldita reunión con Raquel Sánchez. Estoy en la cama mirando el techo sin saber si podré controlar todo lo que pienso después de lo que me dijo el lunes por la tarde. Ayer fue un día extraño, el tiempo corría mientras yo iba de reunión en reunión, sin ni siquiera tener tiempo para procesar todo. Quería reunirme con Fernando y no pude. Las horas iban pasando más rápido de lo que pensaba y cuando Sara entró a despedirse, fui consciente de la hora que era.

Después de salir de la ducha, me estoy preparando el café y el timbre suena. Sonrío porque no puede ser otra persona, sino mi vecina Rosa. Cuando abro, la veo, con su taza en la mano y una sonrisa en los labios.

—Buenos días —saludo dejándola pasar.

—Buenos días, Elena.

—Hace unos días que no coincidíamos —digo cerrando la puerta y nos dirigimos a la cocina.

—Es que mis nietas me apuntaron a un retiro, mira tú, yo, con mi edad perdida por las montañas.

Miro a mi vecina con expectación, creo que es la primera vez que deja que le organicen algo sin que ella proteste.

—¿En serio? —pregunto extrañada.

—Sí. Mi nieta Paula, la pequeña de mi hijo Pedro.

—Bueno, seguro que se lo pasó bien.

—Aquí entre nosotras, sí. Pero a ellos les he dicho que no quiero ir más.

—¿Por qué? —pregunto sirviéndole el café.

—Es que una tiene sus manías y allí, pues me tengo que quedar en la habitación con alguien y eso no me gusta.

Miro a Rosa entrecerrando los ojos.

—Me lo paso bien, pero si se lo digo, pues me tendrán siempre de viaje para que me entretenga y a mí me gusta estar en mi casa.

—Salir de vez en cuando viene bien, Rosa.

—¿Cómo tu salida del viernes? También sabes que debes salir más.

Siento cómo las palabras de Rosa se me clavan como un puñal. La señora que parecía inofensiva acaba de atacarme con el mismo argumento que yo he tenido hacia ella. Sonrío porque sé que tiene razón.

—Haremos algo —dice de pronto—. Yo saldré más de la casa, si tú estás dispuesta a salir con tus amigas.

—¿Me está chantajeando?

—No —niega y se hace la ofendida por mis palabras—. Jamás haría eso, ¿crees que una señora como yo te obligaría a algo? No,

Elena, yo no soy así.

Oculta su risa bebiendo un poco de café mientras espera mi respuesta.

—De acuerdo —afirmo estirando mi brazo para sellar nuestro pacto.

—Tres veces al mes —propone.

—Tampoco sea abusiva, Rosa. Eso es salir todos los fines de semana.

—No, hay meses que tienen cinco fines de semana, y cada uno dos días. Tampoco es mucho. Ya tengo baile el próximo sábado.

La miro con asombro y comienzo a reír. La muy sinvergüenza ya tiene planes y pretende que yo los tenga, aunque recuerdo que el viernes he quedado a tomar un café con Laura, quizá eso me valga para tener ya un día.

—El jueves salgo a tomar un café —confieso.

—¿Con tus amigas?

—No —muevo la cabeza de forma negativa, mientras Rosa espera una respuesta expectante—. Con alguien a quien conocí el viernes.

—Bien —dice efusivamente aplaudiendo.

—Es solo alguien que me ha insistido y he aceptado un café.

—Eso es el primer paso —comenta y se pone de pie mirando la hora en el reloj de muñeca que lleva.

—Pues yo ya tengo una salida el jueves —advierto.

—La daremos por buena, pero esas salidas no valen.

Acompaño a Rosa hasta la puerta, mientras me insiste en que debo salir a cenar, bailar como hice el viernes, no solo encerrarme en mi casa. Esa señora me ha sacado varias sonrisas antes de marcharse, haciéndome olvidar por un instante la reunión de hoy, donde mi puesto de trabajo está en juego.

Llego a la oficina temprano, decidida a repasar los números y argumentos una vez más antes de la reunión. Sara ya está en su puesto, con una taza de café esperándome.

—Buenos días —saluda—. Te he traído café extrafuerte. Lo necesitarás.

—Gracias, Sara. ¿Alguna novedad?

—Ninguna.

Asiento, tomando un sorbo de café.

—¿Has preparado los informes que te pedí?

—Todo está listo —responde, entregándome una carpeta—. He incluido las cifras de crecimiento de los autores que empezaron con ventas modestas y ahora son rentables. Por si necesitas ejemplos concretos.

—Perfecto como siempre —sonrío—. No sé qué haría sin ti.

—Probablemente, llegar tarde a todas tus reuniones —bromea.

Antes de poder responder, mi teléfono suena. Es Fernando, solicitando verme antes de mi reunión con Meridiano.

—Tengo que irme —le digo a Sara—. Fernando quiere hablar conmigo.

—Suerte.

En el despacho, Fernando está sentado frente a su ventana, contemplando la ciudad. Se ve cansado. Al verme, intenta sonreír.

—Elena, gracias por venir —dice, indicándome que tome asiento —. Quería hablar contigo antes de tu reunión con Raquel.

—¿Pasa algo, Fernando?

Él suspira profundamente antes de responder.

—Solo quiero que estés segura aquí, Elena. Tu puesto está asegurado.

—Eso no lo sé, Fernando. El lunes por la tarde ya vi un reflejo claro de lo que quiere hacer Meridiano.

—Solo es una reestructuración, no voy a mentirte, habrá gente que será despedida…

—Ya era hora de que lo admitieras —lo corto enfadada.

—Se han hecho cosas mal, Elena; quien lo ha visto es Raquel.

—¿Qué cosas?

—Ya no es mi empresa, ahora solo estoy para la transición…

No sigue hablando porque se atraganta y comienza a toser, yo me pongo de pie rápido y hago que se levante.

—Estoy bien —asegura, pero se pueden ver lágrimas en los ojos.

Lo observo y, como hace siempre, quita importancia a las cosas y vuelve a pedirme que tome asiento, eso me hace enfadar todavía más. Necesito salir del despacho antes de decirle algo indebido.

—Es mejor que me vaya.

—He hecho lo mejor para todos —asegura antes de que pueda salir por la puerta.

Escuchar eso hace que me detenga. Intento respirar, contar hasta diez antes de explotar, pero no puedo y todo lo que llevo dentro lo suelto sin control.

—Una mierda, lo mejor para todos, has hecho lo mejor para ti y tu bolsillo. Creía en el proyecto cuando hace veinte años me diste la oportunidad y ahora huyes por dinero.

—Cállate, Elena.

—No pienso callarme, ya me has dicho que aquí no tienes nada que hacer. Deberías habernos propuesto a nosotros quedarnos con esto. Ahora te retiras con unos millones en el banco mientras…

—Mi mujer se está muriendo —confiesa.

Enmudezco, no puede ser lo que acabo de escuchar, esto tiene que ser solo una excusa para vender sin sentirse mal.

—Le detectaron el cáncer hace dos meses, le han dado un año de vida. No quiero seguir aquí, matarme a trabajar mientras mi mujer se va apagando, quiero estar con ella, disfrutar todo lo que no hice porque este era mi sueño. La descuidé, Elena, descuidé todo a mi alrededor persiguiendo un sueño. No puedo más, por eso incluso me voy antes. Se va poco a poco.

—Lo siento, yo no… no quería decir lo que dije.

—Sí que querías, y lo entiendo, créeme. Pero es más importante ella que esto, incluso que vosotros. ¿Sabes lo paradójico de todo esto? Que toda mi vida he luchado por tener un poder adquisitivo alto, para no tener que mirar la cuenta al comprar algo, darme lujos sin saber si podré llegar a fin de mes y ahora, que tengo todo eso, no puedo detener su enfermedad con el dinero. Tengo dinero, como

dices, pero no es suficiente, porque el dinero no le va a salvar la vida.

Miro a Fernando destrozado, mientras me dice todo eso que necesita sacar, sus lágrimas no han dejado de salir recorriendo sus mejillas.

—Quiero disfrutar con ella lo poco que le queda, quiero viajar, hasta donde los médicos nos dejen, verla sonreír, volver a tener citas, Elena. Citas con mi mujer, regalarle flores, invitarla a comer al restaurante que quiera, las veces que desee, porque al final la vida es estos momentos. Me he dado cuenta demasiado tarde.

Tengo un nudo en la garganta que no se va, aunque intento tragar sin éxito. No sé qué decir, todo ha sido un golpe de realidad que no me esperaba. Limpio mi cara porque sin darme cuenta mis ojos han empezado a humedecerse, haciendo que las lágrimas resbalen por mis mejillas. Fernando extiende un pañuelo de papel.

—Gracias —digo cogiéndolo.

—Elena, ve a esa reunión y demuéstrale que esto es viable como lo tenemos, que más que los números nosotros vemos personas —indica cambiando de tema.

—Fernando, vete de aquí, ve con ella. Olvídate de nosotros, ya nos las apañaremos, no pierdas ni un segundo más.

Él sonríe y se recuesta en la silla.

—Me marcharé el viernes.

Me acerco hasta su silla y con los ojos llenos de lágrimas que siguen intentando salir, le pido algo.

—¿Puedo abrazarte?

—Por supuesto —responde poniéndose de pie.

Nos fundimos en un abrazo sincero, donde él se desahoga y escucho sus quejidos mientras yo me limito a abrazarlo con fuerza. No tengo derecho a reprocharle nada. Cuando está más calmado, me separo, sujetándole por la cara con ambas manos.

—Has sido alguien importante en mi vida y en la de mi hijo. Gracias por todo de corazón —digo y nos volvemos a fundir en un abrazo.

Fernando siempre ha sido más que un jefe y su mujer, Aurora, también es una persona increíble. Nos separamos mientras yo limpio mi rostro y me dirijo a la puerta para irme de allí.

—Elena —me llama.

Me giro y lo miro volviendo a limpiar la humedad de los ojos.

—No hagas lo mismo que hice yo, vive más, ama más y no te arrepientas de no haberlo intentado.

Asiento con la cabeza y salgo de allí para meterme en el baño. Miro mi reflejo en el espejo y golpeo el lavamanos cabreada de por qué la vida tiene que llevarse a alguien tan increíble como es Aurora.

—No es justo, joder.

Me lavo la cara e intento calmar todos los sentimientos que tengo al saber la noticia.

Capítulo 13

Elena

Me dirijo a mi despacho más calmada. Miro el reloj y no tengo mucho tiempo hasta la reunión, veo a Sara sentada leyendo algo en la pantalla, deseo que siga absorta y poder entrar y que ni siquiera se percate de mi presencia, pero lamentablemente no es así.

—¿Qué tal ha ido la reunión con Fernando? —pregunta levantando la vista.

—Bien —soy escueta, no tengo fuerza para hablar.

Sara me observa ladeando la cabeza, yo muerdo mis labios, mis ojos rojos deben de darle una pista y no insiste, simplemente hace un gesto de asentimiento y yo entro en el despacho y me dejo caer en la silla.

A la hora señalada llego a la sala de reuniones donde Raquel me espera. Está sola, otra vez con la mirada fija en el portátil.

—Elena, puntual como siempre —dice con una sonrisa—. Toma asiento, por favor.

Me siento frente a ella y coloco la carpeta con la documentación que me preparó Sara. Raquel la mira con interés, pero no la toca.

—Supongo que habrás preparado toda la información de tu departamento —comenta.

—Por supuesto. Tengo los informes de ventas, análisis de campañas, proyecciones para los próximos lanzamientos…

—Impresionante —me interrumpe—. ¿Todo eso lo has hecho tú o Sara? —pregunta apoyando los codos en la mesa.

—Una parte ella y otra yo. ¿Algo que decirme, Raquel?

—En absoluto, solo quería tener la información completa. Antes de entrar en detalles de los informes, me gustaría hablar sobre tu visión del marketing editorial.

—Mi visión siempre ha sido equilibrar el valor comercial con el cultural —respondo—. Creo que los libros son más que productos, son…

—Un negocio —me corta Raquel—. Los libros son un negocio, Elena. En Meridiano tratamos cada título como una inversión que debe generar un retorno específico.

—Ese enfoque funciona para ciertos tipos de literatura —replico —. Pero no todos los libros valiosos son inmediatamente rentables. Algunos necesitan tiempo, desarrollo…

Raquel se recuesta en la silla, observándome con una expresión calculadora, como si ya tuviera estudiada cada respuesta.

—En Meridiano no tenemos tiempo para eso. Necesitamos resultados trimestrales, no promesas de rentabilidad a largo plazo.

—Entonces están desmantelando lo que hace única a Pluma Norte —respondo cabreada—, la voz sale más fuerte de lo que pretendía.

—Estamos optimizando una adquisición —corrige, sin inmutarse —. Necesitamos saber quién está dispuesto a adaptarse a nuestra

filosofía.

Nos miramos en silencio unos segundos, pero la tensión es palpable.

—Te he visto con Jorge y Marcos —dice de repente—. En la cafetería, muy concentrados en vuestra conversación. Había carpetas y documentos.

Siento que mi pulso se acelera e intento mantener la calma.

—Son mis colegas. Discutimos estrategias editoriales constantemente.

—Por supuesto —asiente Raquel, con una sonrisa que denota que no me cree—. Solo te aconsejo que tengas cuidado. Las lealtades divididas suelen terminar mal para todas las partes implicadas.

—¿Me estás amenazando? —pregunto.

—En absoluto. Solo comparto una observación profesional.

—Déjame ser igual de directa, entonces —digo inclinándome sobre la mesa—. Si Meridiano sigue por este camino, perderá no solo a los directivos, sino a los autores que han confiado en Pluma Norte, precisamente porque no somos como vosotros.

Raquel entrecierra los ojos cuando escucha la última parte.

—¿Es eso una amenaza, Elena?

—No, es una predicción. Los buenos autores no son mercancías intercambiables. Se van donde sienten que su trabajo es valorado, no solo por su potencial comercial inmediato.

—Interesante teoría —responde—. Pero te sorprenderías lo rápido que los autores siguen el dinero cuando se les ofrecen las

condiciones adecuadas.

—No conoces a nuestros autores —replico—. David Ruiz, por ejemplo, rechazó ofertas más lucrativas de editoriales como la vuestra, precisamente por nuestra filosofía.

—David Ruiz… —dice Raquel, consultando unos papeles que tiene junto a ella—. Ah, sí. Un proyecto interesante, pero con un presupuesto de marketing excesivo para sus proyecciones de ventas. Será uno de los primeros en experimentar nuestros ajustes.

Siento que la ira me invade. No solo están desmantelando la editorial, sino que sacrificarán a autores talentosos en el proceso.

—Estáis cometiendo un error —digo, conteniendo mi enfado y las ganas que tengo de gritarle—. Un error que os costará más de lo que imagináis.

—Todos cometemos errores, Elena —responde calmada—. La diferencia es que algunos aprendemos de ellos y nos adaptamos. Otros… bueno, otros simplemente quedan atrás. La pregunta es: ¿quieres quedarte atrás, Elena?

—Quiero que no desmantelen esto que tanto sacrificio costó levantar, llevo aquí demasiado tiempo para ver lo que quieren hacer.

—Son negocios y no hay que encariñarse con ellos. Así funciona el mercado, Elena, y debes saberlo. Adquieres algo, lo intentas y si no funciona a otra cosa, hay que minimizar pérdidas, ahora mismo hay demasiados puestos dado a dedo. Gente que se ha acomodado en su puesto y no es rentable.

—No somos un jodido número, ni nosotros, ni los autores —digo ya sin poder contener el cabreo.

—Sí lo somos, todo somos fruto de nuestros aciertos y errores. Si no haces bien tu trabajo, te vas a la calle; si tu libro no funciona, la editorial no apostará por ti. Nos movemos en un mundo donde la competencia es feroz, sale una novedad cada cinco minutos, solo por editorial, después están los autopublicados.

Me mantengo en silencio mientras Raquel sigue con sus datos.

—El 60 % de los libros se retiran por las bajas ventas. Son los libros de los grandes autores quienes muchas veces corren con los gastos de los que pensábamos que era una buena apuesta y no lo es.

—Pluma Norte ve más allá de los números —protesto.

—Y así os va —dice y veo que se arrepiente de inmediato de lo que dice—. Elena, Meridiano apuesta a lo seguro, no digo que no tengamos que dar oportunidad a nuevos talentos, pero que el presupuesto de marketing sea menos. Tenemos una filosofía, y es que, si el libro es bueno, llegará a la gente.

—No es verdad y lo sabes, Raquel. Hay miles de ejemplos de libros que han llegado a ser algo con el paso de los años, y no en el momento de lanzamiento.

—Mucha gente ha llegado a la cima por el marketing editorial, si hubieran autopublicado no se hubieran comido una mierda —dice cabreada—. Yo también amo la literatura, pero últimamente se ha convertido en una guerra de exposición. ¿Sabes la cantidad de manuscritos que nos llega a las distintas editoriales que el grupo Meridiano tiene?

Niego con la cabeza y sigo en silencio.

—Miles, Elena. ¿Crees que leemos los que nos envían? Muchas veces no, solo se publica, en eso se ha convertido el mercado literario. Es una guerra de quien expone más libros al mercado. Pluma Norte, con su estrategia, no es rentable, entiendo el concepto, pero esta no es la vía para ganar dinero.

—Sigues viendo a los autores como dinero.

—Es que es dinero, Elena. De no ser así, tú no estarías aquí. Ni siquiera yo, creo que no entiendes que somos una empresa y que con ello hay que obtener beneficios.

—Hasta ahora con nuestro concepto es rentable Pluma Norte —indico.

—No voy a discutir cómo deberíamos llevar una adquisición como esta. Necesitamos ser más eficientes y rentables, y se harán los ajustes oportunos. Tu departamento se verá mermado de personal y dinero.

—Claro, porque somos solo un número en una empresa como…

—¡Basta! —dice Raquel golpeando la mesa—. No voy a permitir más impertinencias de tu parte. Todos tus compañeros han entrado aquí lamiéndome el culo y tú, que eres de la única que he tenido buenas referencias, eres un jodido grano en el culo —dice y se recuesta en la silla claramente cabreada.

Por un momento veo la vulnerabilidad de Raquel, está sobrepasada, harta de esta situación, pero no quiero ver cómo este proyecto se va a la mierda por lo grande que es su empresa.

Me levanto, incapaz de seguir con esta discusión que no va a llegar a ninguna parte, solo a precipitar las decisiones que ya han

sido tomadas. Deslizo la carpeta con toda la información hasta ella.

—Si esto es todo, creo que ya tengo clara vuestra postura.

—Perfecto —asiente Raquel cogiendo la carpeta—. Te informaremos de nuestra decisión respecto a tu posición en la nueva estructura en los próximos días.

—No os molestéis —respondo—. Ya tengo suficiente información para tomar mis propias decisiones.

—Te estás equivocando, Elena.

Al salir de la sala, siento una mezcla de rabia y frustración. La conversación con Raquel ha confirmado mis peores temores sobre Meridiano, pero también he aclarado mi camino a seguir. Ya no hay dudas: no puedo quedarme en una empresa que traiciona todo lo que valoro profesionalmente.

Capítulo 14

Elena

Después de la reunión con Raquel, he dormido poco, dándole vueltas a las opciones que tengo por delante. La decisión está prácticamente tomada, pero no me siento segura.

Hoy he quedado con Laura y para vestirme intento ir más informal, no algo que grite que vengo de trabajar en una oficina. Esta vez opto por unos jeans, me miro en el espejo y me veo arreglándome el pelo.

—Solo es un café —me recuerdo en voz alta, aunque siento los nervios en mi estómago.

Al llegar a la oficina, encuentro a Jorge esperándome junto al escritorio de Sara. Su rostro se ilumina al verme.

—Buenos días —saludo—. ¿Reunión improvisada?

—Estamos preocupados por ti —dice Jorge—. Después de tu reunión con Raquel, ayer.

—Estoy bien —respondo, entrando a mi despacho y dejando que me siga—. De hecho, tengo las ideas más claras que nunca.

Sara cierra la puerta tras nosotros y me miran expectantes.

—¿Eso significa lo que creo que significa?

Asiento y me coloco detrás de mi escritorio.

—Estoy dentro del proyecto —confirmo, mirando a Jorge—. "Hojas Sueltas" cuenta conmigo.

Jorge sonríe y Sara da una pequeña palmada de emoción.

—No te arrepentirás —asegura Jorge—. Esto será grande, Elena. Construiremos algo que realmente refleje nuestros valores.

—¿Qué pasó con Raquel? —pregunta Sara—. Ayer, después de la reunión, te vi mal.

Les cuento mi conversación con Raquel, su desdén por la filosofía de la editorial, su amenaza y sus planes de "ajustar" a autores como David Ruiz.

—Es peor de lo que pensábamos —murmura Jorge—. No están interesados en preservar nada de lo que hace especial a Pluma Norte.

—No, no están —confirmo—. Y no puedo quedarme a ver cómo lo destruyen.

—¿Cuándo piensas presentar la renuncia? —pregunta Sara.

—Después de la reunión de mañana. Lo haré con vosotros —respondo, mirando a Jorge—. Quiero tener todos los detalles claros antes de dar el paso.

—Perfecto —asiente Jorge—. Marcos estará encantado con la noticia. Ya ha estado sondeando a algunos de nuestros autores y hay interés real en seguirnos.

Jorge se marcha y me quedo a solas con Sara y entre las dos planteamos qué preguntas hacer para la reunión del viernes con ellos.

Cuando se marcha de la oficina, me quedo sola con mis pensamientos. Una parte de mí siente vértigo ante lo que estoy a punto de hacer: abandonar la seguridad de un trabajo estable o incluso una indemnización si me despiden, para lanzarme a un proyecto nuevo. La otra parte siente una emoción que hacía años no experimentaba.

La mañana transcurre entre llamadas y reuniones rutinarias. Intento concentrarme, pero mi mente está entre la reunión de mañana con Jorge y Marcos y mi cita con Laura esta tarde. A la hora del almuerzo, Sara entra.

—Voy a ir a comer —dice y se queda mirándome fijamente.

—¿Qué? —pregunto sin entender qué quiere.

—Hoy es la cita.

—No es una cita. Solo es un café.

—Por supuesto. Un café. Con una mujer atractiva que te envía fotografías y busca quedar contigo. Totalmente casual, todo.

—Sara…

—Está bien —dice, levantando las manos—. Solo un café. Pero si necesitas salir temprano, puedo reorganizar tu agenda.

—Gracias, pero no es necesario. Hemos quedado después del trabajo.

Cuando Sara se marcha, miro el reloj. Faltan cuatro horas para ver a Laura. Siento una emoción que no sentía hace tiempo.

Después de comer vuelvo a mi despacho y las horas van pasando con lentitud. A las cinco y media, me veo en el baño revisando que

está todo perfecto. Miro mi maquillaje, la ropa que no muestre alguna arruga debido a la postura de la silla.

—Solo es un café —me repito una vez más, aunque cada vez suena menos convincente.

Cinco minutos antes de salir, Sara toca a mi puerta.

—¿Lista para tu no-cita?

—Perfectamente preparada para tomar un café con una conocida.

—Por supuesto —asiente—. Solo recuerda, respira y sé tú misma.

—¿Por qué no iba a ser yo misma? —pregunto, levantándome de la silla después de haber recogido todo.

—Porque cuando nos gusta alguien, a veces intentamos ser la versión que creemos que quieren ver, no quienes realmente somos. Aunque en tu caso intentarás ser una…

—No me conoces tanto como creía —le corto antes de que diga alguna palabra de la que pueda arrepentirse.

—Te conozco lo suficiente —responde—. Y sé que mereces ser feliz, Elena. Ve y disfruta de ese café. Y tal vez, solo tal vez, permítete la posibilidad de que pueda ser algo más.

—Es demasiado joven —protesto.

—La edad es solo un número. Deja los prejuicios y disfruta del momento.

Salgo de la editorial con las últimas palabras de Sara resonando en mi cabeza. Camino hacia la cafetería. Es un lugar pequeño y acogedor. Suelo venir cuando quiero escapar del bullicio del centro.

Al entrar, el aroma del café recién hecho me invade. Busco a Laura con la mirada; sé que está porque he recibido un mensaje de ella hace unos minutos que me he negado a contestar. La encuentro sentada en un rincón, junto a un ventanal. Al verme, sonríe y se levanta.

—Hola —dice cuando me acerco—. Me alegra que hayas venido.

Hay algo en ella que hace que toda mi ansiedad previa ya no esté. De repente, ya no me preocupa si esto es una cita o no, si hay demasiada diferencia de edad, o qué pensarán los demás. Solo importa este momento, esta conexión que siento.

—Yo también me alegro de estar aquí —respondo con sinceridad.

Mientras esperamos al camarero, divago con la posibilidad de que quizá Sara tenga razón. Tal vez sea hora de permitirme la posibilidad de que esto pueda ser más que un simple café.

Capítulo 15

Laura

Llego a la cafetería donde Elena me ha mandado la ubicación quince minutos antes de la hora acordada. Quiero asegurarme de que puedo tener un sitio apartado para así hacer que ella se sienta cómoda. Elijo una mesa junto al ventanal.

Mi corazón late con fuerza mientras repaso mentalmente lo que quiero decirle. Desde la noche en que nos conocimos, no he dejado de pensar en ella. En sus labios, en cómo me sentí rodeada por sus brazos mientras nos besábamos, en la intensidad de su mirada…

—¿Desea pedir algo mientras espera? —me pregunta el camarero.

—Agua sin gas, por favor —pido, intentando calmar mis nervios.

Mientras espero, pienso en que nunca me había sentido así por nadie. Mis relaciones hasta ahora eran pasajeras, un entretenimiento en el que me sentía cómoda, pero con ella es diferente. Quiero conocerla, hablar mil horas, escucharla mientras habla con tanta pasión de su trabajo, solo quiero eso, ni siquiera pienso en un posible encuentro sexual, porque la realidad es que, aunque lo desee, no es mi prioridad.

El agua llega y, tras verter un poco en el vaso, me la tomo rápido, estoy sedienta y sé que es por el encuentro. Miro el reloj, faltan diez minutos. Envío un mensaje a Elena confirmando que ya estoy en la cafetería. No quiero parecer ansiosa, pero tampoco que piense que podría plantarla.

Cuando alzo la vista, la veo entrar. Lleva unos jeans y una blusa sencilla, pero se ve hermosa. Nuestras miradas se cruzan y sonrío. Se acerca y me levanto para saludarla.

—Hola —digo cuando llega a la mesa—. Me alegra que hayas venido.

—Yo también me alegro de estar aquí —responde y noto la sinceridad en su voz.

Nos sentamos y hay un momento de silencio, no es incómodo, sino expectante. Como si ambas supiéramos que esto es importante.

—Gracias por la foto. Es hermosa.

—Tú eres hermosa —respondo sin pensar—. Lo siento, no quería ser tan directa.

Elena sonríe y baja su mirada.

—No te disculpes por decir lo que piensas. Es… no sé qué palabra utilizar, pero me gusta sentirme halagada.

El camarero se acerca y pedimos, yo un café americano y Elena un té de frutos rojos.

—¿Cómo ha ido tu día? —pregunto, ya que quiero saber todo de ella.

—Complicado —admite—. La editorial está pasando por cambios, y no todos son positivos.

—¿Quieres hablar del tema?

Elena me mira entrecerrando los ojos, como si me estuviera evaluando.

—Han vendido la editorial a un grupo más grande —empieza a decir—. Quieren cambiar toda la esencia de lo que la hacía diferente al resto.

—Vaya, eso debe ser frustrante, trabajar por algo en lo que crees y ver cómo otros lo transforman.

—Lo es, pero quizá sea una oportunidad para algo nuevo.

Hablamos sobre su trabajo, su pasión por los libros, cómo llegó a la industria editorial. Me cuenta sobre los autores con los que trabaja, los proyectos que más le ilusionan. Sus ojos brillan cuando habla de literatura, y me doy cuenta de lo mucho que ama lo que hace.

Yo le hablo sobre mi fotografía, cómo empecé con una cámara prestada en la universidad y poco a poco construí mi carrera. Le hablo de mi proyecto "Máscaras" y cómo intento capturar la esencia de las personas más allá de lo que muestran al mundo.

—¿Por eso te llamé la atención cuando bailaba?

—Te había visto entrar y cómo te sentaste con tus amigas. Cuando saliste a bailar, en ese momento vi tu cuerpo relajado, ya sin tensión. Te vi libre, sin preocupaciones.

—No suelo sentirme así —admite—. Siempre intento controlarlo todo.

—¿Qué temes que pase si pierdes el control?

Elena me mira con sorpresa, como si no esperara esa pregunta y tuviera que aceptar algo que no quiere admitir.

—Temo equivocarme —responde después de un rato—. Tomar decisiones que puedan hacerme daño, también a mi hijo.

—Daniel, ¿verdad? —pregunto, recordando cuando me habló de él.

—Sí, Daniel. Está en su último año de universidad.

—Debe ser un muchacho increíble, teniendo una madre como tú.

—Lo es. Es alguien muy importante para mí —dice con orgullo.

Nuestra conversación fluye con naturalidad. Hablamos de los viajes que hemos hecho y de los lugares que nos gustaría visitar.

El tiempo pasa sin que nos demos cuenta. Una hora se convierte en dos, seguimos hablando, riendo, conociéndonos. Con cada palabra, cada gesto, me siento más atraída por ella.

—No me has preguntado por mi edad —digo sabiendo que es un tema que le preocupa.

—Ya me la dijiste. Veintisiete —responde, y veo cómo se mueve en la silla.

—¿Eso te molesta?

—No es que me moleste, Laura. Es que somos generaciones diferentes. Buscamos cosas distintas.

—¿Qué crees que busco yo?

Elena se echa para atrás en la silla, son preguntas incómodas, lo sé, se puede ver en su rostro.

—Aventuras, experiencias, quizás algo pasajero.

—No me conoces para afirmar eso —digo con calma—. Yo tampoco te conozco lo suficiente. Por eso estamos aquí, ¿no? Para descubrirlo.

—Tengo miedo, Laura —admite en voz baja—. Hace mucho que no me permito sentir esto.

—¿Esto?

—Atracción, conexión. Lo que sea que está pasando entre nosotras —confiesa.

Mi corazón se acelera ante las palabras que acaba de decir. Extiendo mi mano sobre la mesa, cerca de la suya, sin tocarla, ofreciéndole la opción.

—Yo también tengo miedo —confieso—. Nunca he sentido algo así tan rápido por nadie. Pero contigo tengo ganas de explorar esto que siento.

—Es una locura, Laura —dice y retira la mano de la mesa—. Eres cuatro años mayor que Daniel. ¿Qué va a pensar la gente?

—Que hay dos mujeres conociéndose, Elena. No sé dónde está el problema.

—No lo entenderías.

—Explícamelo entonces —exijo.

—Ya te lo acabo de decir, eres demasiado joven.

—Joven. ¿Para qué, Elena? Porque para trabajar y ser independiente no lo soy, para pagar un alquiler, tampoco. Para…

—Ya —me corta—. Necesito tiempo, no sé. Como te he dicho, tengo miedo, Laura. Estoy con lo de la empresa, llegas tú como un

jodido huracán y remueves todo mi interior. No sé cómo gestionar esto.

Me mantengo en silencio, no quiero forzarla o sé que huiría y no pretendo eso.

—Un paso a la vez —termina susurrando.

—Un paso a la vez —confirmo.

En ese momento, Elena sí que sujeta mi mano que sigue en la mesa, siento su mano cálida sobre la mía. Dura poco, porque cuando llega el camarero la retira con rapidez.

Cuando salimos de la cafetería, ya está oscureciendo. Caminamos juntas en silencio por un momento hasta llegar a la boca del metro.

—¿Puedo acompañarte a casa? —pregunto.

—¿No es invertir los papeles? Normalmente, sería yo quien debería acompañarte, siendo la mayor —bromea.

—Olvidemos los "normalmente" —respondo—. Hagamos lo que nos apetezca en cada momento.

Elena sonríe y asiente.

—Me encantaría que me acompañaras.

Entramos en el metro y, mientras las paradas van pasando, hablamos de cosas triviales. Una vez fuera caminamos hasta que me indica que ese es su edificio.

—Me lo he pasado muy bien, Elena —digo, mirándola fijamente a los ojos.

—Yo también —responde mordiéndose el labio inferior—. Gracias por insistir con la foto.

—¿Te gustaría volver a vernos?

Elena me mira y sé que está teniendo una batalla, entre lo que ella cree que es lo correcto y lo que realmente quiere, no pienso presionarla.

—Sí —confiesa—. Me gustaría.

Me acerco lentamente, dándole tiempo para que se aleje, pero no lo hace. Cuando nuestros labios se encuentran, es un beso suave.

—Buenas noches, Laura —dice después de separarnos.

—Buenas noches, Elena.

Mientras me alejo, siento una mezcla de emociones que me alegran. No sé qué nos deparará el futuro, pero estoy segura de que quiero descubrirlo con ella.

Capítulo 16

Elena

Al entrar a mi apartamento, cierro la puerta y me apoyo, sintiendo cómo mi corazón late con fuerza. Noto el cosquilleo en los labios por el beso de Laura. Ha sido diferente al del bar, no fue impulsivo por el alcohol o la música, sino algo consciente y en cierta manera deseado.

Me quito los zapatos y me dirijo a la cocina, necesito agua, pero cambio de opinión cuando entro. Opto por servirme una copa de vino y me voy al sofá.

Lo que ha pasado hoy no me lo esperaba. Fui a esa cafetería convencida de que sería un encuentro casual, una conversación agradable para poner fin a lo que había comenzado en el bar. En cambio, hemos pasado horas hablando como si nos conociéramos de toda la vida.

Mi teléfono vibra con un mensaje. Es Laura.

Laura: Gracias por esta tarde. Ha sido bonito conocerte mejor.

Sonrío sin poder evitarlo, recordando el encuentro, sus ojos atentos mientras hablaba…

—Mierda, ¿qué me está pasando? —susurro antes de responder.

Yo: Gracias a ti. Yo también he disfrutado de nuestra conversación.

Laura: ¿Podemos vernos el domingo?

Al leer pienso en que no podemos volver a quedar, necesito poner algo de distancia, pero no quiero eso. Dudo qué ponerle, hasta que ella vuelve a escribirme.

Laura: Hay una exposición fotográfica en el Centro Cultural que creo que te gustaría.

Yo: Me encantaría.

Dejo el teléfono a un lado y tomo un sorbo de mi copa de vino. Una parte de mí sigue aterrorizada por lo que estoy sintiendo. Laura es joven, brillante, llena de energía y proyectos. Yo estoy en un momento completamente distinto de mi vida. Sin embargo, en la cafetería, entre conversaciones y risas, esas diferencias parecían disolverse.

El timbre suena, sobresaltándome. Me levanto extrañada, no espero a nadie a estas horas. Al abrir la puerta me encuentro con Mónica.

—¿No me vas a invitar a pasar? —pregunta con una sonrisa.

—¿Qué haces aquí?

—Alguien me dijo que te han visto en una cafetería con cierta fotógrafa —responde entrando—. Dado que has ignorado los mensajes que te hemos enviado, decidí venir a investigar personalmente.

—¿Me estáis espiando?

—No, solo ha sido casualidad. ¿Y bien? ¿Vas a contarme o tendré que torturarte?

Suspiro resignada y le ofrezco una copa de vino.

—Primero que nada, ¿por qué no has contestado a los mensajes?

Miro a mi amiga y me muerdo los labios, no puedo confesar lo que hago todas las mañanas con el grupo de chicas.

—Dime —exige.

—No te enfades, pero lo tengo silenciado. Es que a veces interrumpen lo que estoy haciendo. Muchas veces también lo archivo —termino confesando.

Mónica me mira entrecerrando los ojos, casi puedo ver cómo está ofendidísima por lo que acabo de decir.

—Yo también lo hago —termina confesando.

Ahora soy yo la que la mira con cara de enfadada, hasta que encoge los hombros. Es obvio que todos lo hacemos, porque a veces nuestros horarios no coinciden.

—Ahora suelta, ¿qué ha pasado en esa cita?

—No es una cita —respondo resoplando—. No hay mucho que contar. Nos tomamos un café, hablamos durante horas, y… me acompañó a casa.

—¿Y? —insiste.

—Nos besamos —confieso.

Mónica suelta un grito de emoción y comienza a aplaudir, mientras yo pongo los ojos en blanco.

—Sabía que había algo más. En el bar ya se vio la química entre las dos.

—No es para tanto, y no empieces con tus cosas.

—No empiezo con nada. Solo tienes cara de idiota cuando hablas de ella, pero nada más.

—Es complicado, Mónica. Es muy joven, estamos en momentos diferentes de la vida…

—Son excusas y lo sabes —me interrumpe—. La verdadera razón por la que dudas es porque tienes miedo. Desde Isabel te has encerrado en una burbuja donde nadie puede entrar para no herirte.

—¿Y si me vuelve a pasar? ¿Si me entrego de nuevo y me falla?

—Eso siempre es un riesgo, Elena. Para todos, no solo para ti, pero vivir con miedo no es vivir. ¿No crees que a veces vale la pena arriesgarse?

Pienso en su pregunta, ¿vale la pena? No lo sé, ¿quiero saberlo? No tengo respuesta para esa pregunta ahora mismo. Solo sé que me siento a gusto cuando hablo con ella.

Seguimos hablando un poco más, sobre el trabajo, sobre ella. Cuando Mónica se va, cerca de la medianoche, me quedo pensando en sus palabras. Quizás tenga razón. Quizás es hora de dejar de temer y empezar a vivir.

El despertador suena en mi mesilla y lo apago sorprendida, muy pocas veces me pasa que llegue a sonar. Me estiro en la cama y recuerdo que hoy tengo la reunión con Jorge y Marcos, que es un día importante y que tengo decisiones que tomar.

Al llegar a la oficina, Sara me saluda con una sonrisa y entra detrás de mí a mi despacho.

—¿Qué tal el café de ayer?

—Bien.

—¿Solo bien? —insiste.

Tomo asiento y la observo, sé que no saldrá hasta que no le cuente más, puedo decirle que vaya a trabajar y que me deje tranquila, pero no soy así, no con ella.

—Fue agradable —respondo encendiendo mi ordenador.

—Agradable —repite—. Claro, por esa sonrisa cuando te he preguntado por ella.

—Fuera de aquí —termino por decirle cuando mi móvil comienza a vibrar.

—¿Es ella? —pregunta.

—Fuera —exijo señalando la puerta.

Descuelgo y es Jorge el primero en hablar.

—Elena, ¿puedes venir a mi oficina? Tengo noticias importantes.

—Voy enseguida —respondo al notar que su voz es de preocupación.

En la oficina de Jorge también encuentro a Marcos.

—¿Qué ocurre? —pregunto cerrando la puerta.

—Meridiano ha adelantado sus planes —dice Jorge—. Están programando una reunión general para el lunes, anunciarán la reestructuración. Ya han empezado a preparar las cartas de despido.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto sentándome.

—La secretaria de Fernando encontró los documentos —responde Marcos—. Despedirán al 30% de la plantilla, también incluyen cancelar contratos con algunos autores.

—¿David Ruiz? —pregunto recordando lo que Raquel me dijo de él.

—Entre otros. Quieren redireccionar todos los recursos a los títulos más comerciales —afirma Marcos.

La noticia, aunque me lo esperaba, me indigna. Tan solo unos días después de la presentación y de decir que mantendrían la línea editorial, ya están desmantelando todo lo construido.

—Eso significa que debemos actuar más rápido —dice Marcos—. La reunión de esta tarde es importante.

—Así es —continúa Jorge—. Ahora es más crucial que nunca. Necesitamos tener todo listo para poder contactar con los autores para ofrecerles una alternativa cuando Meridiano les comunique los cambios.

Salgo del despacho cabreada con lo que está pasando. Cuando llego al mío, Sara no está y recuerdo que ella tenía la reunión con Raquel.

La mañana pasa como si no estuviera cambiando absolutamente nada, llamadas, programar presentaciones de libros y controlar las ventas. El mundo sigue avanzando mientras mi vida va a cambiar por completo, al menos en el ámbito laboral.

Cuando voy a comer y salgo, veo a Sara sentada en su mesa mirando a un punto fijo, está como ida.

—¿Todo bien? —pregunto poniendo mi mano en su hombro.

—Sí.

—¿Ha pasado algo en la reunión? —pregunto preocupada.

—Creo que no —dice no muy convencida.

La miro entrecerrando los ojos sin entender.

—Cuenta conmigo —confiesa—. Quiere que me ocupe de más cosas, que apoye en las campañas de marketing de forma más activa. Ha sido raro.

Recuerdo las palabras de Jorge esta mañana, de que ya saben a quién van a echar de la editorial y lo que acaba de decir, Sara lo confirma. Al menos cuentan con ella.

—Qué bien, ¿no?

—Estoy confundida. Pensaba que estaría en la calle, que me iría con vuestro proyecto, pero ahora no sé qué hacer.

—Debes hacer lo que creas mejor, es tu futuro lo que está en juego.

—Me ha dicho que puedo ascender —afirma con una sonrisa.

Agacho la mirada porque me siento mal, la realidad es que yo nunca le he dado esa oportunidad, siempre ha estado ahí y quizá no la he valorado como ella se merece.

—Voy a almorzar —indico huyendo.

El resto del día pasa demasiado rápido. Preparando reuniones, haciendo lo que tenía pendiente, aunque la imagen de Sara con la posibilidad de avanzar en su puesto de trabajo me taladra. En cinco años, yo pensaba que estaba a gusto en su puesto, y hoy me he

dado cuenta de que no, que no quiere conformarse. Me siento como una mujer egoísta, pero no sé cómo hablar con ella sobre esto.

A las seis en punto apago todo y recojo mis cosas. Sara ya se ha marchado y el malestar vuelve.

Antes de salir, paso por el despacho de Fernando. Quiero despedirme y agradecerle, aunque él no sepa que quizá mi tiempo en la empresa haya terminado.

Toco en la puerta y Fernando me da paso; al entrar, veo que Raquel está ahí.

—Perdona, no quería interrumpir —me disculpo.

—No interrumpes —dice Raquel poniéndose de pie—. Yo ya me iba —dice y coge una carpeta de la mesa donde mete unos papeles que me imagino le estaba mostrando a Fernando.

—Toma asiento, Elena —indica Fernando.

Antes de que pueda hacerlo, Raquel me sujeta del brazo y pega su boca a mi oído.

—Primero, reunión con Jorge y Marcos y ahora con Fernando —susurra.

—¿Algún problema? —pregunta y ahora soy yo la que sujeto su brazo para que no se marche.

—Ninguno —responde con una sonrisa que no me gusta nada.

—Perfecto —contesto soltando el agarre.

Ella se dirige a la puerta y yo, a sentarme frente a mi jefe.

—Por cierto —suelta Raquel antes de marcharse—. Yo que tú tendría cuidado con quién hago proyectos.

No soy capaz de decir nada, ¿cómo sabe que…? Miro a Fernando y este simplemente se encoge de hombros.

—¿Sabes algo que yo no sepa?

—Sabemos que Jorge y Marcos se están organizando para hacer una editorial, digamos que no son muy discretos. También que te necesitan.

—¿Me necesitan? —pregunto sin entender.

—Sí, Elena. Eres la mejor en lo que haces, sin ti, aunque digan lo contrario, no podrán hacer mucho; hay autores que confían en ti. Jorge es el contable, vale que Marcos es el editor jefe, pero es un puto grano en el culo.

Comienzo a reír por sus palabras. Sé que Marcos es un hombre algo raro y estricto en su trabajo, pero nunca hubiera dicho que Fernando se dirigiera así sobre su empleado.

—No sé qué vas a hacer, pero no lo hagas, Elena.

—Fernando, nos van a echar el lunes, ya tienen todo preparado.

—¿Quién te ha dicho eso? —pregunta.

—Jorge y Marcos, esta mañana.

Fernando suspira y se recuesta en la silla. Sé que sabe algo y necesito saber qué pasa.

—Eso no es del todo real —comienza a decir—. Meridiano está realizando una auditoría interna y ha encontrado irregularidades, no puedo decirte mucho más, Elena. Raquel estaba aquí para hablarme de eso.

—¿Qué quieres decir, Fernando? —pregunto confundida.

—Me han estado robando, Elena —suelta apoyando sus brazos en la mesa.

—Yo… no…

—Lo sé —me corta—. Tampoco hay nada demasiado claro, pero hay desvíos de dinero que no han encontrado una explicación lógica. No tendría que hablar de esto contigo. Pero haz caso a Raquel, ten cuidado con ellos.

—Tengo una reunión esta tarde.

—Mi consejo, si me lo aceptas, es que no vayas, intenta poner alguna excusa, deja que esto se aclare y después toma una decisión.

Asiento sin decir nada. Confío en Fernando, no tendría por qué mentirme.

—¿A qué has venido? —pregunta.

—A despedirme.

—Es mi último día tras este escritorio —comenta y la nostalgia se puede ver en su rostro.

—Debes estar con ella.

—Lo sé, tengo que estar a su lado y disfrutar todo eso que no hemos hecho.

Comienza a enumerar planes y en su rostro se refleja una mezcla entre ilusión y tristeza, esa que sabe que esto es momentáneo, que el amor de su vida se va sin que él pueda hacer nada por salvarla.

—De todas formas, no te vas a librar tan fácil de mí, seguiremos en contacto —asegura.

Me levanto y Fernando me imita, pasa a estar a mi lado y abre los brazos, yo ni me lo pienso y lo rodeo.

—No tomes una decisión precipitada, Elena. Habla con Raquel, ella cuenta contigo —susurra.

Salgo del despacho de Fernando, confusa por todo. No puedo creer lo que me ha contado, sé que no puedo tomar una decisión con esas dudas que ahora tengo.

Llego a casa cansada por todo, cojo el móvil y escribo a Jorge.

Yo: Disculpadme, pero me ha surgido un problema y no puedo ir a la reunión.

No tarda en responder.

Jorge: Es importante esta reunión y saber con qué dinero contamos.

Dinero, esa palabra resuena en mi cabeza. Si es verdad que hay irregularidades, no formaré parte de ese proyecto.

Yo: Lo siento, Jorge, pero Daniel ha tenido un problema y primero es mi hijo.

Me siento sucia escribiendo eso, utilizar a mi hijo como excusa no está bien, pero debo tener todo claro antes de dar el paso.

Jorge: Entiendo.

Esa es la única respuesta que recibo. No sé cómo voy a afrontar todo esto, lo que tengo claro es que necesito salir y despejarme o me voy a volver loca. Abro el chat de las chicas y les propongo ir a tomar algo.

Capítulo 17

Elena

Yo: ¿Alguien libre para tomar algo esta noche? Necesito salir urgentemente.

Las respuestas no tardan en llegar.

Carmen: ¿Todo bien?

Mónica: Por supuesto. ¿Dónde quedamos?

Patricia: Cuenta conmigo.

Lucía: ¿Ha pasado algo?

Me quedo mirando la pantalla sin saber exactamente qué responder. No puedo contarles lo de Fernando, ni lo de las irregularidades, tampoco la confusión en que estoy metida.

Yo: Solo ha sido un día complicado en el trabajo. Necesito desconectar.

Mónica: Perfecto. ¿El sitio de siempre?

Miro el mensaje que ha escrito y, sin saber por qué, se me ocurre otra opción.

Yo: ¿Club 27? El lugar donde fuimos el viernes pasado.

Hay un silencio en el chat que me extraña. Normalmente, alguna de ellas ya habría respondido con algún comentario.

Carmen: ¿El mismo sitio del cumpleaños de Lucía?

Yo: Sí, me gustó el ambiente.

Lucía: Perfecto. Nos vemos allí a las nueve.

Patricia: Allí estaremos.

Mónica: Interesante elección del sitio. Emoji con una sonrisa ladeada.

Pongo los ojos en blanco al ver el emoji que ha puesto Mónica. Sé perfectamente en lo que está pensando, pero necesito estar en un lugar donde me sienta cómoda, y ese local me transmite tranquilidad.

Me ducho, me visto con algo más informal y salgo de casa. Durante el trayecto en metro, intento no pensar en todo lo que ha pasado hoy: la conversación con Fernando, las sospechas sobre Jorge y Marcos, la reunión que he cancelado. Mi cabeza es un caos y necesito que pare.

Llego al Club 27 y veo que mis amigas han llegado y ya están sentadas en una mesa. Al acercarme, noto que intercambian miradas.

—¿Qué pasa? —pregunto sentándome.

—Nada —responde Carmen con una sonrisa—. Solo nos sorprende la elección del sitio.

—Es un buen local —me defiendo.

—Por supuesto que lo es —dice Mónica—. Y casualidades de la vida, Lucía ha hablado con Alejandro y resulta que cierta fotógrafa suele estar aquí los viernes por la noche.

Siento un calor repentino que hace que me mueva en la silla.

—No he venido por eso —intento justificarme.

—Claro que no —afirma Patricia—. Es solo una coincidencia.

Durante la siguiente hora, mis amigas intentan distraerme con anécdotas, chismes de trabajo, planes para el fin de semana. Pero me doy cuenta de que no dejo de mirar hacia la entrada del local cada vez que entra alguien.

—¿Buscas a alguien? —pregunta Mónica.

—No.

—Elena, llevas toda la noche mirando hacia la puerta —dice Carmen—. Es obvio que esperas que aparezca cierta persona.

—No empiecen, que no es lo que creen —insisto, aunque incluso para mí esa excusa ya no es convincente.

Ya son más de las diez y media, y Laura no ha aparecido. Me siento una idiota por haber elegido este sitio esperando encontrarla. ¿Qué pensaba? ¿Que iba a estar aquí todos los viernes como si fuera su oficina?

—Déjate de tonterías y llámala —dice Mónica de repente.

—¿Qué?

—Que la llames. Es evidente que quieres verla, por eso estamos aquí. Deja de dar vueltas y hazlo —exige.

—No puedo llamarla, así como así.

—¿Por qué no? —pregunta Patricia—. Quedasteis el jueves, os habéis besado, tenéis una cita el domingo. No es raro que quieras verla.

Miro a Patricia y después al resto, y caigo en que saben lo del domingo por Mónica, esa mujer no puede mantener la boca cerrada.

—No es una cita —protesto.

—Llámalo como quieras —dice Carmen—. El punto es que es obvio que te gusta y que quieres verla. ¿Cuál es el problema?

Miro a mis amigas y me doy cuenta de que tienen razón. He elegido este sitio con la esperanza de encontrarla, he estado toda la noche pendiente de la puerta, y me siento decepcionada porque no ha venido.

—Está bien —admito—. Quizá sí quiera verla.

—¡Por fin! —exclama Mónica—. Ahora coge el teléfono y llámala.

—¿Y qué le digo? ¿Hola, estoy en el bar donde nos conocimos y me preguntaba si querías venir?

—Exactamente eso —responde Lucía—. Simple y directo.

Saco mi teléfono y busco el número de Laura. Mis amigas me miran expectantes mientras marco.

—Voy a salir a llamarla —digo levantándome.

—Ni se te ocurra huir —me advierte Mónica.

Salgo del local y pulso el botón de llamada. Estoy nerviosa, pero ya he aceptado que quiero verla. Al tercer tono, Laura descuelga.

—¿Elena? —dice sorprendida—. ¿Está todo bien?

—Hola, Laura. Sí, todo bien. Estoy en el Club 27 con mis amigas y… —no puedo seguir, me siento como una cría y soy una persona adulta que duda de todo.

—¿Y?

—Me preguntaba si te apetecía venir a tomar algo.

Hay un silencio al otro lado de la línea que me pone nerviosa.

—¿Estás segura? —pregunta.

—Sí —respondo convencida—. Me gustaría verte.

—Dame media hora. Estoy en casa, pero no tardo en llegar.

—Perfecto. Te esperamos.

Cuando cuelgo, me quedo un momento fuera, respirando profundamente. Acabo de llamar a Laura para que venga a verme. No sé si es lo más inteligente que he hecho hoy, especialmente con todo lo que tengo en la cabeza, pero por primera vez en mucho tiempo, he hecho algo solo porque quería hacerlo.

Vuelvo a entrar y mis amigas me miran expectantes.

—¿Y bien? —pregunta Carmen.

—Viene en media hora —respondo sentándome.

—¡Bien! —dice Patricia aplaudiendo—. Ahora solo relájate y disfruta.

—¿Segura de que estás preparada para esto? —pregunta Mónica, más seria—. Porque es obvio que esta chica te gusta mucho.

—No lo sé —admito—. Pero quiero averiguarlo.

Lucía me toca el brazo.

—Eso es lo único que importa. Que quieras averiguarlo.

Mientras esperamos a que llegue Laura, trato de calmar mis nervios. No sé por qué estoy así, ayer estuvimos horas hablando y todo fluyó con naturalidad. Quizás es porque esta vez he sido yo quien ha dado el paso de llamarla.

A la hora que me dijo, veo entrar a Laura por la puerta. Lleva unos jeans oscuros y una camiseta negra, y se ve increíblemente atractiva. Nuestras miradas se cruzan y sonríe, para después dirigirse a nuestra mesa.

—Hola —saluda a todas, pero sus ojos están fijos en mí—. Gracias por invitarme.

—El placer es nuestro —dice Mónica—. Siéntate, por favor.

Laura toma asiento a mi lado, y siento su perfume sutil, el calor de su cuerpo cerca del mío. Eso me hace estremecer.

—¿Todo bien? —me pregunta en voz baja—. Sonabas un poco alterada por teléfono.

—Solo ha sido un día complicado —respondo—. Pero ahora estoy mejor.

Ella sonríe y, por debajo de la mesa, roza mi mano con la suya. Es un gesto pequeño, pero hace que me sienta más tranquila.

—Me alegra que me hayas llamado —susurra.

Mientras Laura se integra en la conversación con mis amigas, me doy cuenta de algo: por primera vez en mucho tiempo, no estoy pensando en el trabajo, en los problemas, en las decisiones que tengo que tomar. Solo estoy aquí, en este momento, disfrutando de la compañía de mis amigas y de una mujer que me hace sentir cosas que creía olvidadas.

Quizá Mónica tenga razón. Quizá es hora de dejar las tonterías y permitirme explorar lo que siento.

Capítulo 18

Laura

La llamada de Elena no me la esperaba, pero después de la sorpresa decidí que quería verla. Ahora estoy en el local sentada al lado de ella. Me gusta la forma de mirarme, como a veces roza su mano con la mía debajo de la mesa.

Durante la siguiente hora, me integro en la conversación con las amigas. Son protectoras con Elena, pero cariñosas y divertidas. Patricia me pregunta sobre mi trabajo, disfruto contándole de mis proyectos, de cómo me enseña cada uno de ellos sobre las personas.

—Fue Elena quien nos propuso venir —suelta de pronto Carmen.

Miro a Elena y la veo incómoda colocándose en la silla, mientras sus otras amigas se quedan en silencio. No sé qué decir a eso y, por suerte, una de ellas cambia de tema.

—Vamos a bailar —propone Mónica, poniéndose de pie.

Ellas se van a bailar, nos dejan solas. Elena está callada, no es capaz de decir nada, me giro para poder mirarla a los ojos.

—Tus amigas son geniales —digo para romper el hielo—. Se nota que te quieren mucho.

—Sí, aunque a veces son demasiado entrometidas —admite con una sonrisa.

Decido ser directa. Es algo que he aprendido: la vida es demasiado corta para rodeos.

—¿Es por eso por lo que elegiste este sitio? ¿Esperabas encontrarme aquí?

Veo cómo se sorprende, se mantiene en silencio unos segundos antes de contestar.

—Quizás —confiesa—. Ha sido un día horrible en el trabajo y necesitaba... no sé, algo familiar, pero diferente a lo que normalmente hacemos.

—¿Qué ha pasado?

Mientras me cuenta sobre la situación en su editorial, observo cómo se desahoga. Puedo ver la frustración en sus gestos, la preocupación en su voz. Es evidente que ama lo que hace, pero también que está llegando a un punto en que no puede más.

—Suena agotador —digo cuando termina—. ¿Has pensado en cambiar de rumbo?

—Constantemente —responde—. Pero está el miedo. He construido mi vida alrededor de la estabilidad, de tener todo controlado. Cambiar significa incertidumbre, y no creo estar preparada para eso.

Lo entiendo, aunque mi forma de lidiar con él sea diferente.

—La incertidumbre puede ser horrible —digo acariciando su brazo —. Pero también puede ser liberadora. A veces necesitamos que las

cosas se tambaleen para darnos cuenta de que somos más fuertes de lo que creemos.

—¿Tú nunca tienes? —pregunta—. Eres tan joven, tan llena de energía y proyectos...

Su comentario sobre mi edad hace que me muerda los labios. Sé que es algo que le preocupa, pero quiero que entienda que la edad no define la madurez emocional.

—Tengo miedo constantemente —admito—. De no ser lo suficientemente buena, de que mi trabajo no importe, de no poder vivir de lo que amo hacer. Pero he aprendido que el miedo es solo información, no una orden.

—Me he arriesgado y he perdido muchas veces.

Sé que habla de las relaciones, porque en su trabajo lleva más de veinte años. Entiendo el temor que puede tener, pero todo debe ser por algo.

—¿Te puedo hacer una pregunta personal?

Elena asiente.

—¿Qué pasó con tu última relación?

Veo cómo se tensa, está incómoda, lo sé.

—Se llama Isabel —empieza a decir—. Estuvimos juntas ocho años. Pensé que era para siempre.

Escucho con atención mientras me cuenta sobre Isabel, sobre cómo ella creía que todo estaba bien. Cada palabra me duele por ella, pero también me ayuda a poder entender sus miedos.

—Hasta que me dejó por alguien más joven —admite.

Ahí está el porqué de sus inseguridades conmigo.

—Eso debió de doler.

—Destrozó mi autoestima durante un tiempo —confiesa—. Me hizo pensar que era aburrida, que no era suficiente.

Siento rabia hacia Isabel y no la conozco. ¿Cómo alguien pudo hacerle creer a Elena que no era suficiente?

—Elena —digo, inclinándome hacia ella—. Una persona que te deja por ser "predecible" no te merecía. La estabilidad no es mala, es algo que muchas personas buscan y valoran.

—¿Incluida tú?

—Sobre todo yo —respondo—. He tenido suficientes relaciones caóticas. Alguien que sepa lo que quiere, que tenga los pies en la tierra, que haya construido una vida sólida, eso me parece muy atractivo.

Las palabras salen de mi boca sin poder controlarlas. Es muy pronto para hablar de futuro, pero necesito que sepa que, si hay una posibilidad, yo sí quiero comprometerme, que no me da miedo una estabilidad.

—Es muy pronto para hablar de esto —indica.

—Tienes razón. Pero me gusta ser honesta con lo que siento. Y sé que hay algo especial entre nosotras.

—Eres demasiado joven, Laura. Esto no es lo correcto.

Apoyo mi mano sobre la suya y hago que me mire.

—¿Puedes dejar de pensar en la edad, por favor? Necesito que me veas como la mujer que soy, no como una cría que se ha

encaprichado.

—¿No soy un capricho?

—No, no lo eres —respondo mirándola fijamente a los ojos.

Antes de que pueda decir algo más, Mónica aparece junto a nuestra mesa, tiene la respiración agitada debido al baile.

—¿No pensáis bailar? —pregunta—. La música es genial.

Extiendo mi mano hacia Elena, dándole la opción.

—¿Quieres?

Esta vez no duda. Coge mi mano y caminamos hacia la pista. Siento una pequeña victoria cuando veo que está relajada y no ha intentado tomar el control de la situación.

Me mantengo a una distancia prudente cuando bailamos, no quiero invadir su espacio más de la cuenta. Me gusta verla bailar, sonreír, como por un instante no hay inseguridades y simplemente es ella bailando.

Cuando empieza una canción lenta, ella no se aleja. Deja que me acerque, que coloque mis manos en su cintura. Para mí es perfecto, incluso rodeada de tanta gente.

—Gracias por llamarme —susurro en su oído, sintiendo cómo se estremece.

—Gracias por venir —responde, y siento cómo se permite acercarse más a mí.

En este momento, con Elena entre mis brazos, viendo cómo sus amigas nos observan con sonrisas cómplices, me doy cuenta de algo importante: no importa cuánto miedo tengamos, no importa las

diferencias de edad o de situación vital. Lo que importa es esta conexión, esta sensación de que, cuando estamos juntas, todo encaja.

Sé que Elena está luchando con sus miedos, con sus inseguridades. Pero también sé que vale la pena esperar, vale la pena demostrarle que no todas somos como Isabel, que no todos los riesgos terminan en dolor.

Esta noche, bailando con ella, siento que estamos más cerca de derribar esas barreras que se ha construido. Y eso me llena de una esperanza que no había sentido nunca por nadie.

Capítulo 19

Elena

Cuando llego a mi apartamento son casi las tres de la mañana. Me quito los zapatos en la entrada y me dirijo a la cocina. Necesito agua, después de toda la noche.

Me apoyo en la encimera de la cocina y recuerdo los últimos momentos con Laura. Cuando nos despedimos en el local, ella me acompañó hasta la puerta mientras mis amigas esperaban en el taxi.

—Ha sido una noche perfecta —dijo rozando mi mano con la suya.

—Sí, lo ha sido —respondí.

—¿Sigue en pie lo del domingo? ¿La exposición?

—Claro —confirmé.

Después nos dimos un beso en la mejilla, lo suficientemente cerca de la comisura de la boca como para hacer que mi pulso se acelerara.

Ahora, en la tranquilidad de mi casa, proceso todo lo que ha pasado. La conversación que tuvimos, cómo me abrí a ella sobre Isabel, la forma en que me hizo sentir valorada por ser quien soy. Laura tiene una manera de ser que hace que todo parezca posible, que mis miedos parezcan menos aterradores.

Mi teléfono vibra con un mensaje.

Laura: Gracias por esta noche. Ha sido increíble conocerte mejor. Dulces sueños.

Sonrío mientras comienzo a responder.

Yo: Gracias a ti por venir. Que descanses.

Guardo el teléfono y me dirijo al baño porque necesito una ducha. Apoyo mis manos en el lavamanos y me veo en el reflejo del espejo. Sonrío, en este instante me siento feliz.

—¿Qué me está pasando contigo, Laura Vega?

El sábado me despierta el sonido de mi móvil. Es una llamada, pero estoy tan desorientada que no soy capaz de cogerlo a la primera y cuelgan. Me estiro en la cama antes de mirar quién ha sido, aunque la llamada vuelve a entrar. Es Daniel.

—Buenos días, mamá. ¿Cómo estás?

—Muy bien, cariño. ¿Qué tal tú?

—¿Te acabas de levantar?

Noto cómo Daniel se extraña y me quito el móvil de mi oreja y observo la hora, dándome cuenta de que son más de las once de la mañana.

—Me acosté tarde anoche. Salí con las chicas.

—¿En serio?

—Sí, pero háblame de ti. ¿Cómo estás?

—Bien, aunque estresado con el proyecto final, pero llamaba para saber cómo va todo. El otro día te noté bastante preocupada con el

trabajo.

—Las cosas están cambiando en la editorial —admito—. Pero creo que todo es para mejor —miento.

—¿Segura? Te noto preocupada, mamá.

—Estoy bien, Dani. De hecho, como te dije, salí con las chicas y también vino Laura. Mañana iré con ella a una exposición.

No sé por qué le cuento esto a mi hijo, pero me sale de forma tan natural que no puedo controlar las palabras que salen de mi boca.

—Eso es genial. Me alegro muchísimo saber que estás conociendo gente nueva.

—No te emociones demasiado —advierto—. Solo somos… estamos conociéndonos.

—Está bien —dice riendo—. Pero me alegra verte más abierta a las posibilidades.

—Dani, es muy joven. No puedo estar con…

Escucho a mi hijo bufar por el teléfono y corto lo que estoy diciendo.

—Te mereces ser feliz, mamá.

Pienso en las palabras de mi hijo, sé que me merezco ser feliz, lo que no sé es si eso es para mí. Estar con alguien tan joven me aterra.

—Gracias, cariño —digo para intentar que no siga la conversación por donde va.

—¿Alejandra y yo podemos ir a cenar el domingo? Me gustaría saber más detalles de esa exposición.

—Claro, pero nada de interrogatorio —advierto.

—Prometido. Te quiero, mamá.

—Y yo a ti.

Cuando cuelgo, me siento mejor. Tener el apoyo de Daniel hace que todo esto se sienta menos aterrador. Si mi hijo, que es lo más importante en mi vida, cree que merezco ser feliz, quizás sea hora de empezar a creerlo yo también.

El resto del sábado pasa tranquilo. Limpio el apartamento, leo un poco, y por la noche veo una película. Es una rutina que normalmente me tranquiliza, aunque esté nerviosa por ver a Laura mañana.

Por suerte no he tenido noticias de Jorge y Marcos, necesito que todo se aclare y saber la verdad sobre qué es lo que pasa con ellos. Me niego a pensar que alguno de los dos esté involucrado en algo turbio en la editorial.

El domingo llega, me levanto temprano y me tomo mi tiempo eligiendo qué ponerme. Quiero verme bien. Finalmente, opto por unos pantalones negros y una blusa blanca.

Laura me ha propuesto comer primero antes de ir a la exposición. Hemos quedado en un pequeño restaurante cerca del Centro Cultural. Llego cinco minutos antes de la hora acordada y la veo ya sentada en una mesa junto a la ventana. Lleva un vestido verde y el pelo suelto. Se ve increíble.

—Llegas puntual —dice levantándose para saludarme con un beso en la mejilla.

—Siempre llego a la hora —respondo—. Es una manía.

—Una manía que me gusta —dice sonriendo.

Nos sentamos y pido un salmón a la plancha, mientras ella elige una ensalada César. La conversación fluye naturalmente, como siempre pasa entre nosotras.

—¿Por qué elegiste ser fotógrafa?

—Porque de pequeña mi padre me regaló una cámara de fotos. Empecé a sacar fotos de extraños, intentando captar momentos únicos, cuando las personas no fingen una pose. Ahí me enamoré de la fotografía. Esas imágenes inmortalizadas en un momento que no se lo esperan, ahí no hay máscaras.

—¿Qué tipo de máscaras llevas tú? —pregunto.

Laura me mira pensativa. Creo que no se esperaba que le hiciese esa pregunta.

—La máscara de la artista bohemia sin ataduras —responde—. La que no necesita estabilidad, que está bien viviendo al día. En realidad, a veces me siento bastante sola y me gustaría tener a alguien con quien construir algo sólido, de verdad.

Sus palabras me conmueven, no esperaba que me dijera eso, tampoco tenía idea de que se sintiera así.

—No pareces una mujer que se sienta sola.

—Esa es precisamente la máscara —sonríe—. Soy buena fingiendo que está todo bien, siendo independiente todo el tiempo.

—¿Y qué máscara crees que llevo yo?

—La de la mujer que tiene todo bajo control —responde sin dudar—. La que no necesita a nadie, que está perfectamente bien sola. Cuando en realidad, creo que te mueres de ganas de dejarte llevar de vez en cuando.

Al escucharla se me forma un nudo en la garganta.

—Tienes razón —admito—. A veces me canso de ser siempre la responsable, la que debe tener todas las respuestas.

—No debes tenerlas conmigo —dice Laura, extendiendo su mano sobre la mesa—. Conmigo puedes ser Elena. Sin máscaras.

Tomo su mano, sintiendo el calor de su piel contra la mía.

—Es aterrador —confieso.

—Las mejores cosas suelen serlo —responde.

Terminamos de almorzar entre conversaciones sobre arte, literatura, y pequeñas anécdotas de nuestras vidas. Cuando Laura pide la cuenta, insisto en pagar.

—La próxima pago yo —dice finalmente.

—¿Habrá una próxima? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta por la forma en que me mira.

—Si tú quieres, habrá muchas próximas —responde.

La realidad es que quiero, y espero ser capaz de superar esas barreras que me hacen no avanzar. Sonrío mientras salimos del local con destino a la exposición.

Capítulo 20

Elena

Al entrar al Centro Cultural, Laura me guía hacia la sala donde está la exposición que quiere mostrarme. El espacio es amplio y las fotografías son en blanco y negro. Hay personas en la sala recorriéndola.

—Identidades Fragmentadas —leo en voz alta el título de la exposición que aparece en letras elegantes en la pared de la entrada.

—Es de Miguel Santos, un fotógrafo argentino increíble —explica Laura con entusiasmo—. Su trabajo me ha influido mucho en mi proyecto "Máscaras" —me dice antes de adentrarnos en la exposición.

—¿Lo conoces personalmente?

—Coincidimos en un workshop hace dos años. Es un maestro capturando la esencia humana —dice Laura, tomándome de la mano para guiarme hacia la primera serie de fotografías.

La primera sección se titula "Rostros Urbanos". Son retratos de personas en diferentes ciudades del mundo. En las imágenes se ven, una mujer mayor en Buenos Aires mirando al horizonte con nostalgia, un vendedor ambulante en Barcelona con una sonrisa que

no llega a sus ojos y una ejecutiva en Nueva York con el rostro reflejado en el cristal de un rascacielos.

—¿Cómo consigue que se vean tan naturales? —pregunto maravillada por lo que veo.

—Ese es su talento —responde Laura—. Dice que la clave está en esperar el momento exacto, cuando la persona olvida que está siendo fotografiada y muestra su verdadero yo.

Pasamos a la segunda sección: "Reflejos". Aquí las fotografías juegan con espejos, cristales, agua, cualquier superficie que pueda crear un reflejo. El resultado es fascinante: personas que parecen estar divididas entre quienes son y quienes aparentan ser.

—Esta es mi favorita de toda la exposición —dice Laura señalando una fotografía donde una joven se mira en el espejo de un baño público, pero el reflejo muestra una expresión completamente diferente a la de su rostro real.

—Es perturbadora y bonita a la vez —comento—. Como si estuviéramos viendo el diálogo interno de la persona.

—Exacto. Santos dice que todos tenemos esa conversación constante entre nuestros dos yo.

Llegamos a la tercera sección: "Soledad Compartida". Son fotografías de personas solas en espacios públicos. Un hombre leyendo en un parque, una mujer esperando el autobús, un niño jugando solo en una plaza.

—¿Cómo logra que la soledad no se sienta triste? —pregunto.

—Creo que es porque muestra que estar solo no es lo mismo que estar aislado —reflexiona Laura—. Todas estas personas están

viviendo su momento, conectadas con algo más grande.

Estamos admirando una fotografía de una anciana alimentando palomas cuando siento una presencia detrás de nosotras.

—¿Laura? —dice una voz femenina.

Nos giramos y veo a una mujer de unos treinta años, elegante, con el pelo rizado y una sonrisa. Noto cómo Laura se tensa.

—Hola, Noelia —dice Laura.

—No sabía que te gustaba este tipo de fotografía —dice Noelia, mirándola con curiosidad—. Siempre pensé que preferías algo más comercial.

—Mi trabajo ha evolucionado —responde Laura con desgana.

Noelia me observa con atención, espera una presentación que Laura no parece dispuesta a hacer.

—Soy Elena —me presento, extendiendo la mano.

—Noelia —responde—. Ex de Laura.

La incomodidad se palpa en ese instante. Laura me toma del brazo con suavidad.

—¿Seguimos viendo el resto? —me pregunta.

—Por supuesto —respondo.

—Fue un placer conocerte, Elena —dice Noelia con una falsa sonrisa.

Mientras nos alejamos, noto que Laura sigue tensa.

—¿Estás bien? —pregunto cuando estamos alejadas de la chica.

—Sí, perdona. Noelia y yo terminamos hace algo más de un año. No esperaba verla aquí.

—¿Fue complicado?

Laura suspira antes de responder.

—Digamos que ella quería una versión de mí que no podía ser. Quería que trabajara en algo de verdad, que no me dedicara a lo que hago. Nunca supo valorar mi trabajo, siempre fue ella y nadie más.

—¿Por qué esa incomodidad?

—No quiero que pienses que todas mis relaciones terminan mal, o que soy complicada.

Me detengo frente a ella y la miro directamente a los ojos.

—Laura, todos tenemos un pasado. Yo también he tenido relaciones que no han terminado bien, ya lo sabes. Lo que importa es el presente.

Ella sonríe y veo cómo se relaja.

—Tienes razón. ¿Seguimos?

La última sección de la exposición se titula "Encuentros". Son fotografías de momentos entre extraños: dos personas compartiendo un paraguas bajo la lluvia, un grupo de ancianos jugando ajedrez en un parque, una madre ayudando a una desconocida con su cochecito de bebé.

—¿Cuál es tu favorita? —me pregunta Laura cuando hemos terminado de recorrer toda la exposición.

Regreso a la sección de "Reflejos" y me detengo frente a una imagen que me había llamado la atención antes. Es un hombre de mediana edad sentado en una cafetería, pero su reflejo en la ventana muestra una expresión completamente diferente a la de su rostro real.

—Esta —digo—. Porque muestra lo compleja que puede ser una persona realmente.

Laura me mira entrecerrando los ojos.

—¿Qué ves en ella? —pregunta.

—Que todos llevamos múltiples versiones de nosotros mismos. La que mostramos al mundo y la que guardamos para nosotros. Me hace pensar en lo que me dijiste sobre las máscaras.

Laura permanece en silencio por un momento, como procesando mis palabras.

—Es exactamente lo que Santos intenta transmitir —dice finalmente—. Por eso me gusta tanto su trabajo. Ve a las personas como realmente son: complejas, contradictorias, hermosas en su imperfección.

—Como tú —suelto sin pensar.

Nuestras miradas conectan, me gusta Laura, no lo puedo negar y tampoco quiero hacerlo. Me gusta cómo habla, cómo se expresa, todo de ella.

—Elena —susurra—. ¿Te puedo decir algo?

—Claro.

—Desde que te conocí, he estado pensando en fotografiarte, ya te lo pedí en el local. No para publicarlas, no quiero eso, sino para

mí. Para poder captar esos momentos donde dejas caer tu guardia.

—¿Cómo cuáles?

—Como cuando bailas. Como cuando te ríes de algo que dice alguna de tus amigas. Como ahora mismo, cuando estás concentrada analizando las fotografías.

Abro mucho los ojos, sin entender por qué quiere tener esa parte de mí inmortalizada.

—¿Me dejarías? —pregunta—. Algún día, cuando te sientas cómoda. No tienen que ser fotos posadas. Solo momentos reales, como la que te mandé a tu oficina.

—Me lo pensaré —respondo después de unos segundos, aunque una parte de mí ya sabe cuál es la respuesta.

—No hay prisa —afirma Laura—. Es solo que cuando estoy contigo, veo tantos momentos bonitos que me gustaría inmortalizar.

Salimos del Centro Cultural y caminamos en silencio. Quiero invitarla a mi casa, decirle que no quiero que se termine esta salida o "cita", como la llaman las chicas. Quiero seguir hablando con ella, pero como siempre me quedo callada.

—¿Te gustó la exposición? —pregunta.

—Me encantó —respondo—. Entiendo por qué te gusta tanto su trabajo.

Ella se detiene en medio de la calle y me mira.

—Me gusta que valores lo que hago, o lo que disfruto de ver. Me gustas mucho, Elena, mucho.

Me ruborizo por sus palabras, sé que tengo que hablar, pero las palabras no salen de mi boca, ya que se me ha formado un nudo en la garganta. Simplemente, desvío la mirada y comienzo a caminar.

Siento que algo ha cambiado entre nosotras después de compartir estos momentos y, por primera vez en años, no estoy asustada.

Capítulo 21

Laura

Llegamos a la estación de metro y nos detenemos al pie de las escaleras. Puedo ver en los ojos de Elena que tampoco quiere que este día termine. Ha sido perfecto: el almuerzo, la exposición, las conversaciones. Todo ha fluido de una manera que me hace pensar que esto puede ser posible.

—Ha sido una tarde perfecta —digo dando un paso más hacia ella—. Gracias por acompañarme.

—Gracias a ti por compartir algo que te apasiona —responde—. Me ha gustado ver el mundo a través de tus ojos.

Sonrío y me acerco un poco más. Puedo sentir la tensión entre nosotras, esa química que apareció desde la primera noche.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —digo, armándome de valor.

—Claro.

—¿Qué planes tienes para el resto de la tarde?

Veo la sorpresa en su expresión. Probablemente, pensaba que nos despediríamos aquí, pero no estoy lista para que se vaya. Quiero prolongar este día lo más que pueda.

—Ninguno en particular —admite—. ¿Por qué?

—Hay un mercadillo de libros antiguos no muy lejos de aquí —digo, sintiendo una sonrisa tímida en mis labios—. Pensé que quizás te gustaría echar un vistazo. Si no tienes prisa por irte, claro.

—Me encantaría —responde sin dudar, y mi corazón da un pequeño salto de alegría.

Cambiamos de dirección y nos dirigimos hacia el barrio donde está el mercadillo. Le indico dónde está la cafetería que hace el mejor café, dónde compro muchas de las cosas que necesito para la fotografía. Todo esto que le muestro forma parte de mi mundo.

—¿Vienes mucho por aquí? —pregunta mientras caminamos.

—Es mi barrio favorito. Mi estudio está a unas pocas calles. Este lugar me inspira.

Cuando llegamos al mercadillo, veo la reacción de Elena. Sus ojos se iluminan de una manera que me hace sonreír. Es como ver a una niña descubrir un tesoro.

—Esto es el paraíso —murmura, acercándose al primer puesto.

Me río sin poder controlarme al ver su emoción.

—Sabía que te gustaría.

Nos separamos para explorar, pero siempre me fijo en ella. Me encanta verla disfrutar; toca los libros con sumo cuidado, lee las contraportadas, comprueba la edición. Es preciosa cuando está completamente absorta en algo que ama.

De vez en cuando le muestro algún libro de fotografía, y ella me enseña primeras ediciones. Es como si estuviera compartiendo conmigo los pequeños tesoros que ha descubierto.

Ahora está con un libro entre las manos y su expresión es entre alegría y nostalgia, toca las hojas con delicadeza, cuando ha terminado de contemplarlo, alza la mirada y me sonríe mientras yo me acerco a ella.

—¿Ese libro significa algo especial para ti? —pregunto cuando llego a su altura.

—Lo publicamos hace algo más de diez años —explica—. Fue uno de mis primeros proyectos importantes como directora de marketing. El autor era completamente desconocido.

—¿Y funcionó?

—Mejor de lo que esperábamos. Ganó un premio literario menor y ahora es uno de nuestros autores más exitosos.

—Debe ser increíble poder influir en la carrera de un escritor de esa manera.

—Es lo que más me gusta —admite, aunque su expresión cambia de pronto—. O me gustaba. Ya no sé qué pasará con la editorial.

—¿Sigues sin decidir qué hacer con la propuesta de Jorge y Marcos?

Veo cómo se sorprende de que recuerde los detalles. Por supuesto que lo recuerdo. Todo lo que me cuenta es importante para mí.

—Es complicado —suspira—. Ayer Fernando me contó algo que cambió mi perspectiva sobre ellos.

Escucho atentamente mientras me cuenta sobre su conversación con Fernando, sobre las irregularidades que están investigando. Puedo ver lo confundida y frustrada que está, lo mucho que necesita

hablar de esto con alguien que pueda ofrecerle una perspectiva objetiva.

—Debe ser frustrante no saber en quién confiar —digo cuando termina.

—Exacto. Pensé que estaba tomando la decisión correcta, pero ahora me doy cuenta de que no sé nada.

—¿Te puedo dar mi opinión? —pregunto.

—Por favor.

—Creo que deberías confiar en tu instinto. Tú conoces a estas personas mejor que nadie. ¿Qué te dice tu intuición sobre Jorge y Marcos?

La observo mientras intuyo que tiene una batalla en su mente.

—Mi instinto me dice que son buenas personas —responde—. Pero Fernando también lo es, y está claramente preocupado.

—¿Y si hablaras directamente con Jorge? —sugiero—. Sin acusaciones, solo preguntándole sobre las irregularidades que mencionó Fernando.

—No sé si debería ir directamente a hablar con él, si es verdad, lo negará y, si no, también lo hará. Es complicado.

—Sé que lo es, pero esto te está afectando y al final tienes que tomar una decisión sobre tu futuro.

Se queda en silencio, no sé si para buscar las palabras correctas o para procesar lo que le acabo de decir.

—Creo que tienes razón —dice finalmente—. Hablaré con Jorge mañana.

—¿Te sientes mejor?

—Sí, creo que contártelo me ha servido para desahogarme.

Seguimos caminando mientras le cuento anécdotas que me han pasado con algunos trabajos. Ella me cuenta sobre manuscritos disparatados que a veces le llegan.

—Era porno —dice alzando las manos.

Sin darnos cuenta, llegamos a una plaza y hay unos puestos, compramos unos cafés y nos sentamos en uno de los bancos.

—Necesito hacerte una pregunta —digo en voz baja.

—Adelante.

—¿Qué es lo que más te asusta de todo esto? De nosotras.

—Que me guste demasiado —admite—. Que me acostumbre a sentirme así de cómoda contigo y luego te aburras de mí.

—¿Por qué me iba a aburrir de ti?

—Porque soy predecible. Porque tengo rutinas. Porque no soy espontánea como las personas de tu edad.

Me giro en el banco para mirarla. Necesita ver mis ojos cuando le diga esto.

—Elena, ¿tú crees que esto es aburrido? —pregunto, señalando el espacio entre nosotras—. ¿Crees que pasar la tarde contigo, hablando de arte, de libros, de la vida, es predecible?

—No —admite en voz baja.

—Entonces, deja de asumir lo que yo quiero o necesito. Déjame decidir por mí misma si me aburro o no.

Puedo ver cómo mis palabras le afectan. Está proyectando todos los miedos de su relación pasada en nuestra situación, y necesita entender que yo no soy Isabel.

—Tienes razón —dice—. Lo siento.

—No te disculpes. Solo confía en esto un poco más. Confía en mí.

—Tengo vértigo —reconoce.

—Es normal, ¿crees que yo no lo tengo?

La observo mientras niega con la cabeza.

—Lo tengo, Elena, pero no por ello quiero huir de esto.

Bebo un sorbo de café mientras ella hace lo mismo. La tarde ya está cayendo y sé que esto se acaba, aunque de nuevo no quiero.

—Laura —dice de repente.

—¿Sí?

—Sobre lo de fotografiarme, creo que me gustaría intentarlo.

Su propuesta me emociona y una sonrisa se instala en mis labios.

—¿En serio?

—En serio. Pero con una condición.

—¿Cuál? —pregunto con curiosidad.

—Que sea algo gradual. No estoy lista para posar, solo momentos naturales.

—Vale —digo con alegría—. Es perfecto como lo propones.

Nos ponemos de pie para marcharnos y caminamos hacia el metro, en silencio, solo paseando por las calles.

—Me dijiste que tu estudio es por aquí —dice de pronto Elena.

—Sí —confirmo.

—¿Me lo mostrarías? —pregunta mordiendo su labio inferior.

Me parece tan tierno la forma de pedirlo, como si fuese algo prohibido, las dos solas en un espacio donde nadie puede vernos, donde estaremos ella y yo a solas.

—Por supuesto.

Mientras caminamos hacia el estudio, siento cómo su mano roza la mía. Sin pensarlo, la sujeto. Elena no retira su mano. En cambio, entrelaza sus dedos con los míos, y siento cómo mi interior explota de felicidad.

Por primera vez en mucho tiempo, no tengo miedo del futuro. Solo tengo ganas de descubrir todo lo que puede surgir.

Capítulo 22

Laura

Camino junto a Elena hasta mi estudio, nuestras manos siguen entrelazadas. Siento una mezcla de nervios y emoción. Nunca había llevado a alguien a ese espacio que conociera desde tan poco tiempo. Quiero compartir mi mundo, enseñarle esta parte de mí que pocos conocen.

—Es aquí —digo deteniéndome frente al edificio.

Accedemos y llegamos hasta la puerta de mi espacio, la abro y la invito a pasar. La miro mientras veo cómo accede al interior, su expresión es de asombro por ver los cuadros con fotografías enmarcadas en las paredes.

—Bienvenida a mi mundo —digo mientras enciendo la luz para que se vea todo mucho mejor.

—Es precioso —responde, girándose para mirar todo alrededor.

Me encanta ver cómo sus ojos recorren el lugar, cómo se detiene al mirar alguna de las fotos. Se acerca a la pared donde tengo colgadas algunas de las fotos de mi proyecto Máscaras.

—¿Son parte de tu nuevo trabajo? —pregunta, señalando los retratos.

—Algunas, sí —respondo acercándome a ella—. Intento capturar momentos íntimos, esos cuando las personas olvidan que están siendo fotografiadas.

—Lo consigues —dice mientras sigue observando los detalles.

Elena sigue mirando todo alrededor, se detiene en algunas y en otras, simplemente las mira sin mostrar curiosidad. Cuando ya está satisfecha, se gira y me mira con una intensidad que hace que mi corazón se acelere.

—¿Quieres algo de beber? —pregunto para romper la tensión—. Tengo vino, cerveza, agua…

—Agua, por favor —me pide.

Me dirijo a la pequeña nevera que tengo y saco el agua, la sirvo en los vasos y se la entrego. Nos sentamos en el sofá que tengo de descanso. Hay cierta distancia entre nosotras, pero puedo sentir la tensión del momento. Elena sigue observando a su alrededor.

—Este lugar es maravilloso —comienza a decir—. Es parte de ti, de cómo ves a las personas, tu autenticidad como artista, simplemente increíble.

—Gracias —respondo—. Este estudio es mi refugio. No suelo traer a mucha gente aquí.

—¿No? —pregunta sorprendida—. ¿Por qué me has traído a mí?

Me giro para mirarla directamente a los ojos. Tengo ganas de besarla, pero sé que tengo que controlar mis impulsos.

—Porque quería compartir esto contigo. Es una parte de mí que no muestro a todo el mundo.

Me mira expectante, como si deseara algo, pero no se atreviera a decirlo o hacerlo. Deja su vaso en la pequeña mesa y sigue con la mirada puesta en mí. Me pierdo en sus ojos.

—Elena —digo en voz baja—. Hay algo que quiero hacer desde que te vi.

—¿Qué? —susurra, aunque por la forma en que me mira, sé que lo sabe.

Me acerco lentamente, dándole tiempo para que pueda alejarse, pero no lo hace. En cambio, se inclina hacia mí, eliminando el espacio que queda entre nosotras.

Sus manos se enredan en mi pelo, mientras el beso es más intenso. Yo la atraigo hacia mí hasta que al final queda a horcajadas encima de mí en el sofá. Ahora son mis manos las que se enredan en su melena, las que exigen más contacto; nuestras lenguas bailan sabiendo ya lo que desean.

Elena se separa y apoya su frente contra la mía, nuestras respiraciones están agitadas, mis manos siguen aferradas a su cintura, mientras las de ella se apoyan en el respaldo del sofá.

—No hay prisa —susurro.

—Quiero esto —afirma mientras se separa de mí para mirarme a los ojos.

Coloco el mechón de pelo detrás de su oreja, mientras el deseo arde por dentro. Tiro de ella y nuestras bocas vuelven a estar juntas. El beso de ahora es con más ansia, esa de que quieres que haya más, que no se quede solo en eso.

Mis manos bajan hasta su cintura y las cuelo por debajo de su blusa, noto cómo un suspiro escapa de su boca al notar el contacto. Subo por el costado hasta llegar a sus pechos y apretarlos por encima del sujetador. Elena se separa de nuevo y me mira con cara de deseo. Mi cuerpo se estremece y, antes de que pueda quitarle la blusa, ella aparta mis manos.

Aprieto mi mandíbula pensando que ya no quiere, que hasta aquí ha llegado esto. Tengo que saber controlar todo esto que estoy sintiendo. Pero veo que ella tiene otros planes, comienza a desabotonarla bajo mi mirada. Cuando voy a ayudarla, vuelve a sujetar mis manos y niega con la cabeza mientras vuelve a besarme.

—Quiero que mires —susurra contra mi boca.

Siento cómo mi cuerpo tiembla de deseo. Elena es consciente del efecto que tiene en mí. Parece disfrutar con esta tortura. Cuando la blusa ya no está sobre su cuerpo, sujeta una de mis manos y la pasa por el canalillo que forman sus pechos. Mi respiración cada vez es más agitada, ella parece disfrutar con la situación, y a mí esto me está matando.

Decido tomar el control, me incorporo y atraigo a Elena y la beso. Me aparto y ahora aprieto sus pechos de nuevo mientras la miro a los ojos. Veo cómo arquea la espalda, está tan agitada como yo. Paso mis manos hasta la espalda y desabrocho el sujetador, ella lo deja caer por sus brazos. Ahora está desnuda de cintura para arriba, y las vistas me parecen increíbles.

—¿Vas a lamer o te lo tengo que pedir? —pregunta con voz ronca.

—Si me lo pides, es más excitante —susurro contra su boca.

—Lame.

Sujeto primero su cara y vuelvo a besarla, subo mi mano, sujeto un pecho, me separo y paso mi lengua por el pezón mientras mis ojos intentan mirar a los suyos. Noto a Elena agitarse, sigo lamiéndola, hasta que lo atropo con mi boca y lo succiono.

—Joder —se escapa de su boca sin poder controlarlo.

Alterno mi boca entre un pecho y otro, Elena cada vez está más excitada, sus pezones están duros y ella comienza a mover su pelvis para tener contacto de su sexo con mi muslo. Sé que necesita que la toque, pero me encanta tenerla así.

—Quiero… que… —no puede hablar por la agitación.

—¿Qué? —pregunto, aunque sé la respuesta.

—Más, necesito más —pide.

—No te entiendo —digo siguiendo este juego que me abrasa por dentro.

Elena se pone de pie, se quita el pantalón y las bragas a la vez y se vuelve a colocar a horcajadas encima de mí, coge mi mano derecha, mete dos de mis dedos en su boca para chuparlos y baja la mano hasta que entran en su sexo. Cuando siento cómo entran, tanto ella como yo suspiramos a la vez.

—Esto quiero —susurra contra mi boca, mientras comienza a moverse.

Mis dedos entran y salen al ritmo que ha marcado ella, mientras mi pulgar toca su clítoris. Con la otra mano libre sujeto su cara para poder mirar mientras está sintiendo el placer que le producen mis dedos dentro. No tarda mucho en estallar, el orgasmo le llega. Noto

cómo mis dedos son apretados y su cuerpo comienza a tener espasmos hasta que termina. Apoya su cuerpo sobre el mío.

Acaricio su espalda mientras ella se relaja. Miro el lugar donde estamos, no estaba en mis planes que pasara aquí la primera vez, a decir verdad, con Elena no puedo tener ningún plan, porque las cosas suceden porque sí, sin planearlas y es algo que me gusta.

—¿En qué piensas? —pregunta sin levantar la cabeza que sigue apoyada en mi hombro.

—En que no pensaba que esto pasaría aquí —respondo siendo sincera.

Elena se incorpora y me mira ladeando su cabeza.

—¿Te arrepientes?

—Claro que no. Jamás me arrepentiría de algo que pasara entre nosotras.

Elena sonríe y me besa. Ahora baja su mano y, tras incorporarse un poco, sube mi vestido y cuela su mano entre mis piernas.

—¿Tengo que pedirte que las abras? —pregunta contra mi boca.

No respondo, simplemente las abro lo máximo que puedo y ella aparta un poco mis bragas y cuela sus dedos. Estoy empapada y lo nota enseguida. Con la otra mano hace que la mire, ya que había echado la cabeza hacia atrás al sentirla.

—Mírame —exige.

Lo hago, la miro y me pierdo en sus ojos. Suspiro al sentir cómo se mueve, pero yo necesito más contacto y ella se da cuenta. Se levanta, hace que levante mi culo y me quita las bragas. Lo que hace después no me lo espero. Elena se pone de rodillas, hace que

mi culo quede al borde del sofá y hunde su cara en mi sexo. Primero pasa su lengua sobre mi clítoris, sintiendo lo hinchado que está. Vuelve a alzar la vista, muerde sus labios y vuelve a mi sexo. Lame, chupa y succiona hasta que mis gemidos se escuchan cada vez más alto, hasta que ya no puedo más y con un último suspiro mi cuerpo comienza a temblar después de llegar al clímax.

Terminamos tumbadas en el sofá completamente desnudas, Elena con su cabeza apoyada en mi pecho y yo acariciando su espalda.

—¿Estás bien? —pregunto dejando un beso en su frente.

—Perfectamente —dice incorporándose, apoyando un brazo entre el respaldo y mi cuerpo—. ¿Y tú?

—De maravilla —respondo sonriendo.

Elena vuelve a apoyarse en mí. Ya es de noche, no sé la hora exacta, pero ya no entra luz por las ventanas.

—Creo que es tu móvil —digo cuando siento una vibración que proviene del bolso.

—No quiero cogerlo —susurra hundiendo la cara en mi pecho mientras me rodea con su brazo.

Sonrío al escucharla, pero el móvil sigue vibrando, alguien insiste, y creo que no va a parar hasta que Elena no lo coja.

—Debe ser importante —digo acariciando su pelo.

Elena resopla, se levanta y busca su móvil en el bolso. Cuando ve el nombre en la pantalla, ya es tarde, han vuelto a colgar.

—Mierda, es Daniel, mi hijo.

Elena devuelve la llamada y se aparta, se coloca junto a la ventana sin ser consciente de que está completamente desnuda y que con las luces la pueden ver desde el exterior. Aunque la iluminación es tenue, si alguien se fija la verá. Me levanto y apago la luz. Ahora se cuela la luz de la farola al interior del estudio. Ella sigue hablando, no presto atención a lo que dice, pero ese momento me parece una pena no inmortalizarlo. Cojo mi cámara de fotos y comienzo a fotografiarla sin que ella sea consciente de que lo hago.

Cuando Elena termina la llamada se gira y me pilla con la cámara en las manos, sonrío al sentirme pillada.

—Me diste permiso —me justifico.

—Cierto —dice avanzando hasta donde estoy yo, deja el móvil en la mesa y sigue hasta que está su cuerpo pegado al mío—. Pero las fotos eran vestidas —indica contra mi boca.

—Es que te veías increíble.

—¿Por eso apagaste las luces? —pregunta mientras yo dejo la cámara encima de la mesa, que ya me sobra.

—No, las apagué porque desde el exterior podían verte.

—¿No quieres que me vean?

—Vestida me da igual, desnuda, no quiero —afirmo tragando saliva.

Elena pasa uno de sus dedos por el canalillo que forma mi pecho, baja y vuelve a subir hasta que llega a mi mentón y hace que la mire.

—¿Era importante?

—¿El qué? —pregunta ella sin apartar su mirada de mis ojos.

—Tu hijo.

Elena niega, se acerca a mis labios, saca la lengua y la pasa por mis labios.

—Joder —suspiro.

—Habíamos quedado para cenar, antes de ir quería confirmar que estaba. Él sabía que iba a salir. Dedujo que me había entretenido con una fotógrafa.

—Sabe que…

—Sabe que he quedado con una chica.

Miro a Elena y ladeo mi cabeza mordiendo mi labio inferior. El deseo crece en sus ojos, igual que en los míos. Estamos las dos de pie completamente desnudas, en mi estudio, mi lugar, mi templo, ese que jamás había usado de esta manera, y me siento feliz de que Elena esté aquí.

—Tengo que marcharme —dice Elena—, pero no quiero.

Tiro de la nuca de Elena y comenzamos a besarnos. A trompicones llegamos hasta la mesa, hago que apoye el culo en ella y sin dejar de besarla la penetro, sintiendo cómo suspira. Mis dedos están dentro, comienzo a bombear en su interior, mientras la respiración es cada vez más acelerada, y en este lugar que es cómplice de nuestros deseos, hago que la mujer que tengo delante llegue al orgasmo en un grito acallado contra mi hombro.

Capítulo 23

Elena

Son las ocho de la mañana cuando llego a la oficina. Anoche llegué tarde a casa después de estar con Laura en su estudio. El recuerdo de lo que pasó entre nosotras hace que mi cuerpo se estremezca. Nunca pensé que me entregaría así a alguien que apenas conozco, pero con ella simplemente me dejé llevar.

Eran pasadas las doce de la noche cuando salimos del estudio. Cogimos un taxi y primero me bajé yo y después ella siguió hasta su apartamento. Nos despedimos con un suave beso dentro del coche y con la promesa de que volveríamos a quedar.

Ahora, mientras camino por el pasillo hacia mi despacho, siento la mirada de algunos compañeros. Seguramente ya saben que hoy habrá despidos.

Veo a Sara con una taza en la mano.

—Buenos días —me saluda—. Te he traído café.

—Gracias, Sara. Lo necesito.

—¿Fin de semana intenso? —pregunta mientras entramos en la oficina.

No puedo evitar sonreír mientras me quito las gafas de sol y enciendo el ordenador.

—¿La exposición con Laura estuvo interesante?

—¿Cómo sabes que quedé con ella? —pregunto entrecerrando los ojos.

—Tengo contactos —dice ladeando la cabeza.

—Mónica —afirmo.

Observo a Sara y no cambia nada en su expresión a mi afirmación, solo espera una respuesta a su pregunta.

—Interesante estuvo.

Cuando veo que va a tomar asiento para lo que imagino que es un interrogatorio, mi móvil vibra, lo observo y es una llamada de Jorge. Sé que tengo que hablar con él.

Descuelgo.

—Buenos días, Elena. ¿Podemos hablar? Es urgente.

—Claro, dime.

—Te veo en la cafetería en diez minutos.

Cuelgo y Sara me mira con preocupación.

—¿Todo bien?

—No lo sé. Jorge quiere hablar conmigo. Después de lo que me dijo Fernando, estoy preocupada.

—¿Qué vas a hacer?

—Escuchar lo que tiene que decirme, pero antes voy a ir a hablar con Raquel. ¿Está por aquí?

—Sí, llegó temprano. Ahora ocupa el despacho de Fernando.

Camino hasta llegar al despacho que ahora es de Raquel, he hecho este recorrido miles de veces, encontrándome detrás de la puerta a Fernando, pero ahora es distinto, él no está. Toco la puerta y entro cuando me da paso.

—Elena, no te esperaba —se sorprende cuando levanta la vista de su ordenador.

—Necesito que seas clara conmigo —digo sin rodeos—. Sé que hoy habrá despidos. Necesito saber qué pasa conmigo.

Raquel me observa unos segundos antes de responder.

—Siéntate, por favor.

Tomo asiento frente a ella esperando lo peor.

—Elena, Meridiano cuenta contigo. Queremos que sigas liderando el marketing, pero con cambios estructurales.

—¿Qué tipo de cambios?

—Más enfoque en proyectos comerciales, menos recursos para autores emergentes sin potencial mediático. Lo que hablamos el otro día en la reunión.

—Eso va contra todo lo que representa Pluma Norte —protesto.

—Pluma Norte ahora es parte de Meridiano —me recuerda y se inclina apoyándose en la mesa—. Las cosas cambian. La pregunta es: ¿estás dispuesta a adaptarte?

Me mantengo en silencio, procesando sus palabras.

—¿Por qué me advertiste sobre Jorge y Marcos? —pregunto.

Realmente esa es la pregunta que he querido hacer desde que entré aquí para hablar con ella. Raquel resopla y se recuesta en la

silla, mirándome fijamente.

—Porque han estado desviando fondos de la editorial —responde sin rodeos—. La auditoría encontró irregularidades importantes. Fernando ha estado firmando cosas sin revisarlas, confiando ciegamente en ellos.

—¿Cómo? —pregunto mientras niego con la cabeza, no creyendo lo que estoy escuchando.

—Jorge ha estado inflando facturas y quedándose con la diferencia. Marcos ha estado negociando acuerdos privados con imprentas a cambio de comisiones personales.

No puedo creer lo que estoy oyendo. He trabajado con ellos durante años, confiaba en los dos.

—¿Cómo es posible que nadie se diera cuenta?

—Eso pasa cuando depositas toda tu confianza en las personas equivocadas —dice Raquel—. Por eso estamos reestructurando. No solo por eficiencia, sino porque necesitamos limpiar la casa.

—¿Y Sara? Me dijiste que habría cambios.

—Esa chica tiene potencial para otras cosas, no solo para llevarte la agenda. Tiene buen ojo para el marketing, lo ha demostrado en las campañas en las que ha colaborado.

Me siento mal por no haberle dado la oportunidad de crecer.

—¿Crees que se habría marchado si hubiera seguido en su puesto? —pregunta.

—Probablemente —admito—. Nunca le pregunté qué quería para su futuro.

—La gente necesita aspirar a algo más, Elena. Eso es lo que resulta difícil de entender. No todos están contentos quedándose en el mismo lugar.

Tiene razón en lo que dice. Me he centrado tanto en mi propia estabilidad que no he visto las necesidades de quienes me rodean.

—¿Qué pasará con Jorge y Marcos?

—Serán despedidos hoy. Ya hemos presentado la denuncia correspondiente.

Me levanto, sintiendo una mezcla rara entre traición y alivio. Al menos ahora sé la verdad.

—Gracias por ser clara con todo esto —digo y me dirijo a la puerta—. Aunque sigues cayéndome mal.

Raquel sonríe.

—No esperaba menos. No estoy aquí para caerte bien, Elena. Estoy aquí para hacer mi trabajo.

Regreso a mi despacho, intentando procesar toda la información. Miro mi móvil y tengo llamadas perdidas de Jorge, ahora no puedo enfrentar eso, primero tengo que ocuparme de otra cosa. Cuando entro, Sara está organizando unos documentos.

—Sara, ¿puedes sentarte un momento? Necesito hablar contigo.

Ella me mira sorprendida y toma asiento.

—¿Qué esperas de tu puesto en la editorial? —pregunto directamente.

Sara parpadea, veo la confusión por mi pregunta.

—¿A qué te refieres?

—¿Quieres ser asistente toda la vida? ¿O tienes otras aspiraciones?

Veo cómo duda antes de responder.

—La verdad es que... algún día me gustaría llegar a ser como tú —confiesa—. Me encanta el marketing editorial, pero nunca he tenido la oportunidad de desarrollarme en esa área.

—¿Por qué nunca me lo dijiste?

—Nunca preguntaste —responde con sinceridad—. Y temía que pensaras que no estaba contenta trabajando contigo.

Me siento avergonzada por no haber visto lo obvio.

—Lo siento, Sara. Debí haber prestado más atención a tus necesidades profesionales.

—No tienes que disculparte —dice con una sonrisa—. Has sido una gran jefa.

—A partir de ahora, quiero que tomes más responsabilidades en las campañas. Necesitamos reorganizar el departamento y creo que es hora de que tengas tu propia cartera de proyectos.

Sus ojos se iluminan con emoción.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente. Eres brillante, Sara. Es hora de que todos lo vean.

Mientras Sara sale del despacho, emocionada por esta nueva oportunidad, me quedo pensando en cómo todo está cambiando. La editorial, mi relación con Laura, mi visión del futuro.

No sé qué va a pasar, pero al menos voy dando pasos hacia un futuro que espero que sea mucho mejor.

Capítulo 24

Elena

Salgo de mi despacho para ir a la cafetería donde he quedado con Jorge. Al caminar por los pasillos, el ambiente está tenso. Todos parecen saber que hoy es un día decisivo para la editorial.

Cuando llego a la cafetería, Jorge ya está sentado en una mesa del fondo. Tiene aspecto de cansado, como si no hubiera dormido bien. Al verme, su rostro cambia.

—Gracias por venir —dice mientras me siento frente a él.

—¿De qué querías hablarme?

Jorge mira alrededor para asegurarse de que nadie nos escuche.

—Marcos y yo hemos estado hablando. Creemos que deberíamos adelantar nuestros planes. La situación se está precipitando.

Siento una mezcla de rabia y tristeza. Este hombre con quien he trabajado durante años, en quien confiaba, ha estado robando a la editorial. Y ahora quiere que me una a un proyecto con él.

—Jorge —digo en voz baja—, ¿hay algo que quieras contarme sobre irregularidades en la gestión financiera de Pluma Norte?

Su rostro cambia al instante. De la sorpresa inicial por mis palabras pasa a una expresión calculadora que nunca le había visto.

—¿Qué te han dicho? —pregunta tensando la mandíbula.

—Lo suficiente para saber que Meridiano no está haciendo cambios solo por estrategia comercial.

Jorge se inclina hacia adelante, bajando aún más la voz.

—Son acusaciones infundadas por esa mujer, Elena. Está buscando excusas para deshacerse de nosotros.

—¿Crees que soy idiota?

—Esa mujer es una arpía que utiliza al personal, seguro que va a ir a por ti, pero primero te engatusará, eres su tipo de mujer.

Miro a Jorge mientras no me creo lo que estoy escuchando. Pretende defenderse atacando a Raquel.

—Me acusa porque yo no soy su tipo, ni le bailo el agua a esa bollera…

—¡Basta! —grito haciendo que todos alrededor me miren—. ¿Niegas haber inflado las facturas? ¿Niegas que Marcos haya estado recibiendo comisiones de las imprentas? —pregunto bajando la voz.

Se queda en silencio mientras su cabeza debe de estar buscando otra excusa.

—Pensaba que eras más inteligente —comienza a decir—. Todos aquí han tomado su parte. Fernando incluido. ¿De verdad crees que no sabía lo que estaba pasando?

—No voy a participar en esto, Jorge —digo poniéndome de pie—. Y desde luego, no voy a unirme a un proyecto contigo.

—Te arrepentirás —amenaza–. Cuando Meridiano te eche a la calle, recordarás este momento.

Lo miro con lástima. Este hombre ha sacrificado su integridad por dinero, y ni siquiera parece arrepentido.

—Adiós, Jorge.

Regreso a mi despacho, sintiendo una extraña calma. He tomado mi decisión. Trabajaré con Meridiano para reconstruir la editorial, para intentar mantener la esencia de Pluma Norte.

Sara está en su mesa y se pone de pie en cuanto me ve.

—¿Está todo bien? —pregunta, notando mi expresión seria.

—Sí. Creo que por fin veo las cosas con claridad.

Mi teléfono vibra con un mensaje. Es Laura.

Laura: Buenos días. No puedo dejar de pensar en ayer. ¿Estás bien?

Su mensaje hace que sonría por primera vez en la mañana.

Yo: Mejor que bien. Aunque algo ocupada con la situación en la editorial. ¿Cenamos esta noche?

Laura: Me encantaría. ¿En tu casa?

Dudo un momento. Llevarla a mi casa es un paso importante, pero después de lo que compartimos ayer, es lo justo, ella me mostró su espacio.

Yo: Perfecto. Te mando la dirección. A las ocho en mi casa.

Pienso que ella ya sabe dónde vivo, pero por si acaso es mejor mandar la ubicación.

A las doce en punto, se convoca una reunión general en la sala de conferencias. Cuando entro, veo que Raquel está de pie al frente, junto a otros ejecutivos de Meridiano. Jorge y Marcos no están por

ningún lado. Somos pocos de Pluma Norte, pero me agrada ver a Marta allí. Saber que, por lo menos, Recursos Humanos no ha participado de lo que Jorge insinuó que hacían todos.

Raquel comienza la reunión explicando la reestructuración. Como era de esperar, hay recortes. Pero también hay sorpresas positivas: mantienen a la mayoría de los editores, aumentan el presupuesto para digitalización, y anuncian un programa de desarrollo para talentos internos.

—Queremos conservar la esencia de Pluma Norte —dice Raquel —, pero corrigiendo los errores del pasado. Esto significa más transparencia, mejores controles y, sobre todo, un compromiso renovado con la calidad literaria.

Después de la reunión general, Raquel me pide que me quede. Nos reunimos con otros directivos para detallar los próximos pasos. Me sorprendo al descubrir que han tenido en cuenta muchas de mis sugerencias sobre cómo mantener el equilibrio entre lo comercial y lo cultural.

—Nunca quisimos destruir lo que hace especial a Pluma Norte — me explica Raquel—. Solo necesitábamos limpiar los problemas estructurales.

—¿Qué pasará con los autores como David Ruiz? —pregunto.

—Mantendremos su contrato. De hecho, queremos que sigas trabajando con él directamente. Confiamos en tu criterio.

Salgo de la reunión con una sensación de alivio. No todo es perfecto, pero es mucho mejor de lo que temía. Hay un futuro para Pluma Norte, uno en el que quiero participar.

Al volver a mi despacho, encuentro a Sara esperándome.

—¿Y bien? —pregunta nerviosa.

—Nos quedamos —respondo—. Y tendrás tu oportunidad de crecer aquí.

Su sonrisa lo ilumina todo, tanto que por un momento me siento mal por nunca haber hablado con ella de esto. Veo cómo su mandíbula tiembla, está emocionada y dejo que se calme.

—¿Qué pasó con Jorge y Marcos? —pregunta más tranquila.

—Han sido despedidos esta mañana, antes de la reunión. Ahora toca que todo vaya por los juzgados, pero si todo es como dice Raquel, que incluso Jorge confirmó, poco pueden hacer.

—¿Qué les puede pasar?

—Dependerá de si el juicio es penal o civil. Creo que intentarán llegar a un acuerdo.

—Nunca me gustó Marcos —confiesa—. Siempre fue demasiado…

—¿Arrogante? —interrumpo.

—Exacto.

El resto del día me lo paso entre reuniones y ajustes. Cuando miro el reloj, son casi las seis. Recuerdo en ese momento que no puedo entretenerme mucho, Laura irá a casa.

—Me voy a casa —le digo a Sara.

—¿Tienes planes? —pregunta con curiosidad.

—Quizá —respondo sin poder contener una sonrisa.

En el camino a casa, voy al supermercado para comprar los ingredientes para la cena. Quiero hacer algo especial, pero no

demasiado elaborado. Decido preparar pasta con langostinos y vino blanco.

Mientras cocino, pienso en todo lo que ha pasado en los últimos días. Mi vida ha dado un giro inesperado. Hace una semana, estaba atrapada en mi rutina, aterrada de cualquier cambio. Ahora estoy adaptándome a una nueva realidad laboral y, lo más sorprendente, abriéndome con alguien que jamás hubiera considerado antes.

A las ocho menos diez, el timbre suena. Laura ha llegado temprano. Respiro hondo, me miro una última vez en el espejo y voy a abrir.

Está ahí, con una botella de vino en la mano. Lleva un vestido negro sencillo que le sienta increíblemente bien.

—Hola —dice con una sonrisa—. Espero no haber llegado demasiado pronto.

—Llegas justo a tiempo —respondo, haciéndome a un lado para dejarla entrar.

Laura entra y mira alrededor, observando mi apartamento con curiosidad.

—Es exactamente como lo imaginaba. Elegante, ordenado, con personalidad.

—¿Eso es bueno o malo? —pregunto.

—Es perfecto —responde, acercándose para besarme suavemente en los labios—. Como tú.

Cojo la botella de vino y la pongo encima de la mesa, después tiro de ella y nos volvemos a besar. Sentir esos labios de nuevo hace

que me estremezca. Laura pega mi espalda a la pared y pasa sus manos por debajo de mi camiseta.

—Tenemos que parar —susurro contra su boca.

—No quiero —protesta.

Agarro sus manos y las saco para evitar su contacto, las paso por detrás de su espalda y muerdo su labio inferior tirando un poco de él.

—La cena está lista —digo conteniendo las mismas ganas que tiene ella de que nos dejemos llevar.

—Yo ya estaba cenando —protesta.

Comienzo a reír y contagio a Laura.

—Vamos a cenar, peligro.

—Y yo pensando que ibas a ser mi comida —dice arrugando la nariz.

—Después, si te portas bien.

Laura pasa la lengua por sus labios más despacio, hace que mi cuerpo se estremezca por completo. Estoy perdida con esa mujer, aunque por primera vez en mucho tiempo me siento segura.

Capítulo 25

Laura

—¿Cómo fue tu día? —pregunto cuando Elena toma asiento.

Elena comienza a contarme lo que ha pasado en la editorial mientras cenamos. En cómo la responsable de Meridiano le dijo que había compañeros que estaban inflando facturas y cobrando comisiones y cómo está más tranquila porque parece que la nueva dirección quiere mantener la esencia de la editorial.

—Pareces aliviada.

—Lo estoy, aunque todavía queda el proceso de cambio. Tenía miedo de elegir y resulta que hay caminos alternativos.

—La vida suele ser así —aseguro—. Raramente es blanco o negro.

Después de cenar, le ayudo a recoger la mesa y llevar los platos a la cocina. Cuando vuelvo al comedor, me fijo en una estantería donde hay fotografías. Hay varias de un chico que imagino que es su hijo, Daniel. En una de ellas, aparecen los dos juntos.

—Tu hijo se parece mucho a ti —comento cuando entro en la cocina.

—Eso dicen —comenta con orgullo—. Aunque también tiene cosas de su padre.

—¿Mantienen buena relación?

—Regular, Daniel tiene contacto con su abuela y tía; con el padre es complicado, aunque habla de vez en cuando con él. Pero entre su padre y yo, digamos que nuestras personalidades nunca encajaron. Por eso no duró.

Apoyo el culo en la encimera mientras observo a Elena fregar los platos. Podría quedarme en su mirada para siempre.

—¿Qué hay de tu familia? —dice cogiendo un paño para limpiarse las manos.

—No estoy casada, ni tengo hijos.

Elena sonríe mientras pone los ojos en blanco.

—¿Qué quieres saber?

—Háblame de ti, ¿dónde naciste? ¿Tus padres?

—Para llevarme a la cama no hace falta que te hable de mi pasado, Elena. Con besarme es suficiente.

—Idiota —dice dándome con el paño que tiene en las manos.

—Agresiva encima —comento riendo.

Elena tira de mí y me besa, después se separa y hace que la siga hasta el sofá, donde tomamos asiento.

—¿Y bien? Quiero conocerte más —pide.

—Soy de Valencia, me quedé aquí después de terminar la universidad. Siempre tuve el apoyo de los dos, aunque mi padre no lo entendiera al principio, eso de quedarme aquí y dedicarme exclusivamente a la fotografía.

—Siempre intentamos proteger a los hijos. Que no cometan los mismos errores que cometimos, que la vida les sea más liviana.

—Así no aprendemos, Elena. Necesitamos correr nuestros propios riesgos, caernos y levantarnos.

No dice nada, sé que en el fondo sabe que lo que le digo es verdad, pero también puedo comprender el instinto de proteger a los que queremos.

Seguimos hablando de cómo tomé decisiones hasta llegar a ser quien soy ahora. Un artista que pronto tendrá su segunda exposición.

—¿Y tú? —pregunto—. ¿Siempre quisiste trabajar en una editorial?

—No —confiesa—. Quería ser escritora. Pero luego vino Daniel, y necesitaba algo más estable.

—¿Sigues escribiendo?

—A veces. Pequeñas cosas, nada serio.

—Me gustaría leer algo tuyo algún día.

—Quizá algún día —responde y puedo ver que ese tema la pone vulnerable, como si no confiara en lo que hace.

Continuamos hablando ya de temas más banales y, mientras la observo, me hago preguntas: ¿qué somos realmente? ¿Estamos saliendo? ¿Esto es solo una aventura para ella? Tengo miedo de hacerlas y que esta burbuja se rompa. Quiero pasar más tiempo con ella, conocerla mejor, que me conozca, antes de arriesgarme a definir lo que tenemos.

—¿En qué piensas? —pregunta—. Te has quedado callada de repente.

—Pensaba en lo bien que estoy aquí a tu lado —respondo con honestidad—. En lo fácil que es hablar de cualquier cosa, estar contigo me parece increíble.

Elena sonríe y se acerca más, eliminando la distancia entre nosotras. Toma mi mano y la entrelaza con la suya.

—Yo también estoy bien contigo, Laura —dice en voz baja—. Mejor de lo que he estado en mucho tiempo.

Esas palabras hacen que mi corazón se acelere. Quizá no necesito preguntar ahora mismo qué somos. Quizás es suficiente saber que ambas queremos estar juntas en este momento. Lo que importa es el ahora.

Elena acorta la distancia y me besa. Nuestras lenguas recorren el interior de nuestras bocas, el beso cada vez se vuelve más intenso y Elena termina sentada a horcajadas. Recorro con mis manos su espalda hasta terminar en su culo y apretarlo. Suspira y se separa.

—No quiero que sea en el sofá —dice pegando su frente a la mía.

Nuestros pechos suben y bajan debido a la agitación. Necesito seguir besándola, pongo mis manos en su rostro, la separo y la acaricio.

Ella se pone de pie y tira de mí hasta que me lleva a su habitación. Una vez dentro, Elena se gira y nuestras miradas vuelven a conectar. Hace que me gire y comienza a bajar la cremallera de mi vestido despacio, tomándose todo el tiempo del mundo. En un momento se detiene para apartar mi pelo del cuello y deja un beso,

haciendo que toda mi piel se erice. Sigue bajando la cremallera y me hace girar hasta que nuestros ojos se encuentran, hace que mi vestido se deslice quedando en ropa interior frente a ella.

Ahora soy yo la que me deshago de su camiseta y tiro de su pantalón para atraerla un poco más y desabrochar el pantalón.

Nos miramos por un momento, las dos en ropa interior, intento calmar el deseo de que las cosas pasen apresuradas, contengo esas ganas de devorarla. Acaricio su brazo con el dorso de mi mano, noto cómo la piel se le eriza, vuelvo a subir y coloco la mano en la nuca y tiro de ella hasta que nuestros labios se vuelven a encontrar, al principio es calmado, pero después la pasión se apodera de nosotras y comenzamos a quitarnos el sujetador seguido de las bragas.

Caminamos hasta que sus piernas chocan con la cama, hago que se tumbe y recorro su cuerpo entre besos. Elena suspira y se mueve mientras intenta buscar contacto de su sexo con alguna parte de mi cuerpo. Levanto la cabeza y la observo, haciendo que ella abra los ojos y casi suplique. Vuelvo a besar cada centímetro de su cuerpo, primero sus pechos, después su vientre, y cuando llego al pubis vuelvo a detenerme.

—Laura, por favor —pide.

Elena arquea la espalda cuando mi lengua comienza a jugar con su clítoris. Su respiración es cada vez más rápida, la muevo al compás que pide, hasta que estalla en un orgasmo. Su cuerpo comienza a temblar y agarro sus caderas, haciendo que grite y se mueva para evitar que siga tocando su zona sensible.

Me separo y subo hasta llegar a su boca y besarle, me acuesto a su lado y ella apoya su cabeza en mi pecho, intenta relajarse.

Acaricio su espalda mientras pone las pulsaciones a un ritmo normal.

—Eres increíble —murmura y deja un beso en mi pecho.

Elena va bajando la mano por mi vientre y yo comienzo a suspirar sabiendo que va a llegar a mi sexo. Alzo mi pubis exigiendo que quiera ser tocado, ella lo hace, pero se deleita. Primero pasa sus dedos por los costados sin tocar mi zona más erógena, mueve dos dedos dejando la vulva en el medio. Comienzo a jadear mientras muevo sin parar mis caderas, parece ser una experta en darme la tortura y el placer justo. Cuando ya ve que me muevo con más ímpetu, sus movimientos son más rápidos y estallo en un orgasmo.

La escucho sonreír satisfecha, mientras yo tengo las manos en mi cara recuperándome, Elena se incorpora y abandona mi pecho y me mira a los ojos retirando una de mis manos. Deja un beso en mis labios y vuelve a la posición que estaba.

—Podría acostumbrarme a esto —susurro, acariciando su espalda.

Siento cómo se estremece por mi afirmación.

—Yo también —responde.

No sé qué nos depara el futuro, ni siquiera sé si esto que tenemos tiene nombre. Pero ahora mismo no cambiaría este instante por nada.

Capítulo 26

Elena

La alarma suena sobresaltándome. Estiro la mano para apagarla y siento un cuerpo cálido junto al mío. Durante unos segundos estoy desorientada, hasta que los recuerdos de anoche vienen a mi mente. La cena, las conversaciones y después el deseo, las caricias y la pasión entre nosotras.

Laura se mueve, abriendo los ojos poco a poco. Cuando me ve, sonríe.

—Buenos días —susurra con voz adormilada.

—Buenos días —respondo, apartando un mechón de pelo de su cara—. ¿Dormiste bien?

—Mejor que nunca —dice estirándose—. Aunque no dormimos mucho, precisamente.

No puedo evitar sonreír. Es cierto que pasamos gran parte de la noche dándonos placer, hasta que el cansancio nos venció. No recuerdo cuándo fue la última vez que me sentí así.

Laura mira su teléfono y su expresión cambia.

—¡Mierda! —exclama, incorporándose de golpe—. Tengo una sesión de fotos en una hora. ¡Se me había olvidado por completo!

Se levanta y comienza a buscar su ropa.

—¿Quieres desayunar algo? Puedo preparar café mientras te duchas.

—No tengo tiempo —responde peleándose para subirse los vaqueros—. Necesito ir a mi apartamento, ducharme y cambiarme. La sesión es para una revista importante y no puedo llegar tarde.

Me levanto y me pongo una bata. Ella se viste a toda prisa.

—Lo siento —dice mirándome un momento—. No quería irme así.

—No te preocupes —la tranquilizo—. Lo entiendo.

Se acerca y me besa.

—Te llamaré más tarde, ¿vale?

—Vale.

La acompaño hasta la puerta y justo cuando la abro, veo a Rosa, mi vecina, saliendo de su casa. Maldigo la situación. No es que me avergüence de Laura, pero preferiría evitar que Rosa hiciera preguntas.

La mujer nos mira alternando entre Laura y yo. Una sonrisa se le dibuja y sé que me esperan preguntas.

—Buenos días —saluda Rosa.

—Buenos días —responde Laura—. Tengo prisa.

Rosa asiente y Laura deja un beso rápido en mis labios y se dirige al ascensor. Yo me quedo en el pasillo bajo la mirada de mi vecina.

—Me debes un café, Elena —dice Rosa.

Suspiro resignada. No hay forma de evitarlo, me hago a un lado y la dejo pasar. Cierro la puerta y sigo a Rosa, que se dirige a la

cocina.

—No es lo que parece —digo, mientras empiezo a preparar el café.

Rosa me observa y parece divertida con mi incomodidad.

—¿Y qué parece? —pregunta—. Porque a mí me parece que son dos personas que se quieren.

—Rosa, apenas nos conocemos —respondo, sacando las tazas—. Es demasiado joven.

—¿Demasiado joven para qué, exactamente? —apunta Rosa, arqueando una ceja—. Porque hasta donde yo sé, para pasar la noche juntas, no ha sido demasiado joven.

Siento cómo el calor sube por mis mejillas; no puedo creer que esté teniendo esta conversación con mi vecina.

—Sabes a qué me refiero. Ella está en otra etapa de su vida. Quizá quiera cosas que yo no voy a darle.

—¿Y por qué no le preguntas a esa muchacha qué espera de ti? —sugiere Rosa, aceptando la taza de café—. En lugar de decidir por ella.

—No es tan sencillo —aseguro tomando asiento.

—Nunca lo es —admite Rosa—. Pero lo que sí sé es que no todos los días se encuentra a alguien que te mire como lo hace ella.

—¿Y si no funciona? —pregunto casi en un susurro—. ¿Y si nos hacemos daño?

—¿Y si funciona? —responde Rosa—. ¿Y si es lo mejor que te ha pasado en años y lo dejas escapar por miedo?

No tengo respuesta para esas preguntas. Bebemos café en silencio, cada una sumida en sus propios pensamientos.

—¿Sabes qué fue lo último que me dijo mi Pedro antes de morir? —dice Rosa de repente—. "No me arrepiento de nada, mi amor. Ni un solo día contigo fue un desperdicio."

Sus ojos brillan, conteniendo las lágrimas.

—Eso es lo que deseo para ti, Elena. Que cuando mires atrás, no tengas arrepentimientos. Que hayas vivido, amado, incluso si duele a veces.

Sus palabras me conmueven. Rosa siempre ha sido sabia, pero esta mañana lo parece mucho más.

—Gracias, Rosa —digo, apretando sus manos arrugadas—. Lo pensaré.

—No pienses demasiado —advierte, guiñándome un ojo—. A veces, es mejor sentir.

Rosa se marcha; me meto en la ducha. Mientras lo hago, pienso en lo que ha dicho. Quizá tenga razón. Quizá estoy dejando que el miedo dicte mis decisiones en lugar de dar una oportunidad real a lo que siento por Laura.

Al llegar a la entrada del edificio de la editorial, veo un coche detenerse. Sara sale de él y se despide de alguien con un gesto. Agudizo la vista, sin poder creer lo que veo. ¿Es Mónica quien está al volante?

Sara entra al edificio sin verme. Saco mi móvil y llamo a Mónica.

—¿Dónde estás? —pregunto cuando descuelga.

—Buenos días a ti también —responde Mónica con tono divertido —. Estoy dirigiéndome al trabajo, ¿por qué?

—Por nada —digo, decidiendo que no puedo llamarla mentirosa por teléfono—. Solo quería saber si podíamos quedar esta semana.

—Claro. ¿Viernes?

—Perfecto.

Cuelgo más confundida que antes. ¿Qué está pasando entre Sara y Mónica? ¿Y por qué no me lo contarían?

Entro a la editorial y me dirijo a mi despacho. Sara ya está allí, organizando documentos en mi escritorio.

—Buenos días —saluda con una sonrisa—. Te he preparado un informe sobre los cambios en el departamento que Raquel aprobó ayer.

—Gracias, Sara —respondo, dejando mi bolso—. ¿Qué tal el fin de semana?

Noto cómo se tensa ligeramente antes de responder.

—Es que ayer tú me preguntaste y es justo que yo también te pregunte —intento buscar una excusa.

—Tranquila, ya sabes, lo normal. ¿Qué tal tú anoche?

—La noche bien —respondo—. ¿Y qué tal esta mañana? ¿Has llegado hace mucho?

—No, justo acabo de llegar —responde, evitando mirarme.

—¿Cómo has venido hoy? —pregunto, aunque sé que Sara ya se está extrañando.

—En el metro, como siempre. ¿Por qué?

—Por nada. Es que había mucho tráfico y pensé que quizá habías tenido problemas para llegar.

—No, todo normal —responde, claramente incómoda—. ¿Empezamos con la reestructuración?

Decido no presionar; si hay algo entre ellas dos, será mi amiga quien me lo cuente.

—Sí, vamos a ello —digo tomando asiento—. Tenemos mucho trabajo por delante.

Pasamos las siguientes horas trabajando juntas en la nueva estructura del departamento. Con los despidos y las renuncias de quienes no aceptaron las condiciones de Meridiano, necesitamos reorganizar completamente nuestro equipo.

Sara muestra mucha destreza en el marketing editorial uqe muchos quisieran. Sus ideas son frescas, innovadoras, pero también prácticas. Me pregunto por qué nunca le di la oportunidad de mostrar este talento antes.

—Esto es perfecto —digo, revisando su propuesta para la nueva campaña de David Ruiz—. Has captado exactamente lo que queríamos transmitir.

Sara sonríe; está satisfecha con el reconocimiento.

—Gracias. He estado pensando en esto desde que leí el manuscrito.

—¿Lo has leído?

—Sí —admite—. Sé que no debería haberlo hecho sin permiso, pero estaba sobre tu escritorio y...

—No, está bien —la interrumpo—. Me alegra que lo hayas hecho. Tu perspectiva es importante.

Veo cómo sus ojos se iluminan con mi comentario. ¿Cuántas veces he pasado por alto su potencial? ¿Cuántas oportunidades de crecimiento le he negado sin darme cuenta?

Continuamos trabajando hasta la hora del almuerzo. Cuando Sara sale a buscar algo de comer, me quedo sola en mi despacho, reflexionando sobre todo lo que ha cambiado en mi vida últimamente.

Laura, la situación en la editorial, incluso mi relación con Sara... todo está evolucionando, transformándose en algo nuevo. Y por primera vez me siento en paz con todo.

Capítulo 27

Elena

Mi móvil vibra con un mensaje. Es Laura.

Laura: Sesión terminada. Siento haberme ido tan rápido esta mañana. ¿Cenamos el miércoles?

Sonrío al leer sus palabras, recordando lo que me dijo Rosa. Quizá es hora de dejar de pensar tanto y empezar a sentir más.

Yo: Me encantaría. ¿En tu casa? Podría llevar comida.

Laura: Perfecto. Tengo ganas de verte.

Yo: Yo también.

Guardo el teléfono y salgo a almorzar como hace un rato hizo Sara. Recuerdo lo que vi esta mañana y me pregunto si Mónica ha tenido tantas dudas como he tenido yo. Pero lo descarto porque para ella nunca hay drama más que el que queramos formar cada uno. Para Mónica todo es sencillo, somos nosotros quienes lo complicamos, como me gustaría pensar como ella, pero no soy como mi amiga.

Cuando llego a la editorial, Sara está sentada en su escritorio y se levanta al verme.

—Te he traído una ensalada pensando que no ibas a ir a comer —comenta entrando con la bolsa en la mano.

—Gracias, pero he ido a comer.

—Será mi cena esta noche —dice sonriendo.

Antes de que pueda salir lanzo la pregunta que me arde por dentro.

—¿Conoces a Mónica desde hace mucho?

Sara se detiene un momento, no se gira, se toma su tiempo para hacerlo.

—Un tiempo —responde—. Coincidí con ella en un curso de desarrollo personal, supe que era tu amiga por una foto que me enseñaste una vez.

—No sabía que ibas a cursos.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí —dice y después sonríe intentando quitar importancia a las palabras que acaba de decir—. No es un reproche, solo que nunca hablamos mucho de nuestras vidas privadas.

—Tienes razón —admito—. Me gustaría cambiar eso, si te parece bien.

Sara me mira sorprendida, pero asiente.

—Me encantaría.

—Es lo justo, ahora conoces parte de mi vida y no por mí —suelto para ver su reacción, pero Sara ni se inmuta, no dice o hace absolutamente nada.

Paso la tarde como las otras, reuniones y más ajustes, estoy agotada. Sara entra y se despide como hace siempre y yo espero un tiempo prudente hasta ir al despacho de Raquel. Desde él se puede

ver la entrada del edificio y necesito saber si Mónica viene a recogerla. Sé que parece de loca, pero quiero saber y mi amiga no suelta nada.

—¿Se puede? —pregunto asomando la cabeza por la puerta al ver que está algo abierta.

—Pasa —dice Raquel—. ¿Querías algo?

—Necesito mirar algo por el ventanal.

Raquel me mira entrecerrando los ojos, pero no cuestiona nada y me deja pasar. Estoy de pie con la cara pegada al cristal, observando a ver si veo a Sara salir.

—¿Qué buscas exactamente? —pregunta Raquel a mi lado, sobresaltándome.

—Joder —digo poniendo una mano en mi pecho.

—Perdona, no pensaba que estabas tan concentrada. ¿Entonces?

Desvío la mirada y vuelvo al exterior. Sigo en silencio hasta que noto un ligero codazo de Raquel, ella también quiere saber.

—Sara —digo.

—Joder, Elena, ¿qué pasa con Sara?

—¡Ahí está! —digo señalando y Raquel achica los ojos como para ver.

—Sí, es Sara, ¿y?

—Zorra —murmuro.

—¿Perdona? —pregunta confundida.

Veo cómo Sara sube a un coche, pero no es cualquiera, es el de Mónica.

—El coche gris al que se acaba de subir Sara es de una amiga.

—¿Y?

—Que yo no sé nada hasta hoy que las vi, esas dos están liadas.

—Sigo sin ver el problema —comenta Raquel sentándose.

—Que Mónica tiene cuarenta y ocho años y Sara tiene veintisiete.

Raquel me mira como si dijese la mayor estupidez del mundo. Se encoge de hombros y niega con la cabeza.

—Sigo sin entender, son dos mujeres adultas. ¿Cuál es el problema?

—La diferencia de edad —digo tomando asiento frente a Raquel.

Ella se recuesta en la silla y me mira fijamente, entrelaza los brazos en su regazo y me examina.

—No pensaba que fueras así.

—Así, ¿cómo? —pregunto.

—Gilipollas —zanja riendo.

—La delicadeza no es lo tuyo. Eres borde hasta decir basta.

—Ya, pero al menos no juzgo a las personas y menos con quién se acuestan.

Eso me ha dolido, tanto que no tengo respuesta para ello, porque yo estoy haciendo exactamente lo mismo con Laura.

—¿Qué es lo que te molesta realmente, Elena? ¿Qué sea Sara? ¿O qué sea tu amiga?

—Me molesta que tenga que enterarme porque las veo, me molesta que mi amiga no haya confiado en mí para contarme nada,

me molesta…

—Quizás es porque juzgas, Elena, quizá por eso no te han dicho nada.

—Yo no juzgo, deja de decir eso.

—Lo estás haciendo ahora —afirma apoyando los brazos en el escritorio.

Su móvil comienza a sonar y yo me levanto. Ella mira el teléfono extrañada por el número que se refleja y es de un despacho de abogados.

—Ahora empieza mi pesadilla —dice y hace señales para que salga del despacho.

Salgo del despacho y entro en el mío a recoger mis cosas e irme a mi apartamento y que llegue el día siguiente, realmente lo que quiero es que llegue el miércoles y quedar con Laura, pero me cuesta aceptar lo que realmente quiero.

El martes pasa como un torbellino de reuniones y decisiones. Raquel ha establecido un ritmo de trabajo vertiginoso, pero me sorprendo de lo bien que me siento. Trabajar con Sara como colaboradora, en lugar de como mi asistente, es una ayuda que jamás pensé poder tener.

—Esta propuesta para la reestructuración del departamento es excelente —le digo, revisando el documento que ha preparado—. Raquel va a estar impresionada.

Sara sonríe, satisfecha con el reconocimiento.

—Gracias. He incorporado algunas de las ideas que comentamos ayer y agregué algunas nuevas que se me ocurrieron anoche.

—Se nota que has pensado en todo. ¿Trabajaste hasta tarde?

—Un poco —admite—. Pero valió la pena.

Noto que hay algo diferente en ella hoy, una confianza que va más allá de su nuevo rol profesional. Me pregunto si tiene algo que ver con Mónica, pero decido no presionar el tema.

Seguimos toda la mañana sumergidas entre documentos, es estresante a veces, aunque satisfactorio ver que todo va saliendo poco a poco. Miro el reloj y veo que es hora de almorzar.

—Salgo a comer —digo y Sara me mira sorprendida.

—Vaya, normalmente soy yo la primera que sale a comer.

—Ya, es que necesito despejarme.

—Perfecto —dice Sara con una sonrisa.

Camino por las calles hasta llegar a un edificio que me es familiar: el estudio de Laura. Sé que está ahí, porque tiene que terminar unos proyectos pendientes, como me comentó anoche. Alguien sale y yo aprovecho para entrar. Estoy frente a su puerta y toco el timbre.

—¿Quién es? —escucho que pregunta.

No contesto, ella igual va hacia la puerta porque siento sus pasos. Cuando abre, se sorprende de primeras, pero una sonrisa se le dibuja y termina tirando de mí hasta entrar.

—Hola —susurra muy pegada a mis labios.

—Hola.

Mis manos van a su nuca y la beso, primero despacio, después desesperado, buscando más contacto hasta que terminamos tiradas en el sofá.

Salgo del estudio de Laura con el tiempo justo de llegar a la oficina, no he comido nada y tengo que parar por una cafetería cercana a comer una ensalada y llevarla al despacho para poder comerla allí.

Entro en mi despacho con una sonrisa después de pasar el tiempo de la comida con Laura y poder descargar un poco de adrenalina.

—Puedo acostumbrarme a esto —dije susurrando en su boca.

—Puedes venir cuando quieras y yo hago que te relajes —afirmó ella entre besos.

Sonrío mientras como la ensalada todo lo rápido que puedo para que Sara no me pille y me empiece a hacer preguntas. Por suerte, cuando ella llega, yo he terminado, y me ve bebiendo agua.

El día termina y yo vuelvo al refugio de mi apartamento. Estoy en el sofá de mi casa cuando recibo un mensaje de mi hijo, queriendo quedar a cenar el miércoles. Pienso que he quedado con Laura, pero puedo ir al mediodía como hice hoy y termino quedando con Daniel para cenar.

Capítulo 28

Laura

Estoy en mi estudio, miro la hora, sé que va a llegar dentro de algo más de tres horas. Me gusta Elena, la quiero, eso lo tengo claro, pero desde que estuvimos la primera noche juntas, ha cogido la costumbre de venir a la hora de comer, sale del trabajo y se planta aquí, sé que yo lo acepto, pero ya no es suficiente, incluso canceló la cena del miércoles diciendo que tenía que cenar con su hijo y lo entiendo.

Llega como un huracán, me besa antes de que pueda decir hola, y nos perdemos la una en la otra durante algo menos de una hora. Luego, tan rápido como llega, se marcha.

No voy a mentir, el sexo es increíble. Su cuerpo, sus manos, su forma de tocarme… me vuelve loca. Pero después se va, dejándome confundida. Intento invitarla a cenar, a tomar algo, pero siempre tiene una excusa preparada. Esto se está repitiendo día tras día, y comienzo a sentirme como solo un entretenimiento.

Es viernes y antes de que llegue llamo a Silvia, necesito hablar con alguien.

—Así que folla contigo y se va —resume Silvia después de que le cuente toda la situación.

—Básicamente —respondo—. No sé qué pensar. Es como si solo le interesara el sexo.

—Pues claro que solo le interesa el sexo —contesta Silvia con tono cortante como si fuera obvio lo que le estoy contando—. Mira, Laura, está clarísimo. Te está utilizando.

—No creo que sea eso —la defiendo, aunque una parte de mí sabe que Silvia tiene razón—. Hay algo entre nosotras, lo siento cuando estamos juntas.

—Lo que ella siente es atracción sexual, que no digo que sea poco, pero no confundas eso con algo más. ¿Ha hablado contigo de qué quiere? ¿De qué sois?

—No —admito—. Y cada vez que intento sacar el tema, encuentra la manera de distraerme.

—¿Te refieres a que te besa y acabáis teniendo sexo?

—Sí —afirmo suspirando.

—Laura, escúchame bien —la voz de Silvia se vuelve más seria—. Necesitas plantarte. Enfréntala y exígele que defina qué está pasando entre vosotras. Si no puede o no quiere darte una respuesta, ya la tienes.

—¿Y si la pierdo?

—¿Perder qué exactamente? ¿Sexo ocasional con alguien que no te da nada más? Mereces más que eso y lo sabes.

Hablamos durante casi una hora. Sobre Elena, sobre mí, de las relaciones pasadas, incluso de expectativas y miedos. Silvia siempre me ha hablado con claridad, aunque duela. Cuando cuelgo, he tomado una decisión.

A la hora del almuerzo, como si tuviera un guion preestablecido, Elena aparece en mi estudio con una botella de vino.

—Pensé que podríamos relajarnos un poco —dice mientras cierra la puerta.

Se acerca y comienza a besarme. Mis manos, por costumbre, van a su cintura. Pero las palabras de Silvia resuenan en mi cabeza. Necesito claridad antes de seguir con esto.

Cuando intenta quitarme la camiseta, la detengo.

—Elena, espera.

Ella continúa besando mi cuello, sus manos buscan el contacto con mi piel.

—Elena, para. Por favor.

No me escucha, o no quiere escucharme. Ella sigue intentando desvestirme.

—¡Basta! —grito apartándome.

Elena se queda paralizada, su expresión es de desconcierto.

—¿Qué pasa? —pregunta, acercándose de nuevo—. ¿He hecho algo mal?

—No es eso —respondo tratando de mantener la calma—. Necesitamos hablar, Elena. Necesito saber qué es esto, qué somos.

Ella me mira como si no entendiera lo que le acabo de decir.

—No entiendo el problema —dice—. Estamos bien, ¿no? Lo pasamos bien juntas.

—Ese es el problema. Para ti estamos bien, pero yo no lo estoy. Necesito más que esto.

—¿Más? —pregunta confundida—. El sexo entre nosotras es increíble, Laura. ¿Qué más quieres?

Esa pregunta me duele más que cualquier rechazo. Respiro hondo antes de responder.

—¿Eso es todo lo que soy para ti? ¿Sexo?

—No, claro que no —responde rápido, pero la duda está en su expresión.

—Quiero formalizar lo que tenemos. Quiero poder llamarte para cenar, para ir al cine, para pasar un domingo juntas. Quiero conocerte más allá del sexo, Elena.

Elena se queda en silencio, uno que parece más largo de lo normal. Veo cómo mira a su alrededor, cómo mueve sus manos de forma nerviosa. No necesito que diga más, su silencio lo dice todo.

Suspiro frustrada y me acerco a ella, mirándola fijamente a los ojos.

—¿No quieres eso?

Elena me sujeta por la cintura.

—He tenido un día complicado, Laura —susurra, acercándose a mi oído—. Te necesito.

Siento un escalofrío recorrer mi cuerpo, pero esta vez no cedo, me aparto de ella.

—Creo que es mejor que te vayas.

—¿Qué? —dice sorprendida—. Pensé que querías eso, que me deseabas tanto como yo a ti.

—Sí, te deseo —admito, sintiendo cómo se me hace un nudo en la garganta—. Pero no quiero solo sexo, Elena. Eso lo puedo tener con cualquiera.

Se queda inmóvil mirándome, como si esperara que cambiara de opinión, como si no pudiera creer que realmente la estoy rechazando.

—Es mejor que te vayas —repito y esta vez abro la puerta del estudio.

Elena coge su bolso y camina hacia la puerta. Por un segundo, pienso que dirá algo, que cambiará de opinión, que me dará alguna razón para creer que podemos ser algo más. Pero no hace nada, simplemente se va.

En cuanto cierro la puerta, las lágrimas que he estado conteniendo comienzan a caer por mis mejillas. Me apoyo en la pared y me dejo resbalar hasta terminar sentada en el suelo. Sé que he hecho lo correcto, aunque duela. No puedo ser solo un escape, su momento de placer entre reuniones.

Saco el móvil de la parte trasera de mi pantalón y llamo a Silvia.

—La he echado —digo en cuanto contesta, sin poder contener el llanto.

—Oh, cariño. Has hecho lo correcto.

—Entonces, ¿por qué duele tanto?

—Porque te importa —responde Silvia—. Porque una parte de ti esperaba que ella te eligiera, que dijera que quiere lo mismo que tú.

—Ni siquiera lo ha intentado, Silvia —afirmo entre sollozos–. Se ha quedado ahí, sin decir nada. Como si lo que le estuviera pidiendo

fuera imposible.

—Lo sé, y eso duele. Pero es mejor saberlo ahora que seguir alargando algo que te está haciendo daño.

Hablamos durante un rato más. Silvia me escucha, me consuela y me recuerda que valgo más que ser el pasatiempo de alguien. Cuando colgamos sigo triste, pero también siento una extraña sensación de alivio. Por primera vez desde que conocí a Elena, he sido sincera conmigo misma sobre lo que quiero. Me he enamorado de Elena poco a poco y ya no es suficiente el sexo, no para mí.

Capítulo 29

Elena

Llevo tres días sin ver a Laura. Tres días intentando que sus palabras no me afecten, que su mirada no se cuele en mis pensamientos. Intento convencerme de que era solo sexo y nada más, que puedo seguir con mi vida.

Me sumerjo en el trabajo como hago siempre. Informes, reuniones… ese es mi refugio seguro. Es aquí donde tengo el control, donde sé exactamente qué hacer y cómo actuar. Aquí no hay sorpresas, ni expectativas que no pueda cumplir.

—Elena, ¿has revisado el contrato de Novadis? Lo necesitamos para esta tarde —me pregunta Eloy asomándose a mi despacho.

—Acabo de enviártelo por correo —respondo sin levantar la vista de mi ordenador—. He hecho algunas modificaciones en las cláusulas tres y siete. Échale un vistazo.

—Perfecto, gracias —dice y se marcha.

Sigo trabajando como si nada hubiera pasado, como si no sintiera este vacío en el estómago cada vez que recuerdo a Laura diciéndome que no quiere solo sexo, que eso lo puede tener con cualquiera. Sus palabras me golpean en momentos inesperados, haciéndome perder la concentración.

Necesito hablar con Raquel sobre cómo comunicar a los medios la absorción de Meridiano, hay demasiados rumores y es mejor lanzar un comunicado. Cojo la carpeta con la propuesta que he preparado y me dirijo a su despacho. La puerta está entreabierta y puedo verla hablando por teléfono, gesticula con frustración.

—No, no voy a aceptar esos términos. Es ridículo y lo sabes… —escucho decir mientras me acerco.

Me ve a través del cristal y me hace señas para que pase. Termina la llamada con un seco "hablamos luego" y deja el teléfono sobre el escritorio.

—Mierda —suelta mirando el móvil.

—¿Todo bien? —pregunto, cerrando la puerta tras de mí.

Raquel me mira y suspira.

—No te cases, Elena. Te lo digo en serio.

Sus palabras me llevan a Laura, a la última conversación y su petición de formalizar lo nuestro. Siento un nudo en el estómago.

—¿Problemas con el divorcio? —pregunto tomando asiento.

—Mi ex acaba de contratar a una abogada que es como un puñetero grano en el culo —explica Raquel recostándose en su silla —. Pensaba que podríamos resolverlo de forma amistosa, pero ahora quiere hasta los cubiertos que compramos en Portugal.

—¿Necesitas ayuda legal? Puedo recomendarte a alguien especializado en divorcios.

–No, gracias. Todavía intento llegar a un acuerdo —dice suspirando asqueada por la situación—. Pero te juro que, si esto

sigue así, voy a necesitar un equipo entero de abogados y un terapeuta.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —pido.

—Claro, ya que estamos.

—¿Qué ha pasado exactamente para llegar a esta situación?

—Yo pensaba que habíamos terminado bien —empieza a relatar —. Pero resulta que "buenos términos" para él significa quedarse con el apartamento que pagamos a medias y con el coche que yo uso para venir a trabajar. Dice que como él gana menos le corresponde más.

—Eso no tiene ningún sentido legal —comento, frunciendo el ceño.

—Lo sé, pero está decidido a hacerme la vida imposible. Quince años juntos, Elena. Quince años para acabar así, peleando por quién se queda la maldita cafetera.

Me quedo pensando en lo que acaba de decir. Quince años es mucho tiempo. Laura y yo apenas llevamos unas semanas viéndonos, y ya ha creado este caos en mi interior.

—¿Mereció la pena? —pregunto sin pensar.

Raquel me mira sorprendida por mi pregunta.

—¿El matrimonio? —asiento a su pregunta—. Sí, durante mucho tiempo lo fue. Tuvimos buenos momentos, increíbles incluso. No me arrepiento de haberlo intentado, me arrepiento de cómo ha terminado.

—¿Te volverías a casar? —insisto, sabiendo que estoy proyectando mis propios miedos en la conversación.

—No lo sé. Supongo que depende de la persona. ¿Por qué tanto interés? ¿Hay algo que quieras contarme?

Dudo por un momento en hablar con ella, pero es una mujer que cuando llegó aquí me caía pésimo y ahora tampoco es que me caiga bien, solo que ella es franca. Si piensa algo, te lo va a decir, sin paños calientes, lo lanza y ya.

—No es nada —digo—. Solo es curiosidad.

Raquel me mira entrecerrando los ojos y ladea una sonrisa.

—Elena, te conozco desde hace poco, pero sé que pasa algo. Sé que nuestra relación de compañeras empezó con mal pie, pero ahora confío en ti, espero que tú lo hagas igual en mí. ¿Hay alguien especial? —pregunta.

Aprieto mis labios, debatiendo si quiero abrir esa puerta.

—Había alguien —admito—. Pero creo que lo he estropeado.

—¿Cómo?

—No quería lo mismo que ella —explico—. Ella quería algo formal, y yo… no sé ni lo que quiero.

Raquel asiente, se pone recta en la silla y apoya las manos en el escritorio.

—El clásico miedo al compromiso —dice sonriendo—. ¿Sabes? A veces nos asustamos tanto de lo que podría salir mal que no nos damos la oportunidad de ver lo que podría salir bien.

–No es miedo —protesto—. Es precaución.

—Llámalo como quieras —dice encogiéndose de hombros—. Pero si te importa, quizá deberías arriesgarte. Mi matrimonio terminó mal,

pero no cambiaría los años buenos por nada.

Nos quedamos en silencio unos segundos, cada una perdida en sus propios pensamientos.

—Bueno —dice Raquel—. ¿A qué has venido?

Agradezco que haya cambiado el tema de conversación. Los siguientes veinte minutos lo dedicamos a preparar la estrategia para la comunicación. Cuando salgo de su despacho, mis pensamientos vuelven a Laura. Quizá estoy tan centrada en protegerme que no veo lo que podría estar perdiendo.

He perdido la cuenta de los días que han pasado sin tener contacto ninguno con Laura. Me sirvo una copa de vino y me siento en el sofá, miro el teléfono a cada rato, pero no hay nada. Ninguna llamada, ningún mensaje. Tampoco es que yo haya intentado contactarla. ¿Qué podría decirle? ¿Perdona por tratarte como un revolcón ocasional? Resoplo cabreada. No era eso lo que Laura era para mí, pero tampoco sé explicar qué es exactamente.

El timbre de mi casa suena y miro extrañada a la puerta, no espero a nadie y por la hora que es no creo que sea Rosa. Me acerco a la puerta y observo por la mirilla y veo a dos de mis amigas. Mónica y Patricia con una botella de vino en la mano. Abro y las miro extrañada.

—Hasta que dio señales de vida —se queja Mónica pasando sin ser invitada.

—Hola a ti también —digo mirando a Mónica.

—Ya te vale que ni contestas a los mensajes —se queja Patricia y me aparto para dejarla pasar.

—He estado liada con el trabajo —miento.

—Claro —dice Mónica, sentándose en el sofá—. El trabajo, cuando no tu hijo, o cualquier excusa. ¿Se puede saber qué coño te pasa? Llevas dos semanas ausente.

—No me pasa nada —protesto tirándome en el sofá.

Mónica está a mi lado mientras que Patricia se ha sentado en el sillón de una plaza, se quita los zapatos y sube los pies, quedándose sentada en la posición de indio. Ella y sus posturas.

Comenzamos a hablar de nuestros días y lo que hemos hecho y me da rabia que Mónica no comente nada sobre Sara.

—¿No tienes nada más que contar? —pregunto mirando fijamente a Mónica.

—No que yo sepa —dice intentando zanjar el tema.

—Os he visto —afirmo.

Patricia nos observa y prefiere no intervenir, toma de su copa de vino mientras nos mira expectante.

—No entiendo lo que quieres decirme.

—Sara y tú, os vi.

Mónica sonríe expulsando el aire por la nariz y se echa para atrás en el sofá.

—¿Sabes que nuestra amiga está liada con mi secretaria? —pregunto mirando a Patricia.

—Primero: ya no es tu secretaria. Segundo: si lo sabemos, todo el grupo —admite.

Yo miro a Patricia que asiente encogiéndose de hombros. En estos momentos estoy tan cabreada que juro que las echaría a las dos de mi casa, pero suspiro intentando calmarme.

—¿No pensabas decírmelo? —pregunto.

—La realidad es que no. De todas formas, me imaginaba que nos habías visto la mañana que me llamaste.

—Claro, y preferiste mentirme —suelto enfadada.

—Realmente no te mentí, dejé a Sara e iba a mi trabajo, técnicamente no es una mentira. Omití información, de eso sí me puedes acusar.

—¿Por qué? –pregunto.

—¿Quieres saber la verdad?, o ¿voy a tener que ir con paños calientes para que la señora no se ofenda?

—La verdad, joder —respondo cabreada.

—Porque juzgas, Elena. Lo haces todo el puto tiempo. No quiero que mi amiga me diga que es un error salir con alguien más joven, que es una locura porque estamos en momentos diferentes, todas esas mierdas que dices siempre, Elena. Yo solo quiero vivir este momento hasta donde nos lleve. Sara es una mujer increíble, vale que es joven, lo sé, me comí mucho la cabeza pensando que no estaba bien, pero somos dos mujeres adultas que queríamos intentarlo. Lo más gracioso de que yo me esté viendo con Sara es que fuiste tú sobre tus dudas sobre Laura la que nos unió. Habíamos coincidido antes, pero comencé a llamarla a pedir información y ella a mí. Me fui enamorando de ella sin darme cuenta, no fue

premeditado, ni siquiera pensado, sucedió y ya. Hablé con las chicas…

—Menos conmigo —la corto.

—Menos contigo —afirma—. Ellas simplemente me dijeron que hiciera lo que quisiera mientras no nos hiciéramos daño, y pasó. Sara tenía el mismo miedo que yo, pero poco a poco hemos ido aprendiendo que los miedos se superan y que, seguro que habrá cosas donde no coincidamos, pero que podemos llegar a acuerdos, porque eso es lo que hacen las parejas. No sabemos si va a durar toda la vida, lo que sí sabemos a día de hoy es que es lo que quiero y ella también. Mañana es futuro, Elena, lo que importa es el ahora.

Sin darme cuenta escuchando a Mónica no puedo contener las lágrimas y resbalan por mi mejilla, mi amiga me abraza y ahí es cuando me rompo y dejo salir todo lo que he estado conteniendo estas semanas.

—La he perdido —reconozco entre sollozos.

Ahora Patricia se pone a mi lado y se une al abrazo, cuando estoy mejor quedo entre mis dos amigas, Mónica acaricia mi muslo, mientras Patricia deja un beso en mi mejilla.

—¿Nos lo quieres contar? —pregunta Patricia.

—Me pidió más —respondo.

—¿Más? —pregunta Mónica.

—Quería formalizar lo nuestro. Quiere cenas, cine, domingos juntas. Quiere una relación.

—¿Por qué dices que la has perdido? —comenta Patricia.

—Porque no puedo darle eso.

—¿No puedes o no quieres? —ahora es Mónica quien habla.

—No lo sé —respondo hecha un lío.

—Sí que lo sabes, lo que el miedo te acojona —afirma Mónica.

—Siempre es igual desde Isabel, mantienes a todo el mundo alejado de ti, cuando ves que algo va a salir, huyes —dice Patricia.

—Yo no hago eso —protesto.

—¿Segura? ¿Qué pasó con Ana? ¿Con Julián? ¿Y ahora con Laura? —enumera Patricia cada persona que ha intentado acercarse a mí—. Siempre encuentras una excusa para no comprometerte. El trabajo, Daniel, no es el momento, no estás lista…

—Esta vez es diferente —digo.

—¿En qué? ¿En qué te importa más de lo que quieres admitir? —Patricia me pregunta, mirándome fijamente a los ojos.

Me levanto del sofá y camino por el salón, mis amigas siguen sentadas, observando. Yo me estoy ahogando en mi propia casa.

—Laura me gusta —admito—. Me gusta mucho. Pero una relación, no sé si pueda.

—¿Por qué? —insiste Patricia.

—Porque una relación significa abrirme, ser vulnerable, arriesgarme a que me hagan daño —las palabras salen atropelladas —. O peor aún, hacerle daño a ella.

—Elena —la voz de Mónica hace que la mire—, el daño ya está hecho. La estás utilizando para satisfacer tus necesidades físicas sin darle lo que realmente necesita.

—Yo no la estoy utilizando —protesto, aunque un nudo se forma en mi garganta.

—¿No? ¿Entonces qué estás haciendo? Quedas con ella, tienes sexo y te marchas sin más. Sin planes, sin conversaciones profundas, sin compromisos. ¿Cómo llamarías tú a eso? —insiste Mónica.

La miro perpleja, sin saber por qué ella sabe eso, no se lo he contado a nadie. Mónica suspira y cierra los ojos intentando comprenderme.

—Si alguien te pide más me imagino que es porque no te estás comprometiendo. No es que sea adivina solo hay que mirarte cómo estás y eso es que la has seguido viendo hasta que te ha parado los pies.

Me quedo en silencio, y Mónica se pone de pie y se acerca a mí, coge mi rostro entre sus manos.

—Lo peor de todo —continúa—, es que te estás engañando a ti misma. Si realmente no te importa, no estarías aquí sufriendo por haberla perdido.

Sus palabras duelen, pero sé que tiene razón. Si Laura solo fuera sexo, ya habría pasado página. Pero tengo grabado ese maldito día en mi mente, el dolor en sus ojos, la decepción…

—Tengo miedo —confieso en un susurro.

—¿De qué exactamente? —pregunta Mónica alzando mi barbilla.

—De no ser suficiente. De que me conozca realmente y decida que no valgo la pena. De fallarle —comienzo a enumerar mis miedos.

Mónica me abraza y yo comienzo a llorar de nuevo, estoy así un rato hasta que me separo de ella.

—Eres suficiente, Elena. Las vi hablar, la gente que no es suficiente se ve desde un principio. Eres… como lo diría.

—Gilipollas —afirma Patricia desde el sofá.

Las dos la miramos y, por primera vez en la noche, comenzamos a reírnos.

—Eres una mujer increíble —comienza a decir Patricia—. Sabemos que tienes miedo, todas lo tenemos. Pero no puedes dejar que el miedo te impida vivir.

—¿Y si la pierdo? —pregunto.

—Al menos lo has intentado y has sido honesta con lo que sientes. Ahora no la tienes y simplemente te has mantenido en silencio. Tú decides si arriesgarte o dejar pasar la oportunidad de saber lo que hubiera sido —dice Mónica.

—¿Qué hago? —pregunto mirando a mis amigas.

—Creo que sabes lo que tienes que hacer —comenta Mónica—. La pregunta es si vas a tener el valor de hacerlo.

Asiento lentamente. Sé lo que tengo que hacer. Lo he sabido desde que salí del estudio de Laura, desde que vi sus ojos llenos de dolor, desde que entendí que lo que teníamos era mucho más que sexo.

Capítulo 30

Laura

Han pasado dos semanas desde que eché a Elena del estudio. Dos semanas de silencio absoluto. Ni una llamada, ni un mensaje, nada. No es que esperara algo diferente; su silencio simplemente confirma lo que ya sabía. Para ella, lo nuestro era solo sexo.

Intento concentrarme en mi trabajo. Tengo la exposición en una semana y un encargo importante de una revista de moda. Debería estar emocionada por mis proyectos, pero me cuesta horrores encontrar la motivación. Paso horas metida en el estudio, y cada vez que escucho pasos en el pasillo, mi corazón se acelera pensando que es ella.

Silvia me llama todos los días, preocupada por mí. Le aseguro que estoy bien, que lo superaré, que solo necesito tiempo. Mentiras piadosas que ni yo misma me creo.

Mi móvil suena. Es Silvia.

—¿Has salido del estudio hoy? —pregunta Silvia cuando contesto.

—Claro —miento, mirando los restos de la comida para llevar que pedí ayer y que he vuelto a calentar hoy.

—Laura, no me mientas. Te conozco lo suficiente para saber que te estás encerrando en ese estudio.

Suspiro, derrotada.

—¿Qué quieres que haga, Silvia? ¿Qué salga a celebrar que me han rechazado?

—Quiero que sigas viviendo, joder —responde cabreada—. Una cosa es que te tomes unos días para lamerte las heridas y otra muy distinta es que te entierres en vida.

—No me estoy enterrando en vida —protesto, aunque sé que tiene razón—. Solo estoy... procesando.

—Pues ya has procesado lo suficiente. Esta noche salimos.

—No tengo ganas de salir —me quejo.

—No te estoy preguntando. A las ocho paso a buscarte por tu casa. Ponte guapa.

Antes de que pueda protestar, cuelga. Conozco lo suficiente a Silvia para saber que es inútil discutir. Suspiro, recojo un poco el estudio para irme a mi apartamento. La realidad es que tengo que salir y dejar este encierro que me he impuesto. Solo salgo para el trabajo, el resto del tiempo me lo paso aquí metida.

A las ocho menos cinco, suena el timbre. Silvia es puntual como siempre. Me he puesto un vestido negro sencillo, me he maquillado ligeramente los ojos y he dejado mi pelo suelto. No es mi mejor look, pero tampoco voy como las últimas semanas.

—Estás guapísima —dice Silvia al verme, aunque ambas sabemos que es una exageración.

—¿A dónde vamos? —pregunto mientras cierro la puerta.

—A un sitio nuevo que han abierto en Malasaña. Tiene buena música y mejores cócteles. También dan comida.

El bar está lleno cuando llegamos, pero Silvia ha reservado una mesa en un rincón tranquilo. La música es ambiental y la gente parece disfrutar.

—Dos mojitos —pide Silvia al camarero cuando se acerca—. Que sean fuertes.

–Silvia, no creo que…

—Laura —me interrumpe, coge mi mano sobre la mesa—, una noche. Solo te pido una noche sin pensar en ella, donde te permitas divertirte un poco. Mañana puedes volver a tu cueva si quieres.

Los mojitos llegan y brindamos. El primer sorbo me quema la garganta, pero el segundo ya es más dulce. La música es buena y, poco a poco, siento cómo mi cuerpo se relaja. Silvia cuenta anécdotas de su trabajo, me hace reír con historias de sus citas desastrosas, y por un momento, solo por un momento, me olvido de Elena.

Estamos en nuestro tercer mojito cuando la veo.

Entra al bar acompañada de una mujer alta y atractiva. Las dos van elegantes, como si vinieran de algún evento importante. Mi corazón se detiene por un segundo y luego comienza a latir con tanta fuerza que temo que Silvia pueda oírlo.

—¿Laura? —Silvia me llama al notar que me he puesto tensa y sigue mi mirada—. Mierda, es ella, ¿verdad?

No puedo hablar, solo asiento levemente. Elena aún no me ha visto. Está ocupada buscando una mesa, riendo por algo que su acompañante le ha dicho. Se ve guapísima, feliz, como si nada hubiera pasado. Como si yo nunca hubiera existido.

—Vámonos —digo, intentando levantarme, pero Silvia me detiene.

—De eso nada —dice enfadada—. No vamos a huir como si hubiéramos hecho algo malo.

—Silvia, por favor —suplico, conteniendo el nudo que se me ha formado en la garganta—. No puedo verla así, con otra.

—No sabes si está con ella. Podría ser una amiga, una compañera de trabajo…

Miro de nuevo donde están y veo cómo la mujer que acompaña a Elena pone una mano en su cintura y se inclina para susurrarle algo al oído. Elena sonríe, esa sonrisa que antes era solo para mí.

—Vámonos —repito y esta vez sí me pongo de pie.

Silvia parece que va a protestar, pero no lo hace.

—Vale, pero terminemos el mojito primero —me pide—. No quiero que piense que huimos por ella.

Asiento, aunque lo único que quiero es desaparecer. Tomo un largo sorbo de mi bebida, intentando calmarme. Es entonces cuando Elena me ve.

Nuestras miradas se cruzan a través de la gente. Veo cómo su expresión cambia, cómo su sonrisa se desvanece por un segundo. La mujer a su lado nota el cambio y sigue su mirada, observándome con curiosidad. Dice algo a Elena, quien niega levemente con la cabeza.

—Está viniendo hacia aquí —anuncia Silvia.

Efectivamente, Elena camina esquivando gente, dejando a su acompañante en la barra. Se ve nerviosa, algo raro en ella, ya que

siempre parece tener todo bajo control.

—Laura —dice cuando llega a nuestra mesa—. Qué sorpresa.

—Elena —respondo, orgullosa de lo firme que suena mi voz a pesar del caos en mi interior.

Hay un silencio incómodo que Silvia rompe extendiendo su mano.

—Soy Silvia, amiga de Laura —se presenta.

—Elena —responde, estrechando su mano—. Un placer.

Nos miramos y el silencio se ha instalado entre nosotras, solo se escucha la música de fondo.

—¿Cómo estás? —pregunta Elena.

—Bien —miento—. Ocupada con el trabajo.

—Me alegro —dice, y mira a la barra donde su acompañante la espera—. Yo también tengo mucho trabajo.

—Se nota —comenta Silvia con un tono que yo solo reconozco como venenoso—. Os hemos visto entrar, parecías celebrar algo. Se os ve felices.

Elena parece incómoda.

—Es solo una cena con una compañera de trabajo de la editorial —explica, y no sé si es imaginación mía, pero parece que quiere dejar claro que no es una cita—. Acabamos de cerrar un contrato importante.

—Enhorabuena —digo, deseando que esta conversación se termine.

—Gracias —responde y me mira directamente a los ojos—. Laura, me preguntaba si podríamos hablar. En otro momento, claro. Cuando

tengas tiempo.

Mi corazón se acelera más de lo que está.

—¿Hablar de qué? —pregunto.

—De nosotras —susurra.

Siento la mano de Silvia apretando mi rodilla bajo la mesa, recordándome que no debo ceder tan fácilmente.

—Creo que ya dijimos todo lo que había que decir —respondo, aunque una parte de mí grita que no la deje marcharse.

—Por favor —insiste—. Solo una conversación.

Estoy a punto de responder cuando su acompañante aparece a su lado, colocando una mano en su cintura.

—Elena, encontré una mesa —dice, mirándome con curiosidad—. ¿No nos presentas?

—Claro, perdona —dice después de unos segundos—. Raquel, ellas son Laura y Silvia. Laura es… una amiga.

Una amiga. Después de todo lo que compartimos, para ella soy "una amiga".

—Encantada —dice Raquel con una sonrisa—. ¿Os conocéis por trabajo?

—Algo así —respondo antes de que lo haga Elena—. Fue un proyecto breve.

Veo cómo Elena se tensa al saber el doble sentido de mis palabras.

—Ya veo —dice Raquel—. Bueno, no quiero interrumpir vuestra noche. Elena, nuestra mesa nos espera.

—Ve —digo con frialdad—. Tu compañera te espera.

—Laura… —comienza a decir.

—En serio, está bien —la interrumpo—. Nosotras ya nos íbamos.

Necesito que se vaya antes de que mis emociones me traicionen.

—Te llamaré —promete mientras se aleja con Raquel.

No respondo. Veo cómo camina junto a Raquel y cómo toman asiento. Veo cómo Raquel le dice algo y ella responde, desvía un momento la mirada hasta donde estamos y yo solo quiero volver a huir.

—Vámonos —y mi voz sale como una súplica.

Esta vez no protesta. Nos levantamos y nos dirigimos a la salida. Justo antes de cruzar la puerta, miro una última vez hacia Elena. Nuestras miradas se encuentran de nuevo, y por un segundo, me parece ver tristeza en sus ojos. Pero debe ser mi imaginación, porque enseguida vuelve a sonreír a Raquel.

Fuera, el aire fresco de la noche me golpea, y es entonces cuando las lágrimas comienzan a caer.

—Vamos a mi casa —dice Silvia, abrazándome—. Ha sido mala idea salir tan pronto.

—No —respondo, secándome las lágrimas—. No voy a dejar que me afecte así. Si ella puede seguir adelante, yo también.

Silvia me mira con una mezcla de orgullo y preocupación.

—¿Estás segura?

—No —admito—. Pero tengo que intentarlo.

Caminamos en silencio por las calles de Madrid. Silvia me acompaña hasta mi apartamento. No cuestiona que me quede sola, ella estará ahí si la necesito.

—¿Crees que me llamará? —pregunto cuando casi llegamos a mi edificio.

—No lo sé —responde—. ¿Quieres que lo haga?

—Sí —admito–. Pero también tengo miedo.

—Es normal —dice Silvia y toma mi mano—. El miedo no es malo, Laura. Nos protege. Pero a veces, para conseguir lo que realmente queremos, tenemos que superarlo.

Asiento, pensando en sus palabras.

—Sea lo que sea que decidas —continúa Silvia—, estaré aquí para ti. Si quieres darle otra oportunidad, te apoyaré. Y si decides seguir adelante sin ella, también te apoyaré.

—Gracias —susurro, agradecida de que esté en mi vida.

Nos despedimos después de que llegue el taxi que ha pedido. Subo a mi apartamento, entro y me tiro en el sofá, miro el móvil y no hay nada, ni llamada, ni mensaje. No siento decepción, porque ahora sé que, con o sin Elena, estaré bien. Dolerá, quizá durante mucho tiempo, pero sobreviviré.

Capítulo 31

Elena

Mientras me aparto de Laura, pienso en la sensación que tuve cuando la vi con otra mujer. Sé que les prometí a mis amigas hablar con ella, pero lo estuve postergando y ahora, al encontrarla aquí y acompañada de alguien, sentí realmente que la perdía.

—¿Estás bien? —pregunta Raquel cuando llegamos a la mesa.

—Estoy bien —miento, tomando mi copa para beber.

—Es ella, ¿verdad?

—¿Quién? —pregunto.

—No me tomes por idiota, Elena —dice Raquel, inclinándose sobre la mesa—. La chica de la que me hablaste el otro día. La del estudio. La que, según tú, "complicó las cosas".

En ese momento veo cómo Laura se dirige a la salida con su amiga. Siento como si alguien me hubiera golpeado en el pecho. La he cagado, lo sé. Nos miramos fijamente y solo desvío la mirada cuando Raquel me vuelve a hablar.

—Claro que es ella —afirma Raquel.

—Sí —admito.

—Me lo podía imaginar —sonríe Raquel—. La forma en que la mirabas, en la que ella te miraba.

—¿Cómo me miraba?

—Con nostalgia, como si hubieras perdido algo —responde y su sinceridad me abruma.

Miro hacia la puerta donde Laura acaba de salir y siento un vacío en el estómago.

—La he cagado, Raquel —confieso—. La he cagado completamente.

—¿Qué pasó exactamente? —pregunta acariciando mi brazo.

Le cuento todo. Porque la vez que estuve en su despacho solo le dije que hubo alguien nada más. Cómo conocí a Laura, cómo convertí lo nuestro en algo puramente físico porque tenía miedo de lo que estaba empezando a sentir y creía que estaba mal. Le cuento sobre nuestra última conversación, sobre cómo me pidió más y yo me quedé paralizada, incapaz de darle lo que quería.

—Dios, soy una idiota —concluyo, pasando mis manos por la cara.

—Sí, lo eres —confirma Raquel—. Tienes a una mujer que claramente está loca por ti, y la alejas porque tienes miedo y prejuicios.

—No es tan simple —intento defenderme.

—Claro que lo es. Tienes terror al compromiso, como la mayoría de las personas de nuestra edad. Pero la diferencia es que tú te escondes detrás de excusas de mierda.

—No son excusas —protesto—. Ya he sufrido…

—Lo que pasó en el pasado no tiene por qué volver a repetirse —me interrumpe—. No puedes vivir evitando el amor solo porque sufriste. Eso es como negarte a conducir porque alguna vez tuviste un accidente.

Sus palabras me pillan por sorpresa. Nunca lo había visto así.

—Además —continúa—, ¿no crees que es un poco presuntuoso asumir que sabes cómo va a terminar todo con Laura? Ni siquiera le has dado la oportunidad.

—Tal vez tengas razón.

—Por supuesto que tengo razón. La pregunta es: ¿qué vas a hacer al respecto?

—¿Qué puedo hacer? Probablemente me esté odiando.

—No te odia. Solo había que ver cómo te miraba. No era indiferente cuando me acerqué y te sujeté por la cintura. Si las miradas matasen, estaría muerta —dice sonriendo—. Le importas, Elena.

Pienso en las palabras que me acaba de decir Raquel, y sé que puedo tener una esperanza con Laura después de todo.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

—¿Qué coño haces aquí conmigo en vez de ir a buscarla? —dice Raquel indignada—. ¿Sabes dónde vive?

—Sí.

—Entonces, ¿qué esperas? —Raquel me señala la puerta—. Ve tras ella.

—¿Y si me rechaza? —pregunto, sacando mi mayor temor.

—Pues te jodes por ser una idiota. Pero no te quedarás con la duda. Al menos lo habrás intentado.

Miro a Raquel y sonrío. Cuando llegó a la editorial con su aire de superioridad y su semblante serio, jamás pensé llegar a salir con ella y que le estaría contando mis problemas sentimentales.

—Tienes razón —digo, poniéndome de pie—. Lo siento por arruinar nuestra celebración.

—No has arruinado nada —sonríe—. Además, esto es mucho más interesante que hablar de contratos. Ahora ve, y no la cagues esta vez.

—Gracias, Raquel. Te debo una.

—Me debes varias, pero ¿quién lleva la cuenta? Ahora, largo de aquí.

Salgo del local nerviosa, pero decidida a hablar con Laura. Durante el trayecto, ensayo mentalmente lo que voy a decirle. Pero no encuentro las palabras adecuadas.

El taxi se detiene frente al edificio de Laura. Cuando estoy frente a la puerta, mi corazón late con fuerza. Respiro hondo y camino hacia la entrada. Extiendo la mano, dudando unos segundos antes de pulsar el botón de su apartamento.

—¿Sí? —pregunta después de un rato que me ha parecido una eternidad.

—Laura, soy Elena —digo—. Necesito hablar contigo.

Hay un silencio. Por un momento, temo que me ignore o que ni siquiera me deje entrar. No podría culparla si lo hiciera.

—Sube —dice, y el sonido de la puerta al abrirse suena como música.

Subo las escaleras lentamente, tratando de ordenar mis pensamientos. Cuando llego a su apartamento, la puerta está abierta. Laura me espera en el umbral, con los ojos ligeramente enrojecidos. Ha estado llorando, y la idea de que yo causé eso me rompe por dentro.

—¿Qué quieres, Elena?

—Hablar. Solo he venido a eso.

Veo que duda, no se aparta de la puerta, y sé que no me va a permitir pasar, que lo que tenga que decirle será en el pasillo.

—¿Y bien? —pregunta cruzándose de brazos—. ¿De qué quieres hablar?

—De nosotras —digo, reuniendo valor—. De lo que pasó, de lo que no pasó, de lo que podría pasar.

—No hay un "nosotras", Elena —dice y sus palabras se me clavan como un puñal—. Tú dejaste eso muy claro.

—Cometí un error —admito—. Tenía miedo.

—¿Miedo de qué?

—De esto. De lo que siento cuando estoy contigo. De lo fácil que es imaginarnos juntas, no solo en la cama, sino en todo.

Laura me mira en silencio, no sé si me cree, si quiere creerme, o si simplemente está esperando a que termine para pedirme que me vaya.

—Mi relación con Isabel me destrozó tanto que me juré que nunca me volvería a pasar —continúo—. Así que construí muros, mantuve todo a distancia. El sexo era seguro porque no involucraba sentimientos. O eso creía.

—¿Y qué cambió?

—Tú cambiaste todo —confieso—. Contigo, esos muros empezaron a caerse sin que me diera cuenta. Ponía la excusa de la edad, de que estábamos en distintas etapas de la vida y sin esperármelo habías derribado todo. Cuando me pediste más, entré en pánico.

Me acerco un poco más a ella, observando su reacción. No retrocede, lo que me hace tener esperanzas.

—Cuando te vi esta noche en el bar —empiezo a decir–, supe que había cometido el peor error de mi vida.

Laura descruza los brazos y me observa.

—¿Raquel? —pregunta y detecto celos, y eso me hace tener una pequeña esperanza.

—Es solo una compañera —respondo—. Ya te dije que era por trabajo. No hay nada entre nosotras.

—Te vi sonreír con ella. Como sonreías conmigo.

—No era la misma sonrisa —aseguro—. Nadie me hace sonreír como lo haces tú.

El silencio vuelve, pero ya no hay tensión. Es un silencio en el que Laura está meditando, o torturándome.

—¿Qué quieres ahora, Elena? ¿Qué buscas viniendo aquí?

—Te quiero a ti —respondo—. Quiero intentarlo de verdad. Quiero cenar contigo, despertarme a tu lado, conocer a tus amigos, presentarte a mi hijo. Quiero todo lo que te negué cuando me lo pediste.

Laura me mira, sé que quiere creerme, pero tiene miedo de volver a salir herida.

—¿Cómo sé que no volverás a huir cuando las cosas se pongan serias? —pregunta.

—No puedo prometerte que nunca tendré miedo. Probablemente lo tendré. Pero puedo prometerte que no huiré. Te hablaré de mis miedos en vez de alejarme. Que lucharé por nosotras, cada día.

Me acerco otro paso. Ahora estamos tan cerca que puedo oler su perfume.

—Solo te pido una oportunidad, Laura —susurro—. Una oportunidad para demostrarte que puedo ser lo que necesitas, lo que mereces.

La veo dudar. Después de lo que parece una eternidad, asiente levemente.

—Una oportunidad. Pero si vuelves a hacerme daño, Elena...

—No lo haré —prometo cogiendo su mano—. No intencionalmente, al menos.

Una pequeña sonrisa se dibuja en su rostro, la primera desde que llegué.

—Eso es lo más honesto que me has dicho —comenta.

—Voy a ser sincera contigo siempre —digo, apretando su mano —. En todo.

Nos miramos en silencio, procesando este nuevo acuerdo, este nuevo comienzo. Hay tanto que decir, tanto que arreglar, pero por ahora, este momento es suficiente.

—¿Te quedas? —pregunta Laura—. Pero no habrá sexo.

—Me quedo —respondo—. Solo quiero dormir a tu lado abrazadas.

Laura tira suavemente de mi mano para guiarme dentro de su apartamento; siento algo que nunca había sentido antes: no es miedo, sino ilusión. Esperanza de que, quizás, solo quizás, este sea el comienzo de algo bonito. Algo que vale la pena el riesgo.

Por primera vez en mucho tiempo, estoy dispuesta a quitar mi máscara y mostrarme tal como soy, con todos mis miedos y defectos.

Y mientras Laura me abraza en la oscuridad, pienso que quizás Fernando tenía razón. La vida es demasiado corta para no arriesgarse a ser feliz. Y aunque no sé qué nos depara el futuro, estoy dispuesta a descubrirlo, un día a la vez, con esta mujer increíble a mi lado.

Capítulo 32

Laura

Me despierto y siento el cuerpo cálido de Elena junto al mío, su respiración tranquila mientras duerme. La observo con miedo a que se despierte y este momento que me parece maravilloso se rompa.

Poco a poco, Elena empieza a moverse abriendo los ojos y sonríe al encontrarse con mi mirada.

—Buenos días —susurra con voz adormilada.

—Buenos días —respondo, acariciando su mejilla—. ¿Has dormido bien?

—Mejor que en mucho tiempo —confiesa.

Me apoyo en su pecho mientras ella acaricia mi cabeza, en silencio, disfrutando de la compañía mutua, hasta que decido que es hora de levantarnos.

—¿Te apetece desayunar? Puedo preparar unas tostadas.

—Me encantaría —responde Elena, incorporándose—. ¿Puedo ayudar en algo?

—Por supuesto.

En la cocina, yo voy preparando el café, mientras Elena corta fruta. Me parece increíble ver lo natural que parece esto, como si

lleváramos toda una vida haciéndolo.

—¿Qué planes tienes hoy? —pregunto mientras sirvo el café.

—Tengo que pasar por casa para cambiarme y revisar algunos correos de trabajo, pero estoy libre el resto del día. ¿Y tú?

—Ir a la galería para los últimos ajustes de la exposición —digo untando la mermelada en la tostada—. No debería llevarme más de un par de horas.

—¿Te gustaría que almorzáramos juntas después? —propone Elena—. Conozco un restaurante que te encantaría.

—Me parece perfecto —respondo, y no puedo evitar sentirme emocionada por este plan.

Desayunamos hablando de nuestros días, me cuenta lo que está leyendo y también lo que pasa en la editorial, yo le hablo sobre la exposición y los nervios. Es tan fácil hablar con ella cuando no hay barreras, cuando no está intentando mantener esa distancia que se empeña en poner.

—Te veré en unas horas —dice, después de terminar de desayunar y recoger la cocina–. ¿A la una y media en el restaurante?

—Sí —confirmo, acompañándola hasta la puerta.

Antes de salir se detiene y me mira.

—Gracias por anoche —susurra—. Por escucharme, por entenderme.

—Gracias a ti por abrirte conmigo.

Nos despedimos con un suave beso lleno de promesas.

Paso la mañana en la galería, revisando la disposición de las fotografías, asegurándome de que todo está perfecto.

A la una y media en punto entro al restaurante que me ha enviado Elena por WhatsApp. Ella ya está allí, esperándome. Se ha cambiado y lleva un vestido sencillo que la hace ver radiante.

—Estás preciosa —digo al acercarme.

—Tú también —responde con una sonrisa que hace que mi cuerpo tiemble como una gelatina.

El almuerzo transcurre entre risas, me cuenta lo de Mónica y Sara, cómo descubrió la relación entre ellas. Yo le hablo de Silvia y cómo se convirtió con el paso del tiempo en mi mejor amiga. Con cada historia compartida siento que nos conocemos un poco más.

Después de comer, Elena sugiere dar un paseo por un parque cercano. Estamos caminando y, sin pensarlo, extiendo mi mano hacia ella. Hay un segundo de duda en su rostro, una sombra de inseguridad, pero luego entrelaza sus dedos con los míos. No puedo evitar sonreír cuando nuestras manos se unen.

—¿Estás bien? —pregunto en voz baja.

—Más que bien —responde, y aprieta ligeramente mi mano para confirmarlo.

Seguimos caminando y nos vemos tomando el metro hasta que llegamos al edificio de Elena.

—He llegado a mi destino —dice Elena—. Tengo que revisar unas cosas que dejé pendientes.

—Muy bien —digo, aunque la realidad es que no quiero que el día termine.

—Mañana, si quieres, podemos ir al cine o no sé —dice nerviosa.

—El cine está bien. Me gustaría mucho.

Elena me mira, yo espero un beso rápido de despedida, pero no es así. Ella coge mi rostro entre sus manos y me besa con intensidad. Es un beso sin miedo a que nos puedan ver, uno que me promete que va a intentar traspasar esas barreras. Cuando nos separamos, ambas estamos con la respiración agitada.

—Te veo mañana —susurra.

La veo entrar al edificio y me quedo allí mirando cómo desaparece, siento todavía sus labios contra los míos.

—¿Entonces me estás diciendo que pasaste todo el fin de semana con ella y no hubo sexo? —pregunta Silvia sin poder creerse lo que le estoy contando mientras me pasa una copa de vino.

Es domingo por la noche. He pasado el día con Elena, viendo una película, paseando por la ciudad, descubriendo juntas pequeños rincones que ninguna de las dos conocía. Ahora estoy en casa de Silvia, contándole lo que ha pasado con Elena.

—Así es —confirmo—. Y ha sido perfecto así.

—No me malinterpretes —aclara Silvia—. Me parece genial. Solo me sorprende, conociendo vuestro historial.

Río ante su comentario. Tiene razón, lo nuestro, aunque me cueste admitirlo, se convirtió en sexo, porque Elena era incapaz de comprometerse.

—Necesito sentirme segura antes de volver a acostarme con ella —explico—. Y creo que ella también lo necesita. Queremos lo mismo

esta vez.

—¿Y ella está de acuerdo con esto? —pregunta Silvia, siempre protectora.

—Sí —respondo—. De hecho, yo se lo dije la primera noche, y ella lo ha respetado sin intentar nada. Ha admitido que le gusta esto de quedar y no terminar entre las sábanas.

Silvia me mira sorprendida.

—Vaya, parece que Elena ha cambiado.

—No ha cambiado —corrijo—. Simplemente, ha dejado caer esa máscara en la que se ocultaba, y es increíble conocer a esta Elena.

Le sigo contando todo lo que ha pasado estos días, el paseo dándonos la mano, como me besó cuando se despidió de mí. También sobre cómo en algún momento puede sentirse vulnerable.

—Realmente quiero intentarlo con ella, Silvia. Me he enamorado de ella.

—Me alegro tanto, amiga. Te mereces ser feliz —dice y me abraza.

—¿Incluso si es con la mujer que me dejó claro que solo éramos "amigas con derecho"? —pregunto sonriendo.

—Incluso —asegura—. Todos cometemos errores. Lo importante es aprender de ellos y seguir adelante. A veces decimos tonterías para defendernos sin saber la consecuencia que pueden tener nuestras palabras, pero en un momento en que pierdes el control, atacar es lo más sencillo. Elena esta vez, está intentando hacer las cosas bien, por lo que me has contado.

Asiento, sintiéndome orgullosa de cómo Elena está luchando con los prejuicios internos.

—Falta menos para el gran día —digo cambiando de tema—. La exposición me tiene de los nervios.

—Será increíble —afirma Silvia—. Y, sobre todo, ahora estará Elena allí para apoyarte.

—Lo estará, me lo ha prometido.

Antes, habría dudado. Habría temido que Elena se inventara alguna excusa para no comprometerse. Pero ahora, después de estos días, sé que estará a mi lado.

Cuando llego a mi apartamento, recibo un mensaje de WhatsApp; al mirarlo, veo que es Elena:

"Gracias por hoy. Ha sido un día perfecto. En nada ya será tu exposición y me muero de ganas de estar allí a tu lado para celebrarlo juntas. Estoy orgullosa de ti"

Me acuesto con una sonrisa, pensando en cómo hemos llegado hasta aquí. En cómo cada paso, incluso los dolorosos, nos ha traído a este momento. No sé qué nos depara el futuro, pero por primera vez en mucho tiempo, estoy emocionada por descubrirlo con Elena. Sin máscaras. Solo nosotras, descubriendo juntas lo que podemos ser.

Capítulo 33

Elena

Llevo una semana siendo la novia oficial de Laura Vega. Hemos cenado juntas casi cada noche, nos hemos pasado horas hablando por teléfono, le he presentado a mi hijo, y sigo acatando la condición de Laura, nada de sexo. Simplemente, dos mujeres conociéndose más allá de lo físico.

Miro el reloj: las tres de la tarde. Si me organizo bien, podré salir antes de las seis, lo que me dará tiempo suficiente para ir a la exposición de Laura, ya que la inauguración es a esa hora.

Termino los informes pendientes y me dirijo al despacho de Raquel para pedirle que me cubra en la reunión de las cinco. Cuando llego, veo a una mujer salir de su oficina. Alta, elegante, con un traje que le queda como un guante y un maletín de cuero. Su expresión es fría, profesional, casi intimidante. Apenas me mira al pasar a mi lado, como si fuera invisible.

Entro al despacho de Raquel y la encuentro de pie junto al ventanal, con los brazos cruzados.

—Joder, vaya tía —comento, cerrando la puerta tras de mí.

Raquel se gira y suelta un suspiro.

—Es una hija de puta —suelta—. Una auténtica víbora con tacones caros.

—¿Quién es? —pregunto con curiosidad de saber quién la tiene así.

—Nuria Ledesma —escupe su nombre como si fuera veneno—. La abogada de mi marido. Un grano en el culo.

—¿La del divorcio? ¿Qué hacía aquí?

—Intimidarme, básicamente —dice mientras se deja caer en la silla—. Han rechazado mi última oferta y ahora quieren la casa donde veraneamos. La casa que está exclusivamente a mi nombre y que ni siquiera compré durante el matrimonio.

—Eso es ridículo. No tiene ninguna base legal para reclamar eso.

—Lo sé, pero eso no impide que lo intente —suspira Raquel—. Aparentemente, contribuyó a la "apreciación del valor de la propiedad" con las reformas que hicimos, así que tengo que "compensar" a ese cabrón.

—Necesitas un abogado —sugiero.

—Lo que necesito es que este infierno termine de una vez. Pero basta de mis problemas. ¿Qué necesitas?

—Venía a preguntarte si podrías cubrirme en la reunión de las cinco —explico—. Es la exposición de Laura esta tarde y quería salir un poco antes.

La expresión de Raquel cambia instantáneamente, del enfado da paso a una sonrisa.

—¡La exposición! Claro que te cubro. No te preocupes por nada aquí. Ve y sorprende a tu chica.

—Gracias. Te debo una.

—Cuéntame después qué tal fue —pide—. Y dile a Laura que le deseo mucha suerte, aunque seguro que le irá genial.

—Se lo diré —prometo, dirigiéndome a la puerta.

—Elena —me llama antes de que salga—. Me alegra verte así.

—¿Así cómo? —pregunto, aunque creo saber a qué se refiere.

—Feliz —dice—. Te sienta bien.

Sonrío porque tiene razón, soy feliz, quizá por primera vez después de mucho tiempo.

—Gracias.

El resto de la tarde pasa volando. Reviso contratos, respondo correos urgentes y dejo instrucciones para lo que resta del día.

—Sara, necesito que no se te olvide contactar con la distribuidora.

—Que sí —responde ella cansada de que le repita las cosas—. Ve tranquila, está todo controlado.

—No quiero que te despistes.

—¡Ya! —dice seria—. Puedes dejar de seguir con tanta inseguridad. No va a pasar nada porque te ausentes unas horas, Elena, está todo bien.

Bufo desesperada, estoy nerviosa, quiero que todo salga bien y la estoy pagando con Sara.

—Lo siento —me disculpo.

—Tranquila, ahora lárgate y prepárate para la exposición. Mónica y yo iremos un poco más tarde de que empiece, pero estaremos allí.

—Gracias —digo sonriendo.

Hablé con ella cuando Mónica me confesó que estaban juntas. Al principio Sara estaba expectante, pero simplemente le dije que, si eran felices, adelante que la vida solo es una. Recuerdo que su respuesta fue un abrazo y después se marchó del despacho.

Salgo del edificio y me dirijo al metro para poder llegar a tiempo a la exposición. Cuando estoy en el vagón miro el móvil y veo un mensaje de Laura.

Laura: Estoy nerviosa, ¿seguro que vendrás?

Sonrío por su inseguridad. Todavía duda de mi compromiso, aunque no puedo culparla después de cómo empezaron las cosas.

Yo: No me lo perdería por nada del mundo. Estaré allí a las seis en punto. Te echo de menos.

La respuesta llega de inmediato.

Laura: También te echo de menos. Gracias por esto.

A las cinco y cuarenta y cinco estoy frente a la galería. Hay una cola para entrar, pero como me indicó Laura, doy mi nombre y me dejan acceder directamente. El corazón me late con fuerza, estoy nerviosa por Laura. Sé lo importante que es esta exposición para ella, aunque haya intentado restarle importancia.

Busco a Laura y la localizo junto a un hombre mayor que parece el dueño de la galería. Está preciosa con un traje azul marino y el pelo recogido en una coleta baja.

Cuando me ve, su rostro se ilumina con una sonrisa que me hace sentir como la persona más importante del mundo. Se disculpa con el hombre y camina hacia mí.

—Viniste —dice, como si aún no pudiera creerlo.

—Te lo prometí.

Laura me abraza y yo le devuelvo el abrazo. Después nos separamos, sujeto su cara y la beso. No hay miedo, no hay vergüenza, solo orgullo de estar con ella.

—Ven, quiero presentarte a algunas personas —dice Laura, sujetando mi mano.

Me lleva por la galería, me presenta a otros fotógrafos, a críticos de arte, a amigos. Con cada presentación, dice "mi novia, Elena". Nadie parece sorprendido o incómodo; todos nos reciben con sonrisas y felicitaciones, tanto por la relación como por la exposición.

Nos acercamos a una mujer que reconozco: es Silvia, la amiga de Laura, la que estaba con ella en el bar aquella noche.

—Silvia, quiero presentarte formalmente a Elena —dice Laura—. Elena, esta es Silvia, mi mejor amiga desde que tengo uso de razón.

—Nos conocimos en el bar —digo extendiendo mi mano—. Es un placer poder conocerte mejor.

Silvia toma mi mano, pero su mirada es de protección hacia su amiga.

—Elena, Elena —comienza a pronunciar mi nombre como si fuera un gánster y quisiera liquidarme—. Laura no ha parado de hablar de ti.

—Silvia… —advierte Laura.

—Solo digo la verdad —se defiende y vuelve a mirarme mucho más seria–. Espero que esta vez la trates como se merece.

—Esa es mi intención —respondo—. Laura es especial.

Silvia me observa un momento antes de asentir. Me siento como si ella fuese un matón y estuviera pasando una prueba.

—Bien —dice por fin—. Porque si le vuelves a hacer daño de nuevo, tendré que matarte. Y te aseguro que soy muy creativa.

—¡Silvia! —exclama Laura.

—No pasa nada —digo—. Yo haría lo mismo por alguien que me importara. Prometo que haré todo lo posible para no darle razones para matarme.

Silvia sonríe, y me guiña un ojo.

—Me caes bien —asegura—. No la cagues.

El resto de la noche recorro la exposición de Laura y me paro frente a una foto, está en blanco y negro. Una mujer de espaldas que se aprecia estar desnuda con el pelo suelto y hablando por teléfono, en ese instante me doy cuenta de que soy yo. Fue la primera vez que estuvimos juntas y yo estaba hablando con Daniel.

—Esa eres tú, zorra —escucho un susurro detrás de mí.

Al girarme veo a Mónica y al resto de las chicas, incluida Sara. Saludan primero a Laura y después a mí. Miro a Laura y señalo el retrato que está expuesto. Mis amigas nos observan.

—Me diste permiso —se justifica Laura.

—No sabía que esa foto existía —digo entrecerrando los ojos.

—Es que te vi y me pareció una imagen preciosa —afirma Laura sonriendo.

—Es que después de follar una siempre está espléndida —suelta Mónica y todas comenzamos a reír.

—Eres una bruta, todavía no entiendo lo que vio Sara en ti —asegura Patricia.

—Tengo mis encantos ocultos —asegura alzando una ceja.

—Vamos a seguir viendo la exposición "encantos ocultos" —dice Sara llevándosela de allí.

—Nosotras también seguimos viendo esto —dice ahora Lucía.

Me despido de las chicas y me quedo frente a Laura. La gente se detiene en la foto y solo escucho palabras de lo buena que es, no hay lascivia en nada de lo que dicen.

—Tú y yo tenemos que hablar —digo tirando de Laura para alejarla de allí.

—Puedo explicártelo, tú…

No la dejo terminar porque la beso, no quiero una explicación, la realidad es que no estoy enfadada, pero ver su cara de nerviosismo es algo que me ha hecho gracia y he seguido apretando a ver por dónde salía.

—¿No estás enfadada? —pregunta cuando rompo el beso.

—No. La foto me parece increíble.

—Lo es —afirma.

—Solo te pido algo.

—Dime.

—Quiero comprarla yo.

Laura sonríe y muerde sus labios mientras me mira.

—Esa foto no está en venta, señora Morales. Lamento decirle que es algo muy personal para la fotógrafa, y solo la ha expuesto, pero no le ha puesto valor porque sería incalculable.

—Tú pide —digo pasando la lengua por mi labio inferior.

—Para —exige—. Estamos en un sitio público, no se vale hacer eso. Mierda, Elena —se queja.

Decido no torturarla más.

La exposición es un éxito. Laura vende varias fotografías, recibe elogios de críticos respetados, e incluso consigue un encargo para una revista importante. Para cuando los últimos invitados se marchan, está radiante de felicidad.

—¿Quieres venir a mi casa a celebrar? —me pregunta mientras recoge sus cosas—. Tengo una botella de champán reservada para una ocasión especial.

—Me encantaría —respondo.

En su apartamento, Laura descorcha el champán mientras yo pongo algo de música suave. Es un momento perfecto: la satisfacción de un trabajo bien hecho, la intimidad de estar solas después de una noche rodeada de gente.

—Por ti —digo, levantando mi copa—. Por tu talento, tu visión, tu éxito.

—Por nosotras —corrige ella, con una mirada que me derrite—. Por encontrarnos, por segundas oportunidades, por ser valiente.

Nos miramos con deseo, pero sé que tengo que esperar. Hemos dormido juntas, siempre abrazadas, demostrándole que no es solo sexo, controlando el deseo que me produce.

—Elena —dice Laura colocando la copa en la mesa—. Creo que hemos esperado suficiente.

—¿Estás segura? —pregunto mientras mi corazón se acelera y mi cuerpo responde a su propuesta no hecha.

—Nunca he estado más segura de algo —responde, acercándose hasta que nuestros cuerpos chocan—. Te deseo.

—Yo también te deseo —confieso acariciando su mejilla.

Laura tira de mí hasta llegar a su habitación, esa donde simplemente hemos dormido y en la que hoy las sábanas terminarán revueltas.

Nos desnudamos, pero esta vez es despacio. Entre besos y susurros, no hay desesperación por llegar al orgasmo, simplemente nos dejamos hacer. Noto cómo tiembla bajo mis manos, cómo con cada roce su cuerpo reacciona. Cuando Laura se arquea bajo mis manos, susurrando mi nombre como una plegaria, siento que mi cuerpo tiembla de deseo.

Ahora es Laura quien recorre mi cuerpo desnudo con su boca, su lengua toca mi piel y suspiro al sentirla, me está matando, pero no quiero que pare. Cuando llego al clímax, las palabras escapan de mi boca sin poder controlarlo.

—Te quiero.

Nos quedamos en silencio. Es la primera vez que digo esas palabras a alguien que no sea familia, y no lo tenía planeado. No estoy segura de si es demasiado pronto o si la he asustado.

—Repítelo —pide en un susurro.

—Te quiero —digo y esta vez con plena consciencia de lo que estoy diciendo.

Laura sonríe y eso me tranquiliza.

—Yo también te quiero —responde.

Nos abrazamos en silencio, dejando que el momento nos envuelva. No es solo una declaración de amor; es un compromiso, una promesa, un futuro juntas.

Esa noche, mientras Laura duerme en mis brazos, pienso en el camino que nos ha traído hasta aquí. En el intento de mantener la distancia, en que casi la pierdo por miedo, en cómo encontré el valor para ser vulnerable.

Y me doy cuenta de que esto es lo que he estado buscando toda mi vida sin saberlo: no la perfección, no la seguridad, sino la libertad de ser yo misma con alguien que me acepta completamente.

Por primera vez, no tengo miedo del mañana. Porque sea lo que sea que nos depare, lo enfrentaremos juntas. Sin máscaras, sin barreras. Solo nosotras.

Epílogo

Un año después

Laura

Me despierto en una cama que ya conozco con ella a mi lado. Hace cuatro meses que me mudé a su apartamento. Al principio tuve dudas si era la decisión correcta, pero ya no tengo ninguna. El apartamento de Elena es espacioso, luminoso, con suficiente espacio para las dos.

Son las ocho de la mañana. Hoy Daniel y Alejandra vendrán a almorzar, así que decido levantarme e ir preparando algunas cosas. Miro a Elena que sigue dormida plácidamente, está boca abajo. Tengo la intención de acariciar su espalda desnuda, pero me detengo, ya que no quiero despertarla.

En la cocina, preparo el café mientras reviso que tengo todo lo que necesito para hacer la paella que prometí para el hijo de Elena y su novia. Es la primera vez que vienen a almorzar a la casa después de que empezáramos a vivir juntas. Si nos hemos visto, pero Daniel es como su madre, ama lo que hace trabajando y el poco tiempo que tiene es para Alejandra. Hace una semana le prometió a su madre que hoy vendría.

Escucho cómo tocan en la puerta. Es temprano para visitas, pero sé exactamente quién es. Abro la puerta y, efectivamente, ahí está Rosa, con su taza de café en la mano y una sonrisa cálida.

—Buenos días, Laura —me saluda como si nos conociéramos de toda la vida—. ¿Café recién hecho?

—Buenos días, Rosa —respondo, haciéndome a un lado para dejarla pasar—. Acabo de prepararlo. Pasa.

Rosa entra y se dirige directamente a la cocina, con la familiaridad de quien ha repetido este ritual muchas veces. Es una mujer encantadora, cada pocos días, aparece con su taza para "tomar un café decente", como ella dice. Al principio me pareció extraño, pero Elena me explicó que es una tradición que comenzó hace años cuando enviudó.

—¿Elena sigue durmiendo? —pregunta mientras le sirvo el café.

—Sí, trabajó hasta tarde, anoche —explico, sentándome frente a ella.

—Esa chica trabaja demasiado —comenta Rosa, bebiendo café—. Aunque la veo más relajada. Eres una buena influencia.

—Intento que desconecte del trabajo, pero no siempre es fácil. Le encanta lo que hace.

—Como a ti. Por cierto, vi la revista donde publicaron tus fotografías. Son preciosas. Tienes un don.

Sonrío y siento el rubor subir por mis mejillas. Todavía no me acostumbro a los elogios, aunque mi carrera ha ido en aumento este último año. Después de la exposición, han venido muchas más oportunidades.

Hablamos durante unos minutos más sobre la vida. Rosa tiene la capacidad de hacerte sentir escuchada. Entiendo por qué Elena la aprecia tanto.

—Bueno, no te entretengo más —dice, terminando su café—. Dile a Elena que se pase a verme cuando pueda. Tengo un libro que le va a encantar.

—Se lo diré —prometo despidiéndome con una sonrisa.

Cuando cierro la puerta vuelvo a la cocina. Unos minutos después, Elena aparece abrazándome desde atrás.

—Buenos días —susurra en mi oído.

Me giro en sus brazos y nos besamos.

—¿Cuánto tiempo llevas despierta? —pregunta.

—No mucho —respondo sujetándome a su cintura—. Una hora o así.

—Escuché voces. ¿Rosa?

–Sí, vino por su café. Dijo que tienes que ir a verla, tiene un libro para ti.

Elena sonríe mientras se aparta para servirse café en una taza.

—Rosa y sus libros. Siempre encuentra joyas en las librerías de segunda mano.

La observo mientras se mueve por la cocina, preparándose unas tostadas. Después de un año juntas, sigo maravillándome de lo natural que se siente todo esto. La convivencia, la rutina, los pequeños momentos diarios. Nunca pensé que podría tener esto con ella, no después de cómo empezamos.

—¿A qué hora viene Daniel? —pregunto cuando toma asiento.

—A la una —responde—. Hay tiempo de sobra.

—¿Para? —digo alzando una ceja mientras ella unta la tostada con mermelada.

Elena me mira y deja de hacer el movimiento con el cuchillo encima del pan.

—No juegues con fuego, Laura.

—Me encanta quemarme.

Se levanta y viene hasta mi sitio, tira de mí y quedamos de pie una frente de la otra. Sujeta mi cintura y me besa. Tomo el control del beso y doy pasos hasta que la espalda de Elena da contra la encimera. Hago que suba el culo y me cuelo entre sus piernas.

—Creo que ahora eres tú la que te portas mal —susurro junto a su boca.

—¿Vas a castigarme? —pregunta y siento cómo su cuerpo se estremece al decir esas palabras.

Hago que Elena se baje de la encimera y la arrastro hasta la habitación, la empujo para que caiga en la cama y, mientras ella sube hasta quedar apoyada en el cabezal, yo me desnudo y repto hasta llegar a sus piernas. Beso poco a poco, subiendo despacio hasta llegar a sus muslos, y abre las piernas de forma inconsciente. Paro mi recorrido y la miro directamente a los ojos mientras paso mi lengua por mis labios. Lentamente, noto cómo traga saliva y tiembla ligeramente, sabiendo que desde que le quite las bragas, se va a deshacer de placer bajo mi boca.

—¿Te las quitas tú o lo hago yo? —pregunto señalando su entrepierna.

No hace falta decir nada. Elena, obediente, se deshace de su ropa interior y se queda expuesta para mí. Vuelvo a besar sus muslos hasta que mi boca termina entre sus piernas. Su respiración comienza a agitarse. Escucho cómo sus jadeos son cada vez más intensos y cuando sé que ya va a llegar, introduzco dos dedos como a ella le gusta, los curvo dentro y comienzo a entrar y salir mientras mi lengua sigue moviéndose en su clítoris. No tarda demasiado en estallar en un grito de placer que inunda la habitación.

Me incorporo y la veo con los ojos cerrados y sudor en su frente. Es tan increíble cada vez que tenemos sexo. Elena se deja caer y termina acostada, yo me acuesto encima de su pecho esperando que ella se recupere. No necesito nada, solo estar así a su lado.

—¿Estás bien? —me pregunta Elena después de un rato.

—Perfectamente —respondo—. Solo recordaba.

—¿El qué?

—Cómo llegamos hasta aquí —digo dejando un beso en su pecho para apoyarme en una mano para mirarla a los ojos—. Todo lo que hemos pasado.

Elena me imita y se coloca de lado, para mirarme mejor.

—Ha sido un viaje interesante —comienza a decir—. No cambiaría ni un segundo. Ni siquiera los malos momentos.

—¿Ni siquiera cuando casi lo estropeamos todo?

—Ni siquiera eso —confirma—. Porque todo nos trajo aquí, a este momento.

Me acerco y la beso.

—Te quiero —susurro contra sus labios.

—Yo te quiero más —responde como siempre hace.

—Imposible —digo.

Y allí, en la cama que tantas veces ha sido cómplice de nuestro amor, comienza una historia que ya lleva algo más de un año. No sabemos dónde nos llevará, pero de lo que estoy segura es de que no cambiaría ni un solo segundo del camino recorrido. Hay veces en que los amores no son perfectos, y el de nosotras no es diferente a muchos otros. Solo hay que atreverse a derribar muros y arriesgarse, aunque el miedo a veces intente frenarnos y nos aleje de lo que realmente sentimos. Porque, como dice Elena, todo eso —lo vivido, lo superado, lo sentido— es lo que nos ha traído hasta aquí: a ser quienes somos, sin máscaras, sin miedo. Solo amor.